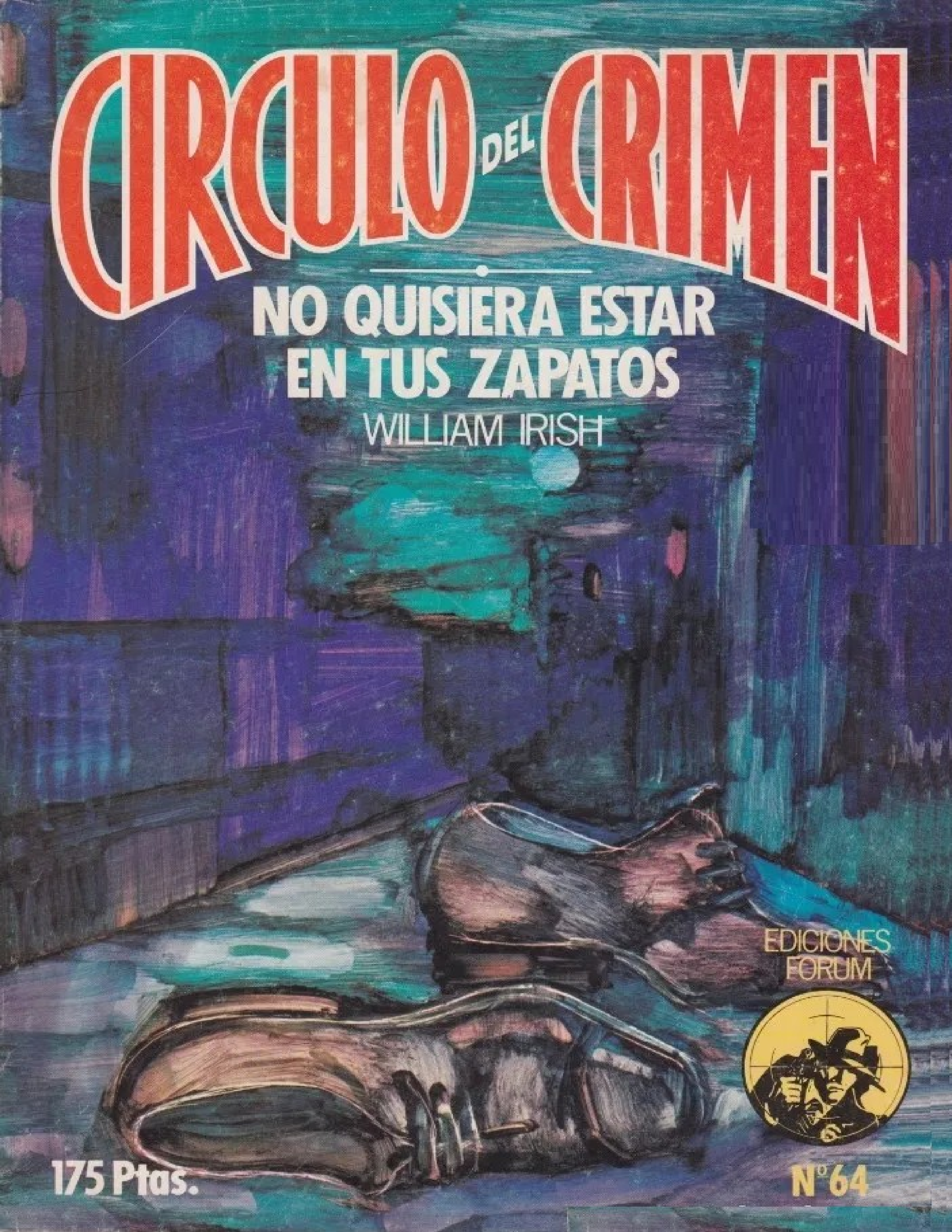

CIRCULO DEL CRIMEN
NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS
WILLIAM IRISH
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
Nº 64

Dos relatos, «No quisiera estar en sus zapatos» y «Fue anoche», reunidos en este volumen, confirmaron a William Irish como precursor del suspense, ya que introdujo esta nueva vía en la novela negra, en la que exprime una atmósfera sobrecogedora, apresando fatalmente a sus personajes. El universo del escritor desata los miedos atávicos, no sólo de los protagonistas de sus obras, sino en las almas de los lectores. Nada es superfluo ni gratuito.



William Irish

No quisiera estar en sus zapatos

ePub r1.1
Titivillus 28.03.18

Titulo original: *I wouldn’t Be in Your Shoes*
William Irish, 1943
Traducción: V. Canoura y H. Maniglia
Diseño: Manuel Estrada

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



NO QUISIERA ESTAR EN SUS ZAPATOS

Comenzaba cada vez con un sonido grave y trémulo. Como el de una tetera que hierve o el del motor de un automóvil al ponerse en marcha, o como si alguien estuviera haciendo gárgaras. Luego se tornaba agudo. Más agudo que el de un chillido y que el de una uña rascando el cristal. Más agudo de lo que nervios humanos pueden soportar. *¡Miiiauuu!* Se convertía luego en un silbido serpenteante, que terminaba en un resoplido explosivo. *Hach tuchs!* Y empezaba de nuevo.

Tom Quinn sacó la cabeza de entre las sábanas al oír el golpe de la ventana al cerrarse. Su cara estaba húmeda de sudor a causa de aquel inútil remedio contra el ruido, que sólo había servido para sofocarle sin atenuar los maullidos.

—¿Cómo vamos a dormir en una noche tan calurosa con las ventanas cerradas? —preguntó, irritado.

—Bueno, pero ¿cómo vamos a dormir con ese ruido? —replicó, no sin razón, su esposa—. ¿Se hacen el amor, se pelean o es que les duele algo?

El dique de su ira se rompió al oírla. Habían estado soportando aquello desde el mismo momento en que se acostaron. Se levantó con la violencia de un ciclón, arrojando al suelo las sábanas. Agarró algo del piso, dio dos rápidos pasos con los pies desnudos hacia la ventana, la subió de un tirón, levantó el brazo como un *pitcher*[1] de los estimados como buenos y arrojó lo que tenía en la mano al patio, cinco pisos más abajo.

Su mujer no lo vio a tiempo para detenerlo. El impacto no produjo ruido alguno que demostrara haber dado en el blanco. Los maullidos continuaron como hasta aquel momento. Por el contrario, a sus atormentados oídos empezaron a sonar como con un deje de burla.

—¡Porquería de gatos! —exclamó.

Dio un salto en dirección a la cama, se inclinó para buscar el compañero de lo que había arrojado antes, retornó a la ventana y de nuevo alzó el brazo.

Esta vez ella vio lo que era y trató de impedirle el movimiento, pero llegó tarde.

—¡Tom! —gritó—. ¡Que son tus zapatos! ¿Te has vuelto loco?

Tampoco esta vez dio resultado. Era como si aquellos zapatos de gruesas suelas tuvieran alas y hubieran levantado el vuelo en lugar de caer al patio, ya que no hicieron ruido alguno allá abajo. El concierto de maullidos continuó.

—¡Vaya viveza la tuya! —comentó agriamente su mujer—. ¿Cómo vas a ir al trabajo mañana? ¿Descalzo?

La ira del hombre se tomó mansedumbre, como suele ocurrir cuando uno comprende que ha hecho una estupidez.

—Tengo otro par en el ropero, ¿no es así? —se excusó.

—No importa, ése no es motivo para que tires por la ventana un par de zapatos casi nuevos. Te costaron diez dólares con esos soportes para pies planos. ¡Ahora mismo bajarás a buscarlos!

—¿A esta hora?

—Sí, irás al patio y los recogerás antes que los pesque el portero cuando se levante por la mañana —insistió ella.

El hombre se puso con desgana un apolillado albornoz, se calzó unas pantuflas y salió mascullando:

—Pero si ni siquiera los oí dar contra algo. ¡Tengo una puntería de…!

Transcurrieron sus buenos quince minutos antes de que regresara. Cuando llegó parecía más alicaído, más atormentado que al irse. Su mujer no necesitó que le dijera nada. Podía ver sus manos vacías.

—¡Me lo figuraba! —dijo con reproche—. No los encontraste, ¿eh?

—Los busqué por todas partes, tanto en nuestro patio como en el de la casa de al lado —contestó él, avergonzado—. Ni rastro de ellos en ninguna parte.

—Sin embargo, *deben* estar en algún sitio, abajo —insistió ella—. Nadie ha andado por allí. He estado mirando por la ventana todo este tiempo. ¿Por qué no vas otra vez, con la linterna?

—Encendí cerillas —dijo él—, revisé los dos patios centímetro a centímetro y hasta salté la cerca. Deben de haberse metido por la ventana de alguno de los apartamentos de enfrente.

—Entonces, ¿por qué no vas a llamar allí y te aseguras?

—¿Despertar a la gente a esta hora para preguntarle por mis zapatos? ¿Por quién quieres que me tomen?

Era una de esas cosas que el hombre común se resiste a hacer. No le importa aparecer ridículo ante su esposa, pero con los extraños es algo muy distinto.

—Bueno, no pretenderás que vaya yo, ¿no? —dijo ella—. Tú los arrojaste, arréglate ahora como te parezca. Nuestra situación no nos permite huir de este calor, como la mayoría de los que viven en el barrio; pero tú te permites el lujo de arrojar por la ventana un par de zapatos de diez dólares.

Tom Quinn había vuelto a la cama. Se tapó otra vez hasta la cabeza con las sábanas, pero no para evitar a los gatos ahora, sino los reproches de su mujer, los cuales comprendía que eran justificados.

A la mañana siguiente, no obstante, tuvo que oír acerca del mismo asunto más de lo que hubiera deseado. Salió para su trabajo sintiendo aún los pinchazos de las frases de su mujer. Y se temía que tendría que oír todavía más cuando regresara por la noche, y hasta en los días siguientes. Pasaría una semana antes que aquello se olvidara. No porque mistress Quinn fuese una rezongona. Nada de eso. En general, era de carácter apacible, y se congeniaba fácilmente con ella. El calor, que no disminuía desde hacía tres

semanas, probablemente la tenía alterada. Además, él comprendía su punto de vista en este caso. Su situación dejaba de ser brillante. Hacía años que las cosas iban de mal en peor, y sus zapatos, por el defecto de sus pies, eran una de las cargas más pesadas en su presupuesto. Al revés de lo que sucede en la mayor parte de los matrimonios, Quinn pagaba por sus zapatos dos veces más que su esposa por los suyos. Y cuanto más pensaba acerca de la forma en que los había perdido, más infantil y estúpido se sentía. Tan infantil y estúpido, que la idea de ir a preguntar por ellos en los otros apartamentos le pareció doblemente absurda. Ni siquiera podía admitir que el portero de la casa en que vivían aceptara hacerlo en su lugar. Su conocimiento de los vecinos le convencía de la inutilidad del procedimiento. Quienquiera que los hubiese encontrado, probablemente se quedaría con ellos, se decía. Pero era inútil.

Hasta se le ocurrió la idea de comprar un nuevo par de zapatos, ensuciarlos un poco y hacer creer a su mujer que eran los que había arrojado por la ventana, y evitar así nuevos reproches. Pero rechazó la idea por imposible, por la sencilla razón de que no le sobraban diez dólares.

No obstante, cuando aquella tarde volvió del trabajo esperando oír algo más acerca de los zapatos, y no por cierto alabanzas, se encontró con que las primeras palabras de su mujer fueron de asombro.

—Bueno —dijo ella con tono de aprobación—, me alegro de que hayas sido lo bastante decidido como para ir a pedir los zapatos, tal como te sugerí que hicieras. ¡De veras que no te creía capaz de hacerlo!

Hizo una señal con el dedo y él vio los zapatos uno al lado del otro, en el suelo, sobre una hoja de periódico en la que sin duda habían estado envueltos.

Ella creía que la recuperación de los zapatos era obra de su marido.

—Seguramente no habrás tenido tiempo de volver arriba esta mañana con ellos, ¿verdad? Como ya se te había hecho un poco

tarde… —prosiguió, contestando a su propia pregunta.

—Pero ¡cómo!, ¿entonces tú no sabes quién los trajo? —interrogó Quinn.

—No. Los encontré envueltos en este diario, en el umbral, cuando salí al mediodía. Es extraño que no hayan tocado el timbre para entregarlos personalmente. Sin embargo, es una buena acción que se hayan tomado la molestia de subir hasta un cuarto piso. ¿Quién los tenía?

Quinn juzgó oportuno apoyar esa buena opinión de su mujer, aunque él no tuviera arte ni parte en ello. De todas maneras, los zapatos habían vuelto, y si confesaba que no era obra suya, ella seguramente comenzaría de nuevo con sus reproches.

—Un vecino de enfrente —dijo vagamente.

Ésa era, sin lugar a dudas, la verdad, puesto que no podían haber vuelto dando un salto de *boomerang*.

Ella no le apremió para obtener más detalles.

Quinn levantó los zapatos y los examinó con curiosidad, pero sus ojos inexpertos no hallaron en ellos ninguna diferencia a cuando los dejara debajo de su cama la noche anterior. Necesitaban una limpieza, y decidió celebrar su vuelta haciéndolo. Generalmente, hacía una visita al limpiabotas sólo una vez al año.

Al mismo tiempo, se preguntaba cómo había sabido el misterioso restituyente que los zapatos eran suyos. Recordaba que su mujer había encendido la luz del dormitorio cuando bajó a buscarlos, y supuso que la persona que los había encontrado se había guiado por ella. Pero ¿por qué no había tocado el timbre y esperó un minuto para asegurarse de que era allí? Además, si el individuo en cuestión estaba despierto cuando su mujer encendió la luz del dormitorio, ¿por qué no le llamó en el mismo momento en que bajó al patio a buscar los zapatos? ¿Por qué había esperado hasta el día siguiente?

La única explicación que halló fue que tal persona estaba despierta en ese instante y que había visto encenderse la luz, pero que no se dio cuenta de que los zapatos habían caído en su habitación hasta por la mañana. Quizá no dormía en la misma

habitación a la que fueron a parar, y por eso no los había oído caer. Y si dormía en el lugar donde habían caído (la mayoría de los dormitorios daban a la parte trasera de la casa), tal vez los zapatos dieran sobre una alfombra o sobre un mullido sofá. Claro está que había sido más que casualidad que los dos zapatos pasaran por la misma ventana sin dar contra los cristales.

Como quiera que fuese, el asunto era demasiado trivial para perder más tiempo haciendo conjeturas, pensó finalmente Quinn. Había recuperado milagrosamente sus zapatos, y eso era lo único que importaba. A la mañana siguiente, tanto él como su mujer habían olvidado casi el asunto, y por la noche éste se había borrado enteramente de la memoria de ambos. A la segunda mañana se había desvanecido tan completamente, que sólo una mención directa podría habérselo hecho recordar, y como solamente ellos estaban enterados del asunto, ¿quién hubiera podido mencionárselo?

La vieja casa de madera cerca del río no había visto nunca tanta gente a su alrededor desde que la edificaron. Debía de haber sido un lugar agradable hacía cincuenta años: árboles inclinados hacia las límpidas aguas, vacas pastando en las praderas de ambas márgenes del río, casitas de madera como aquélla diseminadas aquí y allá. Pero ya no era un lugar agradable: lanchones de desperdicios, depósitos de carbón, el río convertido en un caldo grasiento. En una orilla, manzanas enteras de casuchas desvencijadas; en la otra, depósitos de madera, fábricas de hielo, altas chimeneas.

La casa estaba bastante retirada de la calle, encerrada por una pared.

El inspector, que era un hombre fornido, la observó con desconfianza al entrar en el oscuro porche.

—Espero no dar un paso tan fuerte que haga caer el techo encima de nosotros.

—Vivir en un sitio como éste es una incitación —comentó uno de los hombres que le acompañaban—. Es un verdadero escondrijo;

anoche debía de estar completamente a oscuras.

La casa era más espaciosa de lo que parecía desde fuera. Atravesaron un pasillo como un túnel y llegaron a una habitación trastera que a intervalos se iluminaba con fogonazos de luz azulada como la de un corto-circuito. Dos hombres que llevaban una cámara fotográfica salieron apresuradamente, saludaron con un movimiento de cabeza y abandonaron la casa, dejando tras sí un acre olor a magnesio.

El inspector entró en la habitación y preguntó:

—¿Es él?

Tendido sobre el piso había un hombre muerto. Su cuello presentaba la huella de una cuerda. Aunque toda la actividad que se desarrollaba a su alrededor era causada por él, nadie le prestaba ninguna atención. Uno de los detectives pasó en una ocasión por encima de su cuerpo para ahorrar tiempo al ir de un lado a otro de la habitación.

Una pirámide de latas vacías se había derrumbado en un rincón. Una aterrorizada rata se asomó y volvió a esconderse. Su larga cola quedó visible entre dos latas y luego desapareció más lentamente de lo que lo había hecho el cuerpo.

El inspector dijo:

—Lo único que me sorprende es que esto no haya sucedido antes.

—Salía sólo una vez al mes para hacer su provisión de latas de conservas. Aparte de eso, no se movía de aquí. Me figuro que fue así como logró vivir tanto tiempo.

—Bueno, ahora va a salir de aquí y no será para comprar conservas —murmuró el inspector. Luego alzó la voz en dirección al zaguán—: ¡Morgue! ¡Ya no lo necesitamos, llévenselo!

Dos hombres que estaban aguardando fuera entraron con una camilla.

—¿Cómo habrá entrado aquí, quienquiera que haya sido? —se preguntaba el inspector.

—Por allí —uno de los hombres señaló una ventana abierta de par en par, que daba al patio—. El viejo no habría abierto la puerta principal a nadie. Era demasiado desconfiado. Estaba aún cerrada por dentro cuando entramos. Seguramente dejó esa ventana entreabierta a causa de este espantoso calor. Y la muerte entró por ella.

—El motivo debió de ser dinero escondido, como sucede con todos estos ermitaños —sugirió el inspector—. ¿Lo encontraron? ¿Qué les parece a ustedes?

Un hombre que examinaba un montón de viejos papeles, cartas y recortes, y a intervalos estornudaba a causa del polvo que se desprendía de ellos, dijo:

—Creo que sí, que encontramos algo. No hay rastros de libreta de banco, llave de caja de seguridad o anotaciones de inversión alguna, y con toda seguridad el hombre no vivía del aire. El dueño de la tienda de comestibles donde se abastecía mensualmente declara que nunca pagaba con menos de un billete de veinte dólares, y siempre daba uno de esos billetes antiguos que ya casi no se ven.

—¿Qué piensan del hombre? —preguntó el inspector con interés.

—A primera vista no resulta sospechoso. Él fue quien denunció el caso. Wontner, el muerto, era cliente suyo desde hacía mucho tiempo, y el tendero sabía qué día del mes hacía sus compras. Siempre el día primero, era infalible. De modo que al no verlo hoy, el tendero vino a llamar a su puerta creyendo que el hombre estaría enfermo y necesitaría atención. Al no recibir respuesta llamó a un agente de policía y le habló del asunto.

—El hecho ocurrió anoche, según dice el médico.

—Sí, en las últimas veinticuatro horas. El asesino desconocía las costumbres de Wontner, pues de no ser así habría venido en otro momento, procurándose todo un mes de tiempo antes que el crimen se descubriera. Al hacerlo anoche, acortó ese plazo para tratar de ponerse a salvo hasta reducirlo a veinticuatro horas solamente. Si hubiese ocurrido esta noche, después de que Wontner hubiera hecho

sus provisiones, nadie se habría enterado hasta pasados los próximos treinta días. El hombre era un verdadero anacoreta.

—Bueno, está claro que dieron con su dinero —dijo el inspector —. Una de las primeras cosas que debemos vigilar es cualquier señal de repentina prosperidad entre la gente del vecindario. Por ahora, evitarán cualquier demostración, pero no podrán frenarse mucho tiempo. Quienquiera que luzca un traje nuevo o empiece a emperifollar a su mujer, o de pronto busque un nuevo departamento o comience a convidar a sus amigos, deberá ser vigilado con los ojos bien abiertos —y súbitamente agregó—: ¿De dónde salió esa cuerda? ¿Creen que nos dará una pista?

—No; ya hemos considerado ese detalle. El asesino la tomó del patio. Wontner tendía sus camisas lavadas.

El inspector se acercó a la ventana abierta y observó el exterior. Algo semejante a una gran luciérnaga despedía destellos luminosos a un lado de la casa, donde había una profunda hendidura en el suelo, junto a la pared frontera con el depósito adyacente.

—¿Quién anda por allí?

—Bob White, que busca lombrices.

Los destellos cesaron, y un hombre con gafas de concha, el cuello de la camisa desprendido y el nudo de la corbata corrido hacia un hombro como medida contra el calor, se acercó por el patio a la ventana.

—Llegó usted a tiempo, inspector —dijo—. He encontrado algo formidable. Venga a ver.

El aspecto de Bob White tenía de todo menos de detective. Sugería más bien a un estudiante universitario de la nueva generación, de la variedad de los que estudian, no tanto por su aire juvenil como por su seriedad y entusiasmo combinados. Sus camaradas pretendían burlarse de él, pero interiormente le admiraban.

El inspector salió al patio de tierra situado al fondo de la casa, materialmente cubierto de latas vacías y desperdicios, arrojados allí

durante años por el excéntrico dueño de la casa. Los otros hombres salieron uno a uno tras él, aparentando inútilmente indiferencia.

Bob White hizo a todos una señal y los guió por el estrecho corredor que llevaba a la parte delantera de la casa.

—¡Quédense sobre esos tablones! ¿Quieren? —sugirió—. Hay algunas huellas borrosas aquí, y ustedes querrían ver seguramente más de una. Pero ésta, ¡oh!, ¡ésta es algo bueno!

Se inclinó y señaló con el dedo. Los otros alargaron el cuello sobre los hombros del inspector; el último de todos se agazapó como un sapo y metió la cabeza entre las piernas de los demás.

—Por aquí debe de correr la cañería del desagüe, y como sin duda es antiquísima, el agua debe de filtrarse, manteniendo así húmeda la tierra que la cubre. Ahora, observen esto, justamente en medio. ¿Qué cosa mejor podrían ustedes pedir?

La huella de un pie apareció clara al acariciarla con el haz de luz de su linterna.

—Bueno, la cosa ha terminado casi antes de comenzar —el inspector no perdió más tiempo—. ¡Apresúrense! Telefoneen al laboratorio para que manden algunos hombres a hacer el vaciado de esa huella. Con él reconstruiremos a nuestro hombre. Sabremos cómo es y su historia sin tardar mucho. Esa huella vale tanto como una foto.

—La dejó al salir —observó Bob White—, no al entrar. La punta está en dirección a la calle. Tuvo más suerte al entrar, porque caminó por esta tierra más seca que hay a cada lado de la zona húmeda. Pero la suerte le abandonó al salir: su pie vino a posarse justamente en medio de la tierra mojada.

El inspector dijo sombríamente:

—Quienquiera que sea, ahora su suerte está echada.

—Pueden repetir mis palabras —dijo el inspector jugueteando con un lápiz sobre su escritorio—. Confiamos en hacer un arresto dentro de breve plazo. La investigación se desarrolla satisfactoriamente.

Ahora, señores, ustedes me disculparán, pero tengo que volver a mi trabajo.

—¡Vamos, inspector! ¿No puede adelantarnos algo más esta vez? —suplicó uno de los reporteros—. ¡Siempre nos dice lo mismo!

—Bueno, muchachos, no sean pesados. En cuanto descubramos algo más, los mandaré llamar. ¡Y cuidado con lo que hacen con la puerta al salir!

Cuando los periodistas se guardaron en el bolsillo sus anotaciones y desaparecieron, el inspector descolgó el auricular del teléfono y pidió comunicación con el laboratorio.

—¿Qué tal sale ese molde?

—¡A pedir de boca! Enseguida le enviaré un boceto del hombre, que hemos construido basado en esa huella.

—¡Perfecto! Ordenaré que se hagan copias fotostáticas para distribuirlas entre todos mis hombres.

—Puedo anticiparle algunos detalles. El hombre que usted busca tiene un metro sesenta y ocho de estatura. Su número de calzado es el cuarenta. Tiene pies planos. Sus zapatos poseen un soporte especial para la planta del pie, una especie de puente entre el talón y los dedos. Eso servirá para circunscribir el campo de investigaciones; las casas que venden esos aparatos generalmente llevan un registro de sus clientes, tal como hacen los médicos. La ocupación del hombre es sedentaria; no camina mucho ni está largo tiempo de pie: el tacón apenas está gastado. Búsquelo entre los oficinistas.

—Prácticamente, me lo ha entregado usted en bandeja de plata —dijo agradecido el inspector.

Veinte minutos después llegó un mensajero con el boceto y el molde prometidos. Las copias fotostáticas del primero estuvieron listas en media hora, y el inspector reunió a los hombres encargados del caso y les entregó una a cada uno.

—Ahí tienen al tipo —dijo—. Los rasgos fisonómicos han sido omitidos, pero pueden buscarlo por su silueta, su conformación y su porte. Todo lo que necesitamos saber es su nombre y paradero actual. Cada uno de ustedes debe ir a una casa distinta

especializada en aparatos para pies defectuosos y verificar la lista de sus clientes, guiándose por las medidas de este molde. Tal vez puedan identificarlo simplemente basándose en el molde. Si ese hombre compró los zapatos en esta ciudad, sabremos quién es antes de veinticuatro horas. Y aunque no los haya adquirido aquí, le habremos echado el guante en una semana, tardando mucho. Denme la guía comercial. Procederán así; usted, Keller, recorrerá todos los comercios hasta la letra E, Easy Walk Shoes, Incorporated. Usted, Michaels… —y continuó así hasta el final.

Cinco minutos después, el inspector estaba solo en su oficina. Habían pasado ya cuarenta y ocho horas desde el descubrimiento del crimen.

A eso de las cinco, Bob White, a quien le había tocado recorrer las casas de la S a la Z, telefoneó:

—Ya lo tengo, inspector —dijo—. Lo encontré en la segunda casa de mi lista: la Supporta Shoes. Llevan un gráfico de pies de cada cliente para poder seguir el curso de la mejoría. Concuerda exactamente con la impresión de nuestro zapato. No hay posibilidad de error. El vendedor ni siquiera necesitó nuestro molde para identificarlo. Esto es lo que dice el registro de la casa: «Thomas J. Quinn, treinta y ocho años. Estatura: un metro sesenta y ocho centímetros. Peso: setenta kilos. Ocupación: contable en una fábrica de sombreros» —White hizo una pausa y luego dio una dirección—. Como usted ve, el registro es minucioso; hacen su trabajo científicamente, hasta con radiografías del pie y todo. El último par de zapatos lo compró la primavera pasada. Cada vez que lo hace regatea bastante el precio, según dice el vendedor.

—Bueno, ése es el último clavo en su ataúd —el inspector estaba exultante—. El tipo vive un poco más lejos de lo que yo suponía, pero no tanto como para no haber tenido oportunidad de oír hablar del viejo y sentirse tentado. Cinco manzanas al oeste y una al norte de la casa de Wontner. Es decir, diez minutos de camino, aun para un tipo con pies planos —terminó de anotar, y cerró su agenda—. ¡Magnífico, White! Yo comunicaré a los demás que pueden cesar la

búsqueda. Mientras tanto, vaya usted rápidamente a esa dirección. Si ha volado ya, llámeme inmediatamente y daremos la alarma. Pero si está todavía, no le quite los ojos de encima. ¡Que no se le pierda de vista! No vamos a detenerle enseguida. Le tendremos en observación durante algunos días, para ver si sale a relucir el dinero del viejo avaro. Ahora que lo tenemos no necesitamos apresurarnos, y cuantas más pruebas acumulemos en contra suya, menos trabajo nos dará al final.

Quinn llegó a su casa pálido y tembloroso. Su mujer advirtió a la primera ojeada que algo le había sucedido. No podía ser que sus pies le tuvieran de nuevo a mal traer.

—¿Qué te sucede, Tom? —le preguntó ansiosamente—. ¡Estás pálido y excitado! Supongo que no te habrán despedido, ¿eh?

Le cogió del brazo y le miró fijamente en los ojos.

—¡Gracias a Dios, no! —dijo Quinn con tono ausente, como si su empleo ya no fuese lo más importante para él. Echó una mirada a la puerta que había cerrado tras sí, como temeroso de que le hubieran seguido. Luego tartajeó—: ¡Me…, me…, me siento aturdido desde aquel momento! ¡No…, no lo puedo creer aún! Es como un sueño. Uno se cansa de oír y de leer cosas como ésta, pero nunca hubiera creído que pudiera sucederme a mí.

Hurgó nerviosamente en los bolsillos de su abrigo. Dirigió otra mirada en dirección a la puerta y por último extrajo algo del bolsillo interior, que arrojó sobre la mesa que tenía delante.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, mirando alternativamente al objeto y a su marido.

—Entérate por ti misma —contestó secamente. Era una cosa negra y alargada, una cartera—. ¡Ábrela! —agregó casi con rencor.

Ella obedeció. Inmediatamente, su rostro palideció tanto como el de Quinn. Pasaban tantas estrecheces desde hacía tanto tiempo, que debieron privarse de muchas cosas en todos esos años.

—¡Tom! —exclamó ella.

—¡Dos mil dólares! —dijo Quinn—. Acabo de contarlos fuera, en la escalera. Me dio miedo hacerlo en el lugar donde los encontré, miedo de que alguien me viera. Durante todo el camino hasta aquí, esperaba sentir una mano caer pesadamente sobre mi hombro y oír a alguien decir: «¡Devuélvame eso, es mío!».

Se enjugó la frente con el dorso de la mano y de nuevo miró la puerta con aprensión.

—Pero ¡cómo…, dónde…!

—¡Chis!… —advirtió él—. Habla más bajo… Algún vecino podría oírte desde fuera. Si llegaran a saber que tenemos tanto dinero… Subía las escaleras del metro y…, ¿sabes?…, hacia la mitad, cuando mi cabeza estaba al nivel de la calle… Quizá por eso la vi. En ese momento pasaba mucha gente, pero con seguridad nadie miraba al suelo. Era tanta la aglomeración que tal vez les fuera imposible hacerlo. Un hombre que iba delante de mí le dio un puntapié sin darse cuenta y ni siquiera vio de qué se trataba. La cogí y le eché una rápida mirada. Inmediatamente me di cuenta de que contenía más de cincuenta o de cien. Miré a mí alrededor y no vi a nadie que pareciera buscar algo. Entonces me la guardé y…

Su mujer revisó rápidamente la cartera, no el dinero.

—¡Nada! —dijo ella—. ¡Ni un papel, ni una tarjeta, ni siquiera las iniciales de su propietario!

—¡No! —asintió él vivamente—. Está tal cual la encontré, sin nada que sirva para identificarla.

Ella le miró escrutadoramente, como si se preguntara si él le estaba diciendo la verdad. ¿Habría encontrado en la cartera algún dato de su dueño y lo habría destruido para hallar una excusa para apropiársela?

Quinn dijo trastornado:

—¡Mira, Annie: ahora podremos comprar las cosas que siempre hemos deseado!

—¡Pero, Tom, esto pertenece a *alguien*! No podemos disponer de este dinero así como así… Si sólo se tratara de veinte, de

cincuenta dólares, vaya y pase, el daño no sería grande. Pero no *esta cantidad*. ¡Son dos mil dólares!

—¡Chis!… ¡Cierra el pico, te digo! —impuso Quinn, mirando una vez más a la puerta—. ¿Quieres publicarlo a los cuatro vientos?

Tal vez fuera su conciencia la que hablaba y no él; su conciencia, que le advertía de que ese dinero no era suyo.

Ella bajó la voz, pero continuó:

—¿Y si fueran los ahorros de toda una vida? ¿O un dinero que alguien necesita para algo muy urgente? Podría ser un caso de vida o muerte… *Nosotros* no lo sabemos. No tenemos derecho a gastarlo; mi conciencia me lo reprocharía.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó él, indignado—. ¿Dejarlo allí tirado, para que lo recogiera el primero que pasara y se apropiara de él? ¿Cualquiera con el mismo derecho que yo?

—No, no digo eso —repuso ella—. Me refiero al hecho de gastarlo, que es algo muy distinto.

—¿Quieres decirme cómo vamos a dar con el dueño, aunque quisiéramos? No hay nombre ni dirección alguna en la cartera.

Annie estaba tentando los billetes.

—Es evidente que ha tardado años en juntarlo. Esto no acaba de salir de un banco —comentó tristemente—. Algunos billetes son de los que ya se ven raramente. Él o ella debe de haberlos llevado siempre consigo, aumentando la cantidad poco a poco, y eso no hace sino empeorar la situación. ¿No lo comprendes, Tom? Puede ser algún obrero, hombre o mujer, solo en el mundo, tal vez enfermo. Quizá necesitó ese dinero para un caso de apuro y salió a la calle con él, y ahora… ¿adónde ha venido a parar?

—¡Bah, no seas tan melindrosa! —dijo él con fastidio—. Lo mismo puede ser de un ricacho que lo llevara encima para sus gastos diarios y al que la pérdida, no le preocupe.

—¡No! —dijo ella con firmeza—. No llevaría una cartera como ésta, barata y ya bastante estropeada por el uso, pues ni siquiera es de cuero verdadero.

Él no pudo refutar esta observación. Los escrúpulos que su mujer iba oponiendo a la idea de que él se apropiara de ese dinero le encolerizaron. Probablemente, eso le hubiera ocurrido a cualquiera.

—Entonces, ¿qué quieres que haga con él? ¿Que vaya a entregarlo a la policía? ¡Buena es ella también! ¿Qué seguridad tenemos de que no se van a repartir el dinero entre ellos?

En el fondo, Quinn no creía tal cosa, y su mujer lo sabía. Lo había dicho sólo como una excusa.

—Eso es exactamente lo que debieras hacer —dijo ella suavemente. Pero él se daba cuenta de que su mujer no iba a insistir mucho si él se negaba a hacerlo. Después de todo, era de carne y hueso. Le gustaría disfrutar de ese dinero tanto como a él, sólo que ella sentía más escrúpulos—. Entonces, si dentro de algún tiempo nadie se presentara a reclamarlo, nos los entregarían y sería verdaderamente nuestro.

—¡Maldito si lo voy a hacer! —dijo Quinn con obstinación—. Yo necesito, como cualquier hijo de vecino, disfrutar alguna vez, y ésta es mi oportunidad.

—Acuérdate de lo que te digo, Tom —repuso apenada su mujer —: no podremos disfrutar de ese dinero si antes no damos a su dueño la oportunidad de recobrarlo. Tengo el presentimiento de que esto nos va a traer una desgracia. Llámalo, si quieres, superstición de mujer; pero es así.

Luego, apesadumbrada por la expresión de desencanto que se dibujaba claramente en el rostro de su marido, propuso un pacto. Las mujeres son muy hábiles para eso.

—Perfectamente. Escucha, vamos a hacer esto. Lo retendremos sin tocarlo; digamos… una semana. Todos los días leeremos la sección de extravíos de los diarios. Si al cabo de esa semana nadie denuncia la pérdida, lo consideraremos nuestro y haremos con él lo que se nos antoje.

El rostro de Quinn se iluminó al oírla. Probablemente, pensaba, no había peligro de que nadie que hubiese perdido dinero en efectivo en una calle de la ciudad atestada de gente fuese tan optimista como

para pensar recobrarlo por medio de un anuncio. Eso sería tirar más dinero después de haber perdido el otro. Si se hubiera tratado de joyas o de títulos negociables, hubiera sido otra cosa.

—OK —asintió—. ¡Trato hecho!

Quinn encontró un sitio seguro para ocultarlo: la caja de cartón forrada de papel de seda en la que le habían entregado su último par de zapatos, y que guardaba en el fondo de su ropero. ¿Quién iría a buscar una cosa de valor en una vieja caja de zapatos?

Su mujer no tocó la caja para nada; había visto a su marido guardar el dinero con cartera y todo. Pero si hubiera revisado la caja después, habría encontrado allí el dinero; en cambio, la cartera había desaparecido misteriosamente. El único eslabón entre el dinero y su propietario ya no existía. Tom Quinn tomó o creyó tomar todas sus precauciones, pero el hombre propone y Dios dispone.

Al día siguiente, el primero en que podía aparecer el anuncio, llevó a su casa, como de costumbre, el diario de la noche. Pero ella advirtió en la confiada expresión de su marido que éste ya había echado una ojeada a la sección de extravíos, y que, para gran alivio de él, no había encontrado nada. Probablemente había temido encontrarlo.

No obstante, Annie era una mujer escrupulosa.

—Debes comprar *todos* los diarios, Tom —insistió—, no uno sólo —y le hizo volver al quiosco de la esquina.

Regresó con un montón de diarios bajo el brazo. No estaba en ninguno de ellos.

La ley de probabilidades obraba, por decirlo así, en favor de ellos. Si no había aparecido el anuncio el primer día después de la pérdida, era menos probable que apareciese el segundo. Y si no aparecía al segundo día, las probabilidades de que apareciera al tercero casi eran nulas. Y así sucesivamente. En otras palabras, o aparecía inmediatamente o no aparecería nunca.

Al día siguiente tampoco apareció. Annie le hizo buscar en todas las páginas por si había alguna noticia referente al extravío y que hubiese sido denunciado a la policía. Tampoco la había.

Esperanzado y cruzando mentalmente dos dedos para ahuyentar la mala suerte, comenzó a hacer planes de compras.

—Hace cinco años que no me hago un traje. Me gustaría poder guardar algo en mis bolsillos sin que se escurriera por los agujeros.

Annie trataba concienzudamente de atenerse a los términos de su convenio.

—Espera, no hagas lo de la lechera. Lo primero es estar seguros.

Pero, en realidad, no tenía la intención de descorazonar a su esposo.

Tampoco apareció al tercer día. Su resistencia se iba agotando.

—Tú necesitas un abrigo de entretiempo, Annie. Podrías comprártelo con cuello de piel. ¿Y qué te parecería también una radio?

Ella trató de disimular su alegría.

—Me gustaría que nos mudáramos de esta porquería de barrio y vivir como lo hace la gente —Annie fue hacia la ventana, apartó las cortinas y miró con disgusto afuera—. ¡Estoy tan harta de esta calle! No se ven más que cochecitos de niños, escaleras de incendios y vagos eternamente recostados en las puertas, mirando de arriba abajo a los que pasan.

Quinn estaba demasiado ocupado haciendo castillos en el aire para prestar atención a lo que ella le decía.

Tampoco apareció al cuarto día.

—Es inútil aguardar más, Annie —dijo con tono suplicante, después de examinar los diarios que tenían sobre la mesa—. Es imposible que pongan un aviso a los tres días de haber perdido una cosa. O lo hacen enseguida o no lo hacen más adelante. Nosotros hemos obrado honestamente. Hemos esperado. Bueno, ¿qué hacemos? ¡Es nuestro!, ¡comencemos de una vez!

Ella cedió con cierta repugnancia, pero cedió. Sus escrúpulos no fueron vencidos sin esfuerzo, pero lo fueron.

—Como quieras, Tom —dijo lentamente—. Seguramente que ya lo habrá dado por perdido, quienquiera que sea. Mi conciencia no

está aún del todo tranquila. Lo único que deseo es que esto no nos traiga alguna desgracia. Pero, en fin, si tú lo quieres…

—¡Así me gusta, mujer! —gritó Quinn, y le palmoteo la espalda radiante de contento.

Se puso en pie y se dirigió al ropero donde guardaba la caja de zapatos.

En ese momento la fortuna sonreía, aunque aviesamente.

Sacaron de la caja una décima parte del dinero, doscientos dólares, y se la repartieron en cantidades iguales. Al día siguiente, cada uno de ellos, eufórico, salió de compras. No lo hicieron juntos porque Quinn salía a las cinco de su trabajo, y no podía abandonarlo antes de esa hora. Volvió a su apartamento después que ella. Annie no pudo verle la cara, oculta tras la pirámide de cajas que traía. Pero cuando las depositó sobre la mesa, surgió un Quinn vestido de nuevo de la cabeza a los pies o, mejor dicho, hasta los tobillos. Los zapatos eran los mismos. Se parecían estos demasiado a una receta médica como para que el adquirir unos nuevos le procurara satisfacción. Pero todo lo demás que vestía era flamante: sombrero, traje, camisa, corbata, calcetines.

—También dejé reservada una radio, algo magnífico. Dejé una señal —chasqueó la lengua, satisfecho—. Me deshice en todas partes de los billetes más grandes, abultan demasiado. Me urgía aligerarme de ellos.

Annie le mostró sus adquisiciones. Se pavoneaba.

—Me fui a la peluquería y me hice la permanente y todo lo demás. ¡Oh, Tom! ¿No es maravilloso gastar en todo lo que a uno se le ocurre? La ondulación debe de favorecerme mucho, porque un tipo me ha seguido todo el camino, hasta la misma puerta de casa. No pude quitármelo de encima. No me molestó ni me dirigió la palabra, pero me di cuenta de que me seguía.

Quinn sonrió con tolerancia. Mujer al fin, probablemente eran sólo imaginaciones.

—¡Oh, y lo más importante de todo! Alquilé un nuevo departamento. Es al otro lado de la ciudad. Ascensor, calefacción y

todo. Los de la empresa de mudanzas vendrán mañana por la mañana.

—En ese caso, no disponemos de mucho tiempo. Empecemos a empaquetar las cosas; si no, no las tendremos listas cuando lleguen.

Ambos se sentían muy felices ante la idea de abandonar aquella vieja casa. Quinn silbaba, y con la camisa remangada iba depositando cosas en dos viejas maletas colocadas en medio de la habitación. Annie canturreaba mientras sacaba el contenido de los cajones y armarios.

Se oyó un golpe en la puerta. Tétrico, de mal agüero. Ambos se quedaron inmóviles, mirándose.

—Deben de ser los de la mudanza, que han entendido mal. Yo les dije bien claro que vinieran por la mañana, no…

Fue hasta la puerta y la abrió. Un hombre entró y avanzó hasta el centro de la habitación. Luego, otro hombre; tras éste, un tercero. No tenían la indumentaria de los mozos de mudanzas.

—Usted es Thomas J. Quinn, ¿no? —pero no era una pregunta.

Quinn asintió con la cabeza, palideciendo un poco ante el tono del hombre. Se irguió y dejó caer en la maleta lo que tenía en la mano.

—¡Queda usted detenido por asesinato!

La tierra desapareció bajo los pies de Tom y Annie, y a ambos les pareció que estaban suspendidos en el vacío.

—Pero si no sé ni *quién…* ¿Cómo habría podido yo haberlo hecho si ni siquiera sé *quién…*?

Acurrucado en una silla en una oficina del Departamento de Policía, había estado repitiendo esas palabras durante toda la noche hasta el amanecer.

—¿Que usted no conoce a quién? —el inspector hablaba pausadamente. Era un caso demasiado bueno, demasiado perfecto como para tener que molestarse aplicándole el *tercer grado*. Esto era casi siempre contraproducente durante el juicio. Todo lo que un abogado tenía que hacer era susurrar: «Brutalidad policiaca», para que el jurado se inclinase a favor del acusado—. Entonces, ¿por qué ha estado usted comprando durante las tres últimas noches todos los

diarios que se publican en la ciudad, si no ha sido para seguir el desarrollo de la investigación? Sólo para salir, en cuanto la cosa se enfriara, a gastar el dinero que ya le pesaba en el bolsillo.

—Ya le he dicho para qué compraba yo todos esos diarios. Le he declarado cómo vino a parar a mis manos ese dinero.

—¿Y espera usted que nos traguemos ese cuento? Un chico de doce años buscaría una coartada mejor. Conque lo encontró en la calle, ¿eh? Entonces, ¿por qué no vino a entregarlo a la policía? ¿Dónde está la cartera en que dice que lo encontró? Bueno, escúcheme, Quinn: hace treinta y cinco años que estoy en la policía, y no son pocos los nenes que he enviado ante el tribunal, pero nunca en todo ese tiempo, óigalo bien, nunca he tenido en mis manos un caso tan evidente como el suyo. Sí, usted puede ponerse de todos los colores, no se lo estoy diciendo para atemorizarle… Pero si hasta el lugar donde le hemos encontrado el dinero parece cosa de una justicia superior —describió un círculo—. Sus zapatos lo denunciaron, y cuando la pista nos llevó hasta usted, allí estaba el dinero, en la caja de esos mismos zapatos. Sí, usted se deshizo de casi todos los billetes grandes, pero fue lo mismo. Hemos seguido la huella de cada uno de esos billetes.

—¡Mis zapatos! —suspiró Quinn—. Usted insiste en mis zapatos. Toda la noche no ha hecho otra cosa —cerró los ojos y apretó los puños contra los párpados—. ¡Cómo pudieron haber estado donde yo jamás he estado! ¿Cómo pueden haber dejado una huella donde yo jamás he puesto los pies? Les repito, señores, lo que les dije a medianoche, cuando me arrastraron a aquel horrible lugar, y lo que les diré hasta mi último suspiro: jamás había visto antes esa casa, jamás había puesto mis ojos en ella, jamás había pasado por allí, y ni siquiera he estado a varias manzanas del lugar.

El inspector dijo casi compadecido:

—No mienta, Quinn. Usted no puede hacer andar solos a sus zapatos.

El acusado medio se incorporó en su silla, presa de un incontenible impulso de rebelión. Uno de los detectives extendió un

brazo y le sentó de nuevo.

Quinn siguió moviendo la cabeza desesperado.

—Algo hay acerca de mis zapatos que quiero recordar y no puedo. ¡Quiero recordar algo, pero no sé qué es! No puedo pensar con tranquilidad… ¡Hay tantos rodeándome! ¡Me acosan de una forma que…! Yo sé que es una insignificancia, pero si pudiera recordarla…

—Yo le diré algo que le hará recordar —dijo el inspector impasible—: que esos zapatos le llevarán a la silla eléctrica —apartó con un gesto brusco la confesión no firmada aún—. ¡Llévenselo de aquí, muchachos! Todo está tan claro que no vale la pena perder el tiempo con él. Ni el mismo Darrow[2] conseguiría sacarlo del atolladero.

Quinn salió de la habitación dando traspiés, sostenido por los detectives. Al cerrarse la puerta tras él, aún seguía mascullando algo:

—¡Tengo que acordarme! ¡Tengo que acordarme!

—Ahora tráiganla a ella —ordenó el inspector.

Bob White, que tomaba parte en el interrogatorio, preguntó:

—¿Qué va usted a hacer con ella? ¿Acusarla de complicidad?

—Me parece que sí, por la forma en que ella ratifica cada detalle de las estúpidas declaraciones de él. Sin embargo, le diré francamente que si pudiera evitarlo, no lo haría. Si algo puede perjudicarnos es envolverla a ella en el proceso. No es el tipo de mujer capaz de una cosa así. ¡Su apariencia es tan honesta y respetable! Ya sé que eso no quiere decir nada, pero en cierto modo sí influye. Despertaría simpatía y, automáticamente, su marido sería el beneficiado. Si yo estuviera seguro de que ella es ajena al asunto, que se tragó inocentemente las patrañas que le contó él para explicar el origen del dinero, me arriesgaría a dejarla tranquila y me dedicaría por entero a Quinn.

White dijo:

—Encontré un rosario entre sus cosas cuando revisé el apartamento. Si usted cree en la psicología, yo conozco un método muy simple para descubrir con seguridad si ella es cómplice de su marido o no.

—Bueno, podemos probar. ¿Qué es?

—Ahora son las seis y media. Déjela en libertad, desde luego bajo vigilancia. En el término de media hora, es decir, antes de las siete, podré decirle si ella es cómplice o el hombre cometió el hecho sin que ella supiera nada.

—Le daremos un poco de cuerda.

Mistress Quinn entró custodiada por una policía. Ya no lloraba. Su rostro estaba ojeroso y pálido, trastornado por ese inexplicable horror que se había abatido sobre ellos.

—Siéntese, mistress Quinn —dijo el inspector, con un acento más afable que el que había empleado con el hombre.

Ella habló antes que el inspector se lo pidiera.

—¿No quiere usted creerme que él no pudo, que él no ha estado fuera de casa a esas horas desde hace muchos años? —dijo en voz baja y plañidera—. Usted dice que el crimen fue cometido a las cuatro de la mañana, y mi esposo dormía a esa hora a mi lado, y esto todas las noches desde que nos casamos, no esa sola vez.

—Permítame que le haga una pregunta, mistress Quinn —interrumpió el inspector secamente—. ¿Está usted invariablemente despierta a las cuatro de la mañana?

La respuesta fue dada en voz tan apagada que los que se hallaban en la oficina apenas pudieron oírla.

—Raramente, casi nunca —y su cabeza cayó hacia delante.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que su marido no se ha movido nunca de su lado a esa hora? Tomemos, al azar, una noche cualquiera; digamos, por ejemplo, la noche del cuatro de agosto.

Annie levantó la cabeza mostrando en su rostro una expresión de abatimiento. Era inútil que contestara; ella lo sabía, ella no podía recordar. No podía diferenciar esa noche de las demás; todos los días y todas las noches se presentaban igualmente borrosos en su

memoria. El recuerdo se había esfumado sin esperanza de hacerlo volver, sin nada para evocarlo, nada por donde asirlo y separarlo del resto.

—Puede retirarse a su casa, mistress Quinn —dijo ásperamente el inspector.

Uno de sus hombres tuvo que abrir la puerta para que ella se moviera: tan atolondrada se encontraba. Cuando salió el inspector levantó el pulgar en dirección a Bob White.

Este regresó a la oficina antes de quince minutos.

—Esa mujer no tiene nada que ver en esto, inspector. Puede estar seguro.

—¿Cómo lo sabe?

—Se fue directamente de aquí a la iglesia, a oír misa de siete, a orar por él en su aflicción. Y ahora mismo está allí. Ni el más empedernido criminal habría tenido valor suficiente para hacer tal cosa, si su conciencia le reprochara un crimen. Yo he catalogado bien su tipo.

—Perfectamente —dijo el inspector—; entonces la dejaremos libre definitivamente. Vamos otra vez adentro. Me alegro de que ella no tenga que ver con el asunto. Así no tendremos tropiezos con el jurado. Pero a él no le arriendo la ganancia…

Quinn estuvo listo aquella misma mañana para comparecer ante el jurado. Éste se reunió después del Labor Day, es decir, un mes después de cometido el asesinato. El molde de la huella, el zapato, la declaración del vendedor que se los había vendido a Quinn, la del tendero de comestibles del que Wontner era cliente, en cuanto a la clase de billetes que siempre recibía del anciano; la de los vendedores de los comercios de ropas y de radios y la del administrador de la casa de apartamentos, en cuanto a los billetes que habían recibido de Quinn una semana después del asesinato, era mucho más de lo que se necesitaba. Era un caso circunstancial

sin igual. Fue convicto de asesinato en primer grado, y la vista de la causa fue fijada para el siguiente mes, octubre.

Llegada esa fecha, el abogado designado por la Corte para defenderle le dijo abiertamente en su celda:

—Me he hecho cargo de este caso por orden de la Corte, pero no puedo salvarle, Quinn. ¿Sabe usted qué podría salvarle? ¿Lo único que podría salvarle? Usted tiene sólo una probabilidad entre mil, y es, *si* usted me dice la verdad (óigalo: *si* me dice la verdad), que si usted encontró la cartera donde dice que la encontró, cerca del quiosco que está a la salida del metro, en la estación Brandon, a eso de las seis de la tarde del cinco de agosto, hay una remotísima posibilidad de que la persona que la perdió reconozca la gravedad de las circunstancias por la publicidad que se dará al proceso, y se presente a última hora para corroborar su declaración. Y aunque eso de ningún modo es fácil que suceda, como usted comprenderá, es el único rayo de esperanza que le queda. Voy a machacar y machacar sobre el tiempo y el lugar, cada vez que abra la boca, pero no tengo mucha confianza. La persona en cuestión puede hallarse lejos de aquí, donde las noticias de este caso (y la de su proceso no hará mucho ruido) no se publiquen. También puede haber fallecido, o podría suceder que ese dinero no fuera legítimamente suyo y, en consecuencia, temiera presentarse a declarar.

Miró a Quinn con los párpados entornados.

—*Hasta puede que esa persona no haya existido nunca*. Si es así, peor para usted. Si ha existido una cartera y usted la ha destruido, como afirma haber hecho, eso, más que otra cosa, es lo que ha sellado su suerte.

—¡Le repito que la destruí! Me obsesionaba la idea de guardarme ese dinero y quería dificultar lo más posible que su dueño pudiera probar que era suyo. Corté la cartera en pequeños trozos con una hoja de afeitar, a escondidas de mi esposa, y al día siguiente, cuando iba a mi oficina, fui arrojándolos uno a uno en los recipientes de basura. Me pareció una idea excelente y que yo era un tipo listísimo.

Ironías de la suerte. Había temido que el dueño del dinero se presentara y él se viera obligado a devolvérselo. Ahora, lo que temía era que *no* se presentara y por ello perdiera la vida.

Acurrucado en el camastro de su celda, inclinó la cabeza con resignación.

—Al principio, durante los primeros días de mi arresto, pensaba que había algo que podría decir acerca de mis zapatos, que tal vez aclarara mi situación o por lo menos me brindara la oportunidad de hacerlo. ¡Oh, qué tormento ha sido tratar de recordar qué era, sin lograrlo! Estuve a punto de enloquecer a fuerza de torturar mi cerebro. Ahora he desistido. Si no lo conseguí antes, menos podría conseguirlo ahora. Y, después de todo, tal vez estuviera equivocado.

—Tal vez —comentó secamente el abogado—, tal vez sea así.

—¿Era el acusado…, ese hombre que está allí sentado…, un cliente asiduo de su salón de lustrar calzado, Freddy?

—¿Ese? No… Vivía en la otra esquina. Pasaba delante del salón dos veces al día, al ir y venir, y han pasado años sin que entrara una sola vez. Llevaba siempre los zapatos tan sucios que uno hubiese podido escribir su nombre en ellos. Hace tiempo que renuncié a lustrarle los zapatos alguna vez. Luego, un día del mes de agosto, entra por su propia voluntad. ¡Casi me caigo de la sorpresa! (*Risas.*)

—¿Puede usted declarar algo en particular acerca de esa limpieza de zapatos, Freddy?

—Sí, que les hacía buena falta. (*Risas.*) Hacía tanto tiempo que no se los lustraba, que creía que aún regía el precio de cinco centavos. No se había enterado de que desde que nos hemos organizado en sindicato se ha aumentado el precio. (*Risas.*)

—¿Algo más, Freddy? ¿Puede usted recordar algo acerca de sus zapatos, aparte de que estuviesen sucios?

—Tenían pegados a las suelas pedacitos de lata. Uno de esos pedacitos estaba tan pegado y cubierto de barro que tuve que desprenderlo con un cuchillo.

—La defensa puede interrogar al testigo.

—No tengo ninguna pregunta que formular.

—¿Dónde halló usted exactamente esa cartera, míster Quinn?

—A la salida del metro en la estación Brandon, del lado de los trenes ascendentes.

—¿Qué día?

—El miércoles cinco de agosto.

Observación del Tribunal:

—El acusado y su defensor no tienen necesidad de levantar la voz; se los oye perfectamente en toda la sala.

—¿A qué hora del día fue?

—A eso de las seis de la tarde.

—El fiscal puede interrogar al acusado.

—Sólo dos preguntas, Quinn. ¿Dijo usted en una estación del metro a las seis de la tarde? ¿Pasaba mucha gente por allí en ese momento?

—Sí, bastante gente.

—Dígame, Quinn: ¿qué es lo que tengo en la palma de mi mano?

—No puedo decírselo; está usted demasiado lejos.

—Sin embargo, cualquiera que tenga buena vista puede decirlo. ¿Tiene usted o no buena vista? Contésteme.

—Soy… algo corto de vista.

—Y no obstante, usted y sólo usted entre toda la gente que subía la escalera del metro, la mayor parte de la cual debía de tener buena vista, usted y sólo usted fue el que vio la cartera. La acusación ha terminado.

—Bueno, hasta ahora no hemos adelantado nada —dijo el abogado amargamente a Quinn en su celda, durante un intermedio—. Desde que comenzó el juicio me hice el propósito de recalcar por lo menos una vez cada día el punto y hora en que usted encontró la cartera, la suma que contenía y la clase de cartera. Nadie, ni siquiera un impostor, ha aparecido con la esperanza de obtenerlo. Esto

hubiera sido algo, pues habría representado una buena posibilidad para nosotros. Ahora es demasiado tarde. Esto ha terminado. Ya no se presentará. De todos modos, no ha existido nunca más que en su imaginación. Si *yo* hubiese necesitado explicar la procedencia de una suma de dinero, hubiese sido más listo que usted.

Quinn repuso sombríamente:

—Yo he dicho la verdad, pero no siempre el que dice la verdad parece listo.

—Ahí vienen a buscarle otra vez. El jurado debe de haber llegado a un veredicto. *¡Doce minutos y medio justos!* No es necesario que yo vuelva con usted a la sala. Puedo decirle ahora mismo cuál es ese veredicto, sin necesidad de oírlo, dado el poco tiempo que les llevó.

—Todo esto me parece un sueño… —dijo Quinn en el momento en que el ordenanza descorría el cerrojo de su celda— del que no despertaré jamás.

—Sí, su señoría. Nuestro veredicto es: ¡Culpable de asesinato en primer grado!

—Yo le sentencio a morir en la silla eléctrica en el curso de la semana que comienza el veintiséis de diciembre. Dicha sentencia será ejecutada por el alcaide de la prisión del Estado…

—¡Mis zapatos! ¡Tengo que recordar algo acerca de mis zapatos! ¡Ayúdenme, por favor! ¡No quiero morir!

Bob White, de regreso a su hogar para las fiestas de Navidad, con el cuello de su grueso abrigo tapándole las orejas, se encontró con un policía a quien conocía de vista, el cual llevaba a empellones a un desharrapado individuo, con barba canosa de varios días. El detenido no era culpable de un delito de mucha importancia. Podía adivinarlo por la despreocupación del policía al detenerse a cambiar unas palabras con él, a pesar del intenso frío que hacía. Su aliento formaba pequeñas nubes al salir de sus labios.

—Es una noche demasiado fría como para detener a nadie —bromeó White—. ¿Qué ha hecho este hombre?

—Se trata de la casa de Wontner, cerca del río, que está dentro de mi radio. Éste y otros vagos como él, que viven por los alrededores, han estado llevándosela pedazo a pedazo para hacer fuego. Cada vez que la clausuramos, ellos la abren de nuevo y se llevan otro pedazo. Ya estamos cansados de advertirles que no se acerquen allí, y ahora vamos a hacer que escarmienten. Tengo órdenes estrictas de mi jefe de detener a cualquiera que encuentre allí de ahora en adelante.

—Pero ¿es que la casa no se ha venido abajo todavía? —preguntó White, sorprendido—. Creía que ya la habrían derribado hace tiempo. Yo intervine en ese asunto. Un día de esta semana, creo, le sientan en la silla al tipo.

El tambaleante vagabundo, pataleando malhumorado sobre el suelo helado, exclamó:

—¡Oh, lléveme de una vez donde no haga tanto frío!

Y dio al policía un puntapié en el tobillo para obligarle a hacerlo.

Éste dio un respingo, le asió del cuello levantándole en vilo y le sacudió con furia.

—Donde no haga frío, ¿eh? Ya te haré yo entrar en calor —y volviéndose a White—: Hace una semana que vengo haciendo lo mismo. Con toda seguridad habrá allí otro vago de éstos cuando vuelva.

—Yo iré allí y vigilaré hasta que usted regrese —ofreció el detective—. De todos modos, dispongo de tiempo y no tengo a nadie que me espere en mi casa para celebrar la Nochebuena. Sólo me encontraré allí cuatro paredes y una percha.

—Haga usted lo que guste —dijo el agente de policía.

Este y su bamboleante prisionero marcharon en zigzag calle arriba, y White siguió la dirección opuesta hacia la helada orilla del río, cavilando qué impulso le hacía acercarse a un lugar como aquél en una noche tan señalada. Había oído decir que los asesinos suelen volver a la escena de sus crímenes, pero no los detectives.

Era como una oscura caverna abierta entre las paredes casi invisibles de los depósitos. Mientras avanzaba lentamente, la luz de su linterna recorrió el suelo congelado que se extendía ante él. Cuando llegó frente a la casa, dirigió el haz de luz contra la fachada.

Le había producido pésima impresión aquel día de agosto en que habían descubierto en ella el cadáver de Wontner, pero entonces era un palacio en comparación con el estado en que ahora la veía. Comprendía perfectamente que al policía se le agotara la paciencia con los merodeadores. El frontal del porche había desaparecido, al igual que el suelo. No había quedado ni un cristal en las ventanas. La puerta también había desaparecido, lo mismo que los marcos de las ventanas. Hasta las mismas tablas que la policía había clavado en la puerta habían sido arrancadas otra vez.

White dio la vuelta alrededor de la casa hasta llegar al fondo por el corredor donde había descubierto la condenada huella. Allí la devastación era todavía mayor, pues los vándalos habían podido llevar a cabo su obra sin exponerse a ser descubiertos desde la calle.

En el sepulcral silencio, mientras estaba allí contemplando tristemente la escena, oyó un ruido en algún lugar dentro de la casa. Tal vez se tratara de ratas que huían ahuyentadas por la luz de su linterna, que penetraba por las rendijas de la pared. Algo cayó pesadamente, rodó y finalmente se detuvo.

No cabía duda: eran ratas pero era lo bastante sagaz como para decidirse a entrar y echar un vistazo sólo para convencerse. No había tenido hasta entonces la intención de hacerlo, descontando que Donland, cuyo servicio suplía, no había descuidado su obligación.

Entró por la puerta trasera de la casa, que estaba abierta; avanzó paseando delante de él la luz de su linterna, no por temor, sino para asegurarse de dónde ponía el pie. Era ésta una precaución realmente necesaria. En la habitación donde encontraran a Wontner, secciones enteras del suelo habían sido levantadas, dejando al descubierto las vigas del armazón. Se podía ver abajo, en algunos lugares, una especie de sótano. De nuevo se produjo el ruido:

¡pshhh, pshhh! Luego, un tintineo como de cadenas, y después, de algo que al parecer rodaba.

Avanzó con precaución unos pasos por una de las vigas, como un equilibrista, dirigiendo su linterna hacia abajo. Se produjo una desbandada. Seguramente eran ratas, pues el lugar estaba plagado de ellas. Era una amenaza para el vecindario. El Departamento de Sanidad debía intervenir y hacer que se demoliera de una vez el edificio. «¡Mas todo el trámite burocrático!», pensó. Pero ¿y si los chiquillos tomaban el lugar como campo de juego…?

Una figura gris con forma de torpedo se escurrió bajo sus pies, claramente visible a la luz de su linterna. La siguió otra, que vaciló a medio camino y volvió sobre sus pasos. White experimentó una sensación de repugnancia mezclada de temor.

Entonces cometió una equivocación. Tal vez el leve movimiento de su cabeza siguiendo la carrera de los animales bajo sus pies le hizo perder el equilibrio. Tal vez la podrida viga estaba esperando justamente ese momento para quebrarse. Se produjo un crujido y White se deslizó hacia abajo como un niño por la baranda de una escalera. Una nube de polvo y cascotes le siguió.

No fue una caída peligrosa, pues la profundidad no era mayor de dos metros. El suelo, abajo, no era de cemento ni ladrillo, sino de tierra apisonada. Era más una cueva que un sótano. Quizá había sido excavada por el mismo Wontner en el curso de años, y la tierra acarreada afuera poco a poco. White no podía quejarse. Su linterna, que con la caída salió lanzada por el aire, cayó, como por un milagro, sin apagarse. Quedó a pocos pasos de él, lanzando un corto haz de luz. La empuñó rápidamente y se incorporó. Eso atenuó un tanto lo desagradable de la situación. El ruido de carreras a su alrededor y la sensación imaginaria de asquerosos cuerpos moviéndose a sus pies le hicieron lanzar una exclamación. Cualquier otro en su lugar lo hubiera hecho también. Se quedó inmóvil, barriendo el lugar en torno de él con la luz, para mantener a raya a los animales.

Sus rápidas carreras se le antojaron agresivos avances y retrocesos hasta el círculo de luz. Esperaba ser atacado de un

momento a otro, y sabía que en cuanto una se atreviera, las demás la seguirían. Las sombras a su alrededor pululaban de ratas. Otra vez oyó el ruido metálico y un objeto de forma cilíndrica rodó hasta sus pies. White dio un salto espasmódico y dirigió la luz hacia el objeto. Era una lata, simplemente, desplazada por uno de los roedores al huir.

La levantó para utilizarla como proyectil, la agarró con su mano derecha y sujetó la linterna con la izquierda, haciendo siempre girar la luz. Ésta le permitió descubrir en el suelo de tierra a uno de los animales. White le arrojó la lata, profiriendo un «¡Puf!» de repugnancia. El proyectil dio de lleno en el animal, atontándolo. Levantó otra lata —las había en abundancia— y se la arrojó para terminar de matarla, pero en vez de dar contra el animal lo hizo contra la que arrojó anteriormente, abriéndola. La tapa saltó como si hubiese estado mal soldada. La rata, reanimándose, huyó dificultosamente, como si tuviera algún miembro roto.

White se olvidó de ella y de sus demás congéneres; se olvidó de dónde estaba y hasta se olvidó de pedir auxilio. Se quedó allí, mirando fijamente lo que acababa de aparecer dentro del círculo de luz. No se trataba de la conserva que debía de haber contenido la lata, sino de un apretado rollo de billetes que asomaba por la abertura.

Lo que atrajo allí a Donland, el policía de servicio, un poco después, fue el ruido que White producía abriendo lata tras lata con ayuda, de una pesada piedra.

—¡Soy yo! —dijo White cuando la linterna del policía le descubrió desde arriba, por entre las vigas—. Me caí. Tenga cuidado al pisar.

Donland respondió:

—¿Qué es lo que ha encontrado usted?

—Tengo aquí, hasta ahora, noventa y dos mil dólares que estaban en las viejas latas escondidas en este sótano, y aún quedan muchas por abrir. ¡Ayúdeme, venga! ¿Se da cuenta? Quinn no puede ser el asesino, pues éste es en realidad el tesoro, intacto, y no los dos mil dólares que se le encontraron.

—De ningún modo —contradijo de plano el inspector, en su oficina, cuando los policías llegaron con ciento quince mil dólares, total del hallazgo—. Eso prueba que Quinn no dio con el escondrijo de Wontner, y nada más. Esto no significa que no sea el asesino ni mucho menos. Nosotros mismos tampoco dimos con este dinero, ¿no?, y dispusimos de bastante tiempo para hacerlo. Quinn sólo tuvo pocas horas, desde las cuatro de la mañana hasta el amanecer. Fueron necesarias las depredaciones de los vagos y una caída accidental para descubrir ese sótano. Hay muchas maneras de dar con una cosa. Quinn pudo haberse atemorizado por algo y haber huido antes de registrar completamente la casa. O pudo haber revisado todo sin sospechar la existencia del sótano. Y hasta pudo haberse dado por satisfecho con los dos mil dólares que encontró enseguida, haciéndole pensar que eso era cuanto el viejo pajarraco poseía, sin molestarse en seguir buscando.

Alisó los sobados billetes emparejándolos lo más posible.

—White, esto quizá ni rime con esa huella de pisadas ni con el repentino dispendio de Quinn a sólo una semana de la muerte de Wontner, pero a usted se le pasan inadvertidos algunos detalles, tal vez unos cuantos.

—Lo siento —replicó White con obstinación—, pero algo me dice que hemos condenado a un inocente. ¿Quiere usted decir que le va a dejar ir a la muerte el jueves por la noche, después de lo que acabamos de descubrir?

—No; ahora mismo voy a notificar esto a la oficina del fiscal. El asunto es de su incumbencia, no de la mía. Yo sólo soy un policía. Pero yo sé cómo se desenvuelven estos asuntos. Si eso es lo que usted espera, le digo que esto no va a servir para conseguir una revisión de la causa, pues no constituye en modo alguno una nueva evidencia. Esto sólo prueba qué Quinn no halló lo que buscaba, y dudo de que ni siquiera sirva para retrasar la ejecución de la sentencia.

White respondió acaloradamente:

—¡Entonces éste será el mayor error judicial que se haya cometido de muchos años a esta parte! No será más que un asesinato legal. A todos ustedes el bosque no les deja ver los árboles. Huellas de pasos, unos cuantos billetes viejos, una limpieza de zapatos; eso es todo lo que condena a Quinn. Pruebas circunstanciales, nada más. No digo que no haya sido una investigación correcta, pero esto que acabamos de descubrir debía de ser el móvil principal del crimen. ¿A qué queda reducido el caso ahora? Falla por la base. Es sólo un grupo de pequeñas coincidencias inconexas flotando en el aire.

—Si usted lo cree así —dijo fríamente el inspector—, debo decirle que no estoy de acuerdo con usted, aparte de que el asunto ya no es de su incumbencia.

—¡Ya lo creo que lo es! —gritó el detective—. No quiero manchar mi conciencia con la sangre de ese hombre. Contribuí a llevarlo donde está, y me importa mucho hacer cuanto esté en mi poder para sacarle de ahí. Y si ustedes son tan miopes que no ven las cosas como yo las veo, les aseguro que obraré por mi cuenta.

Las hostilidades se rompieron definitivamente, aunque White alardeaba un poco.

—Es la influencia de la Navidad —murmuró alguien—; quiere hacer el papel de Rey Mago.

—¡Hágalo! Nadie va a impedírselo —asintió el inspector irónicamente—. Si cree que Quinn es inocente, tráigame al que lo hizo. Eso es todo lo que tiene usted que hacer, y es lo único que puede salvarle, se lo advierto. Al primer aviso de que ha hallado al verdadero culpable me pondré en comunicación con la oficina del fiscal para que telefoneen al gobernador y se consiga de éste que suspenda la ejecución. Ellos tienen tan pocos deseos de enviar a un inocente a la silla eléctrica como usted o como yo —pero el tono de burla con que pronunció estas palabras demostraba que no esperaba ningún resultado favorable del trabajo de White—. ¡Menuda faena la que le espera! —siguió diciendo, guiñando un ojo a otro detective—.

Quinn debe ser ejecutado el jueves por la noche, como usted sabe, y ahora es la una de la mañana del martes. ¿Cree usted que puede resolverlo en sólo tres días? Y será mejor que se asegure de que el que traiga sea el verdadero culpable, White. No sea cosa de que se tire una plancha…

Bob White tomó su sombrero de un manotazo y abrió la puerta.

—¡Ya veremos! —exclamó sombríamente.

Alguien dijo en tono de chanza, al cerrarse la puerta tras el detective:

—¡Tipo divertido este Bob White! —todos rieron, incluso el inspector. Luego se olvidaron de él.

Después de haber estado llamando un buen rato se oyó funcionar la llave de la luz al otro lado de la puerta. La mujer de Quinn, un espantajo envuelto en una bata, incapaz ya de todo sentimiento de temor, alarma ni esperanza, abrió la puerta.

—No creía que usted siguiera viviendo aquí —dijo White—. Me alegro de encontrarla.

Ella contestó inexpresivamente:

—¿Ya sucedió? ¿Eso es lo que usted viene a decirme? Creía que no era hasta la noche del jueves.

Sólo sus labios se movían. Nada podía ya sacarla de su anonadamiento. El cambio que se había operado en ella desde que la viera durante el proceso le impresionó, aunque él no era de los más sensibles, más bien todo lo contrario, según sus camaradas. Su cabello había encanecido y su rostro mostraba las huellas del dolor imborrable.

—Sé que es un poco tarde y lamento haberla hecho levantarse a esta hora.

—Ya no sé lo que es dormir. Me siento al lado de la ventana, a oscuras, y me estoy allí toda la noche…

—¿Me permite entrar a hablar con usted un momento?

Ella abrió la puerta un poco más, haciendo un desmañado ademán, pero todo lo que dijo fue:

—¿De qué?

—No sé —confesó él—. Se trata de su esposo, desde luego, pero… quiero decir que ignoro lo que en concreto podemos decir de él. Acabo de salir de la comisaría bufando y vine aquí como impulsado por no sé qué…

Ella se sentó, mirándole y con las manos descansando resignadamente entrelazadas sobre su regazo.

—Usted no cree que él sea culpable, ¿verdad? —soltó White finalmente—. Bueno, vine para decírselo: yo mismo no lo sé.

Esperó algún signo. Ni sorpresa, ni interés, ni esperanza.

—Hemos encontrado ciento quince mil dólares esta noche en la casucha de Wontner. Ahora el asunto toma otro cariz, al menos para mí —volvió a esperar—. ¿No hay algún pequeño detalle que usted pueda proporcionarme? ¿Algo de lo que no haya hablado todavía? No desconfíe de mí. Ahora estoy de su parte —se inclinó hacia ella—. No se quede así, mirándome de ese modo… No disponemos de mucho tiempo. ¿No se da usted cuenta de que se trata de salvarle? —luego, desconcertado por la inmovilidad de su rostro, gritó casi alarmado—: ¡Usted no cree que sea culpable! ¿Verdad?

—No lo creí al principio ni durante mucho tiempo después —dijo ella con acento de desengaño—. Ahora, yo…

—¡Su propia esposa! —murmuró, espantado—. ¿Quiere usted decir que ahora sí lo cree?

—No; sólo quiero decir que ya no estoy segura de su inocencia; ya no estoy segura. Ustedes, la policía, el público y el mundo entero dijeron que él lo había hecho. *Probaron* que él lo había hecho. Me figuro que terminaron por convencerme a mí también. Hicieron nacer dudas en mí antes que todo terminara.

White la asió ansiosamente por el descarnado hombro.

—Pero él nunca le confesó que era culpable, ¿no? Su marido nunca le dijo que fuera él…

—No; lo último que me dijo cuando se lo llevaron fue que era inocente, que él no era quien había cometido ese crimen.

—¡Entonces, aún podemos salvarlo! Tiene usted que ayudarme. Para eso estoy aquí. Usted ha compartido su vida hasta que sucedió esto. Yo, no. Debe de haber algo, algún pequeño detalle que usted y sólo usted puede descubrir, que logre realizar el milagro. ¡Haga un esfuerzo, por favor, concéntrese! Vea: hay dos cosas que se nos oponen. Una es esa huella. La otra es la cartera que contenía el dinero. La huella es la más importante de las dos. La otra no tiene consistencia por sí misma. Ellos no pueden probar que él robó ese dinero a Wontner, pero sí que su zapato dejó esa huella al lado de la casa del viejo. Eso es lo que ya han hecho, y no ofrece la menor duda. Yo mismo trabajé en ese punto. La Supporta Company pudo convencerme, al mostrarme sus registros, de que ningún otro zapato, fuera de los que le vendieron a su esposo, podría haber impreso esas huellas. No hay posibilidad de un duplicado. La fábrica utiliza una horma individual para cada uno de sus clientes con pies defectuosos y soportes también individuales. No hay dos casos iguales, eso es indudable. Y, sin embargo, podemos allanar esa dificultad, debemos hacerlo. En primer lugar, ¿qué hizo su marido con el par de zapatos viejos? ¿Qué hacía cada vez que se le deterioraban unos zapatos y tenía que desecharlos?

—Los guardaba, sencillamente. No podía deshacerse de ellos por lo caros que le costaban. Puedo mostrarle todos los pares que se ha comprado desde que comenzó a usar esa clase de zapatos.

Mistress Quinn llevó a White a la habitación contigua, abrió un ropero y le mostró tres pares de zapatos en distinto grado de deterioro. La suela estaba gastaba hasta quedar reducida a poco más del espesor de un papel, según pudo comprobar al examinarlos uno por uno. Uno tenía un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos; otro, un agujero del tamaño de una pieza de veinticinco, y un tercero, el de una moneda de medio dólar.

—No ha sido ninguno de éstos el que dejó la huella —dijo White —. Ésta mostraba una suela intacta y el tacón apenas gastado. Y el

testimonio del limpiabotas probó que fue el par de zapatos que usaba entonces el que tenía adherido el barro a las suelas. Me había olvidado de eso —se pasó la mano por el cabello desanimadamente —. Es un obstáculo más. Durante el trayecto hasta aquí he venido considerando la posibilidad, aunque vaga, de que uno de sus zapatos viejos hubiese ido a parar a manos de otra persona; que hubiesen sido arrojados a la basura, por decirlo así, y recogidos por un vago o un pordiosero que anduviera luego con ellos por los alrededores de la casa de Wontner. Pero, puesto que todos sus zapatos viejos están aquí en el ropero, esa hipótesis no sirve. ¿No recuerda usted si el par que tenía en uso, el nuevo, dejó en algún momento de estar en su poder, desde la fecha en que los compró hasta el día del asesinato? ¿No los mandó su esposo a arreglar, por casualidad?

—No —dijo ella con desaliento—; no necesitaban compostura. Tenían sólo un par de meses de uso, así que estaban casi nuevos.

White cerró el ropero de un portazo y volvió lentamente a la salita.

—Insisto, sin embargo. No volveré a gozar de un momento de descanso si a él…

Agarró el picaporte de la puerta, listo para salir, y se quedó allí inmóvil, con la cabeza inclinada.

—Yo no cambio de idea muy fácilmente, pero cuando lo hago es para siempre. Estoy convencido de que su marido no cometió ese asesinato, mistress Quinn. Pero necesito algo más que mi propia convicción para seguir adelante. No sé qué hacer.

Ella se quedó sentada, en una actitud apática, emocionalmente muerta, si no físicamente. Era ya viuda, aunque su marido viviera todavía.

En el silencio que a esa hora, las dos dE la mañana, los rodeaba, de algún lugar, afuera, llegó hasta allí un ruido. Tal vez de los fondos de la casa. Era un gemido ahogado, lúgubre.

—¿Qué fue eso? —preguntó White, distraído, con la mano agarrando aún el tirador.

—Gatos, gatos que andan por los patios —murmuró ella débilmente.

Él se encogió de hombros, desesperanzado, y abrió la puerta.

—Bueno; ya me he entretenido bastante —dijo en voz baja—. No hemos adelantado nada —salió al pasillo y dijo a la mujer por encima del hombro, al mismo tiempo que cerraba la puerta tras él—: Si usted recuerda algo que crea útil comunicarme, puede encontrarme en la comisaría de policía. Mi nombre es White.

Ella asintió sin vigor, fijando sus apagados ojos en él, acurrucada siempre en su silla, inmóvil, como una especie de momia que conservara una leve facultad de comprensión, pero nada más.

White cerró la puerta y bajó lentamente la escalera, paso a paso, con rigidez de autómata, la barba hundida en el pecho. Algunas de las puertas de los pisos bajos ya tenían colgadas modestas guirnaldas de Nochebuena.

¡Había sido tan fácil colocar a Quinn donde ahora estaba! ¡Y era tan difícil sacarlo de allí! Pero él no podía dejarlo morir. Su propia tranquilidad de conciencia no se lo permitía. Él no podía dejarlo morir; pero ¿cómo iba a impedirlo?

Atravesó el vestíbulo y salió al frío de la desierta calle, levantó el cuello de su abrigo y hundió sus manos en los bolsillos. Caminó pesadamente, descorazonado. Al doblar la esquina, creyó oír a una mujer ebria llamar a voz en cuello desde uno de los pisos altos de una de las casas de apartamentos que había dejado atrás; pero un taxi, cargado de pasajeros bulliciosos, pasó a toda velocidad en ese mismo momento por la avenida lateral y ahogó los gritos. White siguió su camino, absorto en sus pensamientos.

Era una noche demasiado fría como para seguir caminando o esperar un metro. Decidió tomar un taxi y volver a su apartamento. Divisó uno al otro lado de la avenida, le llamó y el automóvil dio la vuelta para acercarse. Entró en el auto, cerró la puerta y dio al chófer su dirección. Éste vaciló y preguntó, mirando por el espejo, las manos sobre el volante:

—¿Quiere esquivarla, patrón, o esperamos un momento?

La portezuela del taxi volvió a abrirse y la mujer de Tom Quinn apareció agitada ante White, vistiendo aún la bata que tenía puesta un momento antes, con la cabeza descubierta y descalza sobre el suelo helado. Una columna de vapor salía de su boca, pero no podía articular palabra.

El detective pensó si no se habría vuelto loca de repente. Se precipitó hacia ella, la introdujo dentro del taxi, y quitándose su abrigo se lo puso sobre las espaldas. Esperaba resistencia; pero ella le dejó hacer, siempre jadeando.

—¡Pronto! Dé la vuelta a la esquina hasta el número trescientos veinticuatro —ordenó al chófer—. ¿Qué ha hecho usted? ¿Quiere coger una pulmonía?

Ella contestó con aquella voz apagada, muerta, entrecortada ahora por el esfuerzo de la carrera para alcanzarlo.

—No es nada, creo; pero he recordado algo después de que los oí. Los he oído muchas veces, desde entonces, pero hasta ahora no lo había recordado. Tal vez haya sido porque usted me preguntó qué era.

«Delira», pensó él.

—¿Qué era qué? —le preguntó.

—Los gatos. Los gatos del patio. Quinn se los arrojó una noche. Sus zapatos. Poco antes que sucediera eso. No es nada, sin embargo, ¿no? No le servirá para nada… ¿o sí?

White pudo advertir una nota de ansiedad en sus últimas palabras. Parecía ahora reanimarse un poco, no del frío que había soportado, sino de la insensibilidad en que estaba sumida en las últimas semanas.

—¿Les arrojó los dos?

—Primero uno y después el otro.

—¿Cuánto tardó en recuperarlos?

—Tom bajó enseguida, pero no pudo encontrarlos. Dijo que no le había sido posible dar con ellos por ninguna parte; pero al día siguiente, a mediodía, los encontré en el pasillo, frente a la puerta, envueltos en una hoja de periódico.

White dio un salto; pero no fue porque el taxi se hubiese detenido, puesto que entonces se aproximaba a la acera.

—¡Alá es bueno, aun para un pobre detective! —exclamó con fervor. Luego, se volvió a ella impetuosamente—. ¿Y esperó hasta ahora para decirlo? ¿Qué es lo que le sucede a usted? *¿Pretendía* librarse de su marido? ¿O es que él tenía ganas de morir?

—No volví a acordarme de eso hasta esta noche. ¡Era algo tan insignificante! No creí que tuviera ninguna importancia.

White le hizo cruzar rápidamente la acera, envuelta en su abrigo. De nuevo entraron en la casa y subieron precipitadamente las escaleras.

—¿Ninguna importancia? ¡Muchísima! Es el resorte vital del caso; lo demás son fruslerías. Hasta un novato podría investigar partiendo de ese hecho —entró precipitadamente delante de ella y llegó hasta el dormitorio—. ¿Por qué ventana fue? ¿Por ésta? Bébase un trago de *whisky* para no resfriarse, y venga después a ayudarme.

Los gatos seguían su serenata, allá abajo, sobre la tapia divisoria. Ella volvió al lado de White tosiendo ligeramente y secándose los labios con el dorso de la mano.

—Comprende usted adónde quiero ir a parar, ¿no? —dijo él secamente—. Alguien se apoderó de ellos al arrojarlos Quinn por la ventana, y los tuvo puestos desde ese momento hasta el día siguiente. Ese alguien, *mientras los tuvo puestos*, mató al viejo Wontner. Luego, presintiendo que podían delatarlo de algún modo, se encargó de que los zapatos volvieran a poder de usted anónimamente. O tal vez no; quizá todo haya sido deliberado. Un malévolo y logrado intento de hacer recaer las sospechas sobre un inocente y, de ese modo, conseguir para sí mismo la impunidad. Quinn debió de arrojarlos la misma noche del crimen. No me importa que usted pueda recordarlo, *debe* de haber sido esa noche. No hay otra posibilidad. La tapia divisoria no tiene más de dos metros de alto. Si su marido no los encontró en ninguno de los patios cuando bajó a buscarlos, resulta evidente que algo había ocurrido con ellos. Era en agosto. Las ventanas, abiertas de par en par. Fueron a caer

directamente en uno de esos apartamentos de la planta baja del edificio de al lado. Por muy enfurecido que estuviera su marido y por muy mala puntería que tenga, los zapatos no pudieron ir a parar más lejos. Esto sólo hubiese sido posible si los hubiera arrojado horizontalmente y no hacia abajo. ¡Perfectamente! Alguien, pues, que vivía en una de esas habitaciones traseras había estado pensando en Wontner, madurando su plan y conteniéndose sólo por temor a las consecuencias. Los zapatos caídos en su habitación, como llovidos del cielo, le decidieron. Por medio de guantes o de un pañuelo podía eliminar el riesgo de dejar sus huellas dactilares, y, disponiendo de unos zapatos de características tan especiales para hacer recaer las sospechas sobre otra persona, ¿qué más podía desear nuestro desconocido? Debió de ver a su esposo buscándolos en los patios. Al no llamar éste a la puerta para pedirlos, y ver después apagarse la luz del cuarto, comprendió que ustedes los daban por perdidos, por esa noche al menos; se los calzó y salió a poner en ejecución el plan largamente madurado. Ahora estoy seguro de que huella tan perfecta no fue casual, sino dejada ex profeso, con el propósito de que la policía la descubriera y por ella equivocara el camino —se pasó la mano por la barbilla, satisfecho—. Eso explica lo de la huella. El dinero de la cartera, se explicará por sí solo. Pero dejemos todo esto ahora; estoy perdiendo un tiempo precioso. Ya no la necesito a usted. Usted casi esperó hasta ser demasiado tarde, pero respondió magníficamente.

Mistress Quinn siguió a White hasta la puerta…

—Pero no es demasiado tarde, ¿verdad? Hace más de cuatro meses ya. ¿No habrá huido a estas horas?

—¡Claro que habrá huido! —respondió White, asomándose por el hueco de la escalera—. Pero ¡no puede ir a parte alguna donde yo no pueda encontrarlo! Empiece a arreglar el apartamento, mistress Quinn. Su esposo estará de vuelta dentro de pocas semanas.

Al primero que White fue a buscar fue al encargado de la casa de apartamentos situada al fondo de la de los Quinn. Acalló sus gruñidos pasándole la insignia por delante de los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí la gente del uno A?

—¿Los McGee? Dos años en abril.

—¿Y el uno B, al otro lado del pasillo?

—¿Mistress Alvin? Hace cinco años que vive en la casa.

Eligió primero el apartamento a la izquierda de la ventana de los Quinn. Ambos hombres se dirigieron allí, saliendo a la calle y dando vuelta por un pasaje. White dejó el pulgar apretando el botón del timbre.

—Departamento Central. Usted es McGee, ¿no?

Un hombre de unos cincuenta años, con calzoncillos largos asomando debajo de un albornoz, admitió —con evidente nerviosismo— que lo era. Su esposa se asomaba por el fondo, igualmente nerviosa. De alguna parte salió la voz de un chiquillo:

—¿Es Santa Claus, mamita?

Santa Claus preguntó autoritariamente:

—¿Quién duerme en la habitación trasera de este apartamento?

—Mis tres chicas —respondió McGee.

Estaba menos nervioso, según notó el policía. No obstante, White se introdujo en el apartamento y fue a echar una mirada. Allí había tres camas y en una de ellas dormía una niña de unos trece años. En otra, dos niñas más pequeñas.

—¿Siempre han dormido ahí?

—Desde que vivimos en este apartamento. ¿Qué ocurre, señor?

En vez de contestar White miró al suelo y preguntó a su vez:

—¿Qué número calza? —y acechó su rostro.

McGee parecía inocentemente sorprendido por la pregunta, pero no era una sospecha de culpabilidad. Era, evidentemente, uno de esos hombres que no recuerdan el número de zapatos que calzan.

—Cuarenta y uno —replicó su esposa, sin ninguna vacilación.

Por la expresión de ambos, White comprendió que eran ajenos completamente al caso. Hizo, pues, sólo una pregunta más, sin propósito deliberado:

—¿No ha tenido usted en su casa, el último verano, a algún pariente o amigo que haya venido a pasar unos días con usted?

—No; no disponemos de espacio. ¿Dónde iba a meter a las chicas?

—Bien, gracias —dijo White bruscamente.

Una mujer de edad madura abrió, después de un largo intervalo, la puerta del apartamento situado al otro lado del zaguán. Los recibió con aprensión fácilmente explicable.

—No se alarme. Sólo quiero cambiar unas palabras con usted. ¿Quién ocupa la habitación trasera de su apartamento?

—¿Cómo? La alquilo.

«Ésta es», se dijo White.

—Voy a entrar —y así lo hizo—. ¿Quién la ocupa ahora?

—¿Cómo? Una señorita muy respetable, por supuesto. Es bibliotecaria. Ella…

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Desde el día uno de septiembre.

—Conque el uno de septiembre, ¿eh? Siéntese y cálmese. Esto nos llevará un rato largo. Lo que yo quiero saber es quién la ocupó antes de esa respetable señorita.

—Un joven, un… tal mister Kosloff.

—Míster Kosloff, ¿eh? —extrajo su libreta de apuntes—. ¿En qué fecha se marchó, aproximadamente?

La mujer no lo recordaba.

—Dos o tres semanas antes de…

—Tiene usted que ser más precisa, mistress Alvin. Necesito la fecha exacta. Ese hombre es sospechoso de asesinato. Es un asunto muy serio.

La mujer se quedó con la boca abierta, vacilante.

—¡Oh, usted debe de estar equivo…! ¡Era un joven tan juicioso, tan bueno!

—Siempre lo parecen en su propia casa. Bueno, ¿qué dice? ¿No tiene alguna anotación que le haga recordar?

—Podría ver en mi libreta de depósitos del banco —pasó a otra habitación, donde estuvo hurgando durante un rato, que a White le pareció interminable, y salió al fin trayendo una sobada libreta—.

Cobro diez dólares por la habitación trasera y me he hecho el firme propósito de depositar esa suma el día mismo que la cobro. El último depósito que aparece aquí antes que viniera esa señorita tiene fecha treinta de julio. Naturalmente, cobro por adelantado. Soy muy rigurosa en ese sentido. Quiere decir, pues, que Kosloff se quedó hasta el cinco de agosto.

White entornó sus párpados y la miró gozoso. Wontner había sido asesinado en la noche del cuatro al cinco.

—Se está usted portando admirablemente, mistress Alvin. Veamos ahora; trate de precisar sus recuerdos. ¿Le hizo él saber uno o dos días antes que pensaba dejar la habitación, o se marchó inesperadamente? Es muy importante. Vea si lo recuerda.

La mujer se concentró y, al cabo de un momento, dijo:

—Un día me dijo que se marchaba, y lo hizo sin más ni más. Ahora me acuerdo. Eso me molestó, pues el resto del mes no me iba a ser posible alquilar la habitación.

White había averiguado todo lo que necesitaba saber. Lápiz en mano, anotó rápidamente.

—¿Cómo era el hombre?

—Tendrá unos veintiocho o treinta años, es de cabello rubio, más o menos de la estatura de usted, pero un poco más delgado.

—¿Los ojos?

Pensó un instante:

—Azules.

—¿Trabajaba mientras vivió aquí?

—No; siempre estaba buscando empleo. Parecía no dar con nada que le conviniera…

—¿Le dijo adónde se mudaba? ¿Dejó alguna dirección?

—Ni uNa palabra —habría sido esperar demasiado—. En realidad, al día siguiente de marcharse llegó una carta para él. La guardé durante mucho tiempo, por si venía a buscarla; pero nunca apareció.

White estuvo a punto de abalanzarse sobre la mujer.

—¿Dónde está esa carta? ¿La tiene todavía?

—La tuve puesta en el marco del espejo de la sala durante meses. Finalmente, la rompí.

El detective sintió deseos de apretarle el cuello hasta hacerle arrojar los dientes postizos.

—¿De dónde venía? ¿Qué decía el matasellos?

—¡Oiga! ¿Qué se ha creído? —dijo ella con dignidad ofendida.

—¡Vamos: yo sé lo que son estas cosas! No trate de engañarme.

La actitud de la mujer le demostró que había dado en el clavo.

—Este… ¿Puede acarrear molestias abrir una carta dirigida a otro?

—No —White mintió deliberadamente—. Por lo menos, cuando han pasado treinta días sin que haya sido reclamada.

Ella pareció completamente tranquila.

—Bueno; no me gustaba decirlo, paro quería asegurarme de… si era bastante importante para guardarla. Entonces la abrí al vapor. Era una carta tonta de alguna muchacha que vive en…, déjeme recordar… Pitts… Pitts…

—¿Pittsburg?

—No; Pittsfield.

—¿Qué decía? —ya estaba en pie, dirigiéndose a la puerta.

—¡Oh, le decía que se alegraba mucho de saber que le iba muy bien en la ciudad!

Pero el hombre, según el ama de casa, no había encontrado trabajo. Eso explicaba el motivo del asesinato: poder vivir de la manera como él lo decía en sus cartas a sus amistades del pueblo natal. White sabía ya dónde podía encontrarlo. Massachusetts. Podía llegar allí a mediodía. Vísperas de Navidad. Mal día para White, pero peor lo era para el pobre Quinn, encerrado en su celda en espera de que cumpliera su ejecución. Era su penúltimo día de vida. ¡Triste modo de celebrar la Navidad!

Mistress Alvin se esfumó tras él, en pie en el umbral de su apartamento, abriendo la boca. Ahora tendría algo de qué hablar durante el resto del invierno.

—¡A la Estación Central! —dijo White al chófer del taxi.

La Nochebuena en los suburbios de Pittsfield era lo que debía ser: una noche clara, con las estrellas brillando en el cielo y una capa de nieve recién caída en el suelo. Eso contribuía a empeorar el desagradable trabajo que él había ido a hacer allí. La casita que vigilaba era tentadora, con sus luces filtrándose a través de las ventanas, en cada una de las cuales aparecía colgada una guirnalda. Más de una vez se había perfilado tras un cristal la cabeza de una muchacha que parecía aguardar la llegada de alguien. Bueno; no sólo él esperaba.

Un automóvil de dos asientos —cosa de setecientos dólares— llegó a las seis y media, justamente a tiempo para la cena de Nochebuena. El hombre que se apeó de él estaba bien trajeado y llevaba un paquete blanco, quizá una caja de bombones, debajo del brazo. Abrió la puerta cancela y echó a andar por el camino que llevaba a la puerta de la casa. Extendió la mano para agarrar la aldaba enguirnaldada. La luz que caía sobre él por una ventana reveló a White que se trataba de un hombre de unos treinta años, rubio y de un metro setenta centímetros de altura. No era bien parecido, pero sus rasgos no denotaban maldad. Se podía admitir que una muchacha le hubiera invitado a cenar en su casa en la Nochebuena.

No llegó a golpear con la aldaba. Oyó crujir levemente la nieve detrás de él y enseguida vio a un hombre en pie a su lado. Le preguntó sonriendo:

—¿Es usted también un invitado?

—No —dijo White—, no he sido invitado —lo cogió por el codo—. Vamos a su coche —le dijo—. Alejémonos de aquí antes que ella vuelva a mirar afuera y lo vea.

—Pero… es que me esperan para cenar.

—No, Kosloff —dijo el detective aumentando la presión en el brazo—. Usted tiene una cita en la ciudad por el asesinato de Otto Wontner.

Le sostuvo durante un minuto, hasta que pasó el peligro de que se desplomara. Dieron media vuelta y se dirigieron al automóvil, pisando la alfombra de nieve.

Kosloff no habló hasta que estuvieron sentados en la estación del ferrocarril, aguardando la llegada del primer tren. Anonadado, tal vez. Finalmente, volvió la cabeza y dijo al detective:

—¡No destruya mi vida! Esta noche iba a pedir a esa muchacha que se casara conmigo. Tengo en el bolsillo el anillo de compromiso que le llevaba.

—Lo sé —dijo White sombríamente—. Usted pagó quinientos cincuenta dólares por él. Le vi elegirlo a través del escaparate de la joyería. ¿De dónde sacó, Kosloff, todo el dinero que ha estado gastando desde que llegó aquí, en agosto? Usted no tenía un céntimo cuando vivía en la ciudad, en casa de mistress Alvin.

—Mi madre murió poco después de mi regreso. Ella me lo dejó.

—Sí, ella murió; pero usted no tuvo el dinero después; ya lo tenía cuando bajó del tren. Usted hizo grandes alardes, compró toda clase de regalos antes de ir a su casa.

—Sí, pero los compré con mis últimos dólares, se lo aseguro. Todo fue un *bluf*. Sabía que mi madre estaba en las últimas y quería hacerles creer, antes de que muriese, que yo no era un fracasado. No podía dejarla irse pensando que yo no disponía, de un céntimo, que era un inútil. Todo el mundo se tragó la píldora.

—¿Y ahora? Yo he hecho números. Su madre le dejó exactamente quinientos dólares, y sólo este coche…

—Sí. Todo lo que ella tenía en el banco eran quinientos dólares; pero era una mujer a la antigua, que no confiaba mucho en los bancos. Encontré miles en efectivo guardados en una vieja caja fuerte empotrada en la pared.

El detective dijo:

—¿Puede usted probarlo?

—No —contestó el otro—. Mi madre no lo confió a nadie sino a mí. ¿Puede *usted* probar que el dinero era de ese hombre a quien cree que maté?

Se miraron. El silbato de un tren se escuchó cercano.

—¿Va usted a hacerme eso a mí?

White volvió la cabeza a un lado. Por primera y última vez en su carrera de policía pensó: «¡Qué trabajo más ingrato el mío!».

—¡Que Dios le perdone, entonces! —agregó Kosloff.

White dijo:

—Vaya a la cabina del teléfono y hable con su novia. Dígale simplemente que ha sido llamado de la ciudad por un negocio urgente y no puede verla esta noche.

Fueron los primeros clientes de Campana cuando éste abrió su tienda de comestibles la mañana del 26.

—¿Ha visto usted alguna vez a este hombre? ¡Mírelo bien! Quítese el sombrero, Kosloff.

—Me parece que sí —el antiguo proveedor de Wontner giró alrededor del hombre, estudiándolo—. ¡Claro, claro! El verano pasado. Vivía cerca de aquí, ¿no?

—¿Se encontraba aquí alguna de las veces que el viejo Wontner vino a hacer sus compras del mes?

—¡Claro que sí! Una vez se rió del viejo y yo le dije: «Ya quisiera usted tener el dinero que tiene él. Entonces podría reírse». Enseguida pareció interesado y me hizo algunas preguntas.

Kosloff contestó, sin que nadie se lo hubiera preguntado:

—Es verdad; pero eso no quiere decir que yo… Docenas de clientes suyos habrán hablado con usted acerca de Wontner.

—Pero esas docenas de clientes no vivían enfrente del apartamento de Tom Quinn, donde pudieran caer los zapatos de éste, ponérselos y salir a cometer el crimen. Usted sí vivía allí. Esto casi ha terminado, Kosloff.

Exactamente a las tres y cuarto de aquella tarde, después de haber interrogado a Kosloff, a Campana, a mistress Alvin y a mister

Quinn, el inspector tomó finalmente el teléfono de su escritorio y dijo:

—Comuníqueme con la oficina del fiscal.

Bob White aspiró profundamente y luego dejó escapar el aire, haciendo un gesto de alivio.

Tom Quinn abrió la puerta de su apartamento y dijo, con la simplicidad de los momentos trágicos:

—Ya estoy otra vez aquí, Annie. Me pusieron en libertad esta mañana.

—Lo sé —dijo ella—. Bob White pasó por aquí y me anunció que vendrías.

—Ya me llevaban esa noche; a duras penas podía caminar. Las extremidades del pantalón que me habían cortado de arriba abajo me golpeaban las pantorrillas. Ni siquiera me di cuenta cuando me hicieron volver en sentido contrario. Estaba atontado. Me preguntaba por qué tardaba tanto en llegar. Luego abrí los ojos y me encontré de nuevo en mi celda.

Se pasó las manos por la cara, como si quisiera ahuyentar el recuerdo.

—No hables de eso, Tom —suplicó ella.

Él levantó la mirada repentinamente.

—¿Qué estás haciendo, Annie?

Ella cerró la maleta que había estado preparando y se dirigió con ella hacia la puerta.

—Me voy. Tom. Tú has vuelto, estás libre, y eso es todo lo que importa. Nunca lo sabré, nunca estaré segura. Ciento ochenta y dos días y medio del año creeré en ti; los otros, no. Algunas veces creeré que el hombre que han apresado ahora es el culpable; otras, pensaré que eres tú. Construyeron un caso demasiado evidente, Tom…, demasiado evidente. Tú estuviste unos quince o veinte minutos fuera de aquí aquella noche, cuando bajaste a buscar los zapatos. Eran suficientes para ir hasta la casucha del viejo y volver.

—Pero ¡yo volví sin los zapatos! Tú lo viste. Yo estuve todo ese tiempo buscándolos por los patios.

—Sí, Tom; eso es lo que me dijiste. También me dijiste que habías encendido cerillas para buscarlos. Pero yo no me moví de la ventana durante todo el tiempo y no vi encenderse ninguna luz allá abajo.

Él se retorció las manos desesperadamente.

—¡Mentí! Ahora lo recuerdo. Te dije que había encendido cerillas, pero no lo hice, porque soy un cobarde. Tenía vergüenza de que me vieran los vecinos y se rieran de mí.

—Esa pequeña mentira es precisamente lo que me separa de ti. Esa mentira hace que tú me pierdas y que yo te pierda a ti. Porque si tú mentiste en lo insignificante, ¿cómo puedo saber que no has mentido en lo otro, en lo importante? —Annie abrió la puerta—. ¿Quién puede leer en el corazón de Bob White? ¿Cómo puedo saber lo que él sabe y no quiere decirme? ¿Quién puede saber dónde terminó el sentimiento del deber y comenzó el de la compasión? Yo no puedo soportar más este infierno de incertidumbre. Adiós, Tom.

La puerta se cerró tras ella.

Abajo, en la tapia divisoria de los patios, los gatos volvían a dejar oír sus lúgubres endechas. Comenzaba, cada vez, por un sonido grave y trémulo, como el de una tetera que hierve. Luego se hacía agudo. Más agudo que el de un chillido. Más agudo de lo que los nervios humanos pueden soportar. *¡Miiiauuu!* Se convertía luego en un silbido serpenteante que terminaba en un resoplido explosivo: *Hach tuchs!* Y empezaba de nuevo.

FUE ANOCHE

La joven mistress Jacqueline Blaine abrió sus grandes ojos azules y miró anhelante hacia el techo. Luego tornó a cerrarlos y estuvo a punto de dormirse. No tenía mayor motivo para levantarse; el *fin de semana* había terminado.

El *fin de semana* había terminado y ellos no habían conseguido los dos mil quinientos dólares. Movió la cabeza en la almohada y la apoyó sobre un hombro, en una actitud que sugería la de una niña enfurruñada. Tal vez fue ese último pensamiento el que la indujo a tomarla. En algún lugar cercano se oía un chorro de agua; luego cesó como si hubieran dado vuelta a una llave, pero se siguió oyendo caer el agua en gotas, haciendo *tic, tic, tic*, como un reloj.

Volvió a abrir los ojos, levantó ligeramente la cabeza y trató de ver la hora en el reloj que había sobre el tocador, única perspectiva que se le ofrecía desde la cama, mas no pudo verla.

Pero no importaba; el *fin de semana* había terminado y ellos estaban en la misma situación que antes. El viejo fósil no se había conmovido. Resultó mucho más avispado de lo que Gil había supuesto siempre. Desde el principio, ella tuvo la convicción de que resultaría un caso desesperado, que sería poco menos que imposible hacer mella en él. Ella pudo habérselo dicho a Gil mientras estuvo tan afanosamente ocupada —como cumpliendo a conciencia una obligación— en prepararle el terreno, pero no se había atrevido. Gil pareció depositar todas sus esperanzas en su propia habilidad e

hizo por encontrarlo solo y en el estado de ánimo apropiado para realizar su trabajo.

¡Su trabajo! Era una manera un tanto cómica de decirlo. Era atribuir una curiosa acepción a la palabra *trabajo*. Sí, trabajo. Quizá si hubiera trabajado más en la verdadera acepción de la palabra, ella no habría tenido necesidad de apelar a sus encantos, a la zalamería, a la coquetería casi, con viejos cascarrabias y chiflados como aquél…

Rápidamente la joven taponó ese desleal desvío de su pensamiento, impidiéndole que siguiera escurriéndose por su cerebro.

Evitaba a toda costa, cada vez que la acometían, esos flaqueos de la devoción que sentía por su marido. Últimamente había tenido que hacerlo con mayor frecuencia. Era como si su identificación con él estuviera en peligro de romperse. Se preguntaba si por casualidad no estaría volviéndose más escrupulosa. Sabía, sin embargo, que ésa no era la respuesta; la respuesta era que Gil lo iba siendo cada vez menos…

«¡Basta ya, Jacqueline!», exigió de sí severamente, y desechó aquella nueva idea malsana.

No le había agradado el papel que había desempeñado. Estaba dispuesta a admitirlo. Y menos que nunca esta última vez. La había llevado un poco más allá de los límites a que debe ceñirse una amable ama de casa. Tal vez había acentuado demasiado el propósito de su papel. Y la presa había sido demasiado repulsiva, demasiado vieja… y egoísta.

¿Qué era lo que les ocurría a ambos?, se preguntaba. ¿Por qué se veían reducidos a eso? No eran viejos aún, ni mucho menos, y algo mejor debería haber resultado de las buenas cualidades que él había aportado al patrimonio común cuando se casaron. Su marido despertaba simpatía, era atrayente y poseía notable facilidad para realizar cincuenta cosas distintas. Tal vez por eso mismo, las cosas que él podía hacer fácilmente eran demasiadas. Quizá porque, para sacar algo de provecho de él, hubiese sido menester que supiera

hacer bien sólo una cosa, y luego insistir mucho para que hiciera siquiera esa cosa. Tal vez el carácter, como las prendas de vestir que se dejan mucho tiempo colgadas sin usar, se deforma.

«¡Vuelva otra vez!», pensó ella. Él *necesitaba* su oportunidad. Seguramente conseguiría salir adelante por sus propios medios. Ya lo vería. Ya se lo había afirmado antes a sí misma y ahora volvía a hacerlo.

Mientras tanto, el *fin de semana* había pasado y él no había logrado arrancar el dinero al viejo crustáceo. Bueno, supongamos que perdiera la casa, supongamos que alguien se quedara con ella; después de todo, desde el principio les había acarreado más trastornos que provecho. Quizá les fuera mejor sin ella. Había sido una aventura, una de las tantas ideas de Gil. Debía de haber otras cosas que podrían intentar, cosas mucho mejores que explotar, a fuerza de pérdidas, un rancho de lujo en el Hudson Valley.

Jacqueline se sentó y bostezó, y sólo quien no la hubiera visto podía seguir diciendo que el bostezo es un gesto desprovisto de gracia. Adelantó la cara por encima de las rodillas y miró a uno y otro lado. El vestido de la noche anterior estaba en el mismo lugar en que se lo había quitado, demasiado cansada para colgarlo. La corbata de Gil aparecía en el suelo enroscada como una serpiente.

Por las ventanas, a ambos lados de la habitación, se veía una superficie verde y ondulante como el mar. Eran las copas de los árboles agitadas por el viento. Por los cristales más altos se divisaba un cielo azul. El sol estaba ya alto. Jacqueline lo advertía porque apenas daba ya en la ventana. El día no se presentaba mal, aunque el *fin de semana* hubiese fracasado. «¡Qué estupendo hubiese sido vivir aquí siempre! —se lamentó—. ¡Si pudiéramos estar solos! ¡Si no tuviera que mostrarme amable con esa colección de tipos raros para tratar de mantener el negocio en pie!».

Gil salió del cuarto de baño. Estaba a medio vestir, con los pantalones y la camisa puestos, pero parecía descalzo. Se secaba la cabeza con una toalla. La arrojó al suelo tras sí y entró en la

habitación. Jacqueline siguió todos sus movimientos con muda expectación. Él no dijo nada, ni siquiera buenos días.

—Bueno, ¿cómo te fue? —preguntó ella finalmente.

Él no contestó. Ella echó una ojeada al lecho vecino y vio que la colcha estaba sólo ligeramente arrugada. Las sábanas no habían sido levantadas. Gil debió de acostarse en la cama sin abrirla.

Jacqueline no volvió a hablar hasta que salió de la ducha. Gil estaba ahora completamente vestido, en pie frente a una de las ventanas. El humo del cigarrillo se disipaba por detrás de su cuello. Ella se quitó de un tirón el gorro de baño y dijo:

—Seguramente Leona creerá que nos hemos muerto —se puso un suéter amarillo que tenía desde hacía diez años, aunque ella no representaba más de veinte.

No volvió a mencionar el dinero. Ya conocía la respuesta de Gil, aunque éste no había abierto la boca. Era evidente que no lo había conseguido; sabía que no iba a poder conseguirlo. Bueno, tendrían que pensar en otra cosa; Gil no había fracasado nunca en ese sentido.

—¿Aún está aquí Burroughs? —preguntó ella, indiferente—. ¿O decidió regresar a la ciudad después de que yo los dejé?

—Se fue —contestó Gil secamente, sin volverse.

La columna de humo que se escurría por su cuello se había espesado casi como una neblina, y luego volvió a disiparse como si él hubiese lanzado un profundo suspiro.

—Me alegro de no haber tenido que despedirme de él —dijo ella secamente—; se estaba poniendo muy cargante. Supongo que se habrá ido en el tren de las ocho, ¿no?

Gil siguió en la misma actitud.

—¿En el de las ocho? ¡Un cuerno! —contestó ásperamente—. Tomó el tren lechero.

Jacqueline dejó inmóvil el peine e interrumpió lo que estaba haciendo.

—¿Qué? —y agregó—: ¿Cómo lo sabes?

—Lo llevé en auto a la estación; por eso lo sé —espetó él.

Por fin se volvió hacia ella, pero sin mirarla. Sus ojos se fijaban un poco por encima de su cabeza.

—Yo no iba a mandar a buscar a Fred a esa hora para que lo llevara.

—Bueno, pero ¿qué hacías tú levantado a esa hora?

—No me acosté; eso es todo. Él decidió irse y yo lo llevé.

Sin embargo, ella no podía convencerse. Dejó el peine inmóvil en su mano.

—¿Qué se le metió en la cabeza para decidir marcharse? ¡Y en el tren lechero! ¿No pasa por aquí a las cuatro y media?

Gil miraba al suelo.

—Sí, poco más o menos —dijo, mientras encendía otro cigarrillo.

A juzgar por el temblor de la cerilla en sus dedos, parecía un tanto nervioso.

—No puedo entender por qué salieron de esa manera, como si huyeran.

—¿Huir? Burroughs se fue solo. Marsh está aún aquí. Estaba durmiendo en su habitación, y creo que no quiso aguardarle.

Esta vez el peine descendió completamente y Jacqueline lo dejó sobre el tocador.

—¿Se fue y dejó a su secretario? ¡Bueno, ésa es la cosa más rara que yo haya oído! ¿Para qué lo trajo, entonces?

Los hombros de Gil se encogieron imperceptiblemente.

—Tú has tenido algo con él —dijo con firmeza Jacqueline—. Él se negó a tu petición y tú no pudiste dominarte. ¿Por qué, si no, iba a marcharse así?

—No, no hubo tal cosa —dio dos rápidos pasos en dirección a la puerta, como si el cúmulo de preguntas de ella le irritara y le indujera a salir de la habitación. Luego cambió de idea y se quedó en el sitio en el que se había detenido. Por primera vez la miró directamente—. Le saqué el dinero —dijo tranquilo.

Era ese tono de voz especialmente suave lo que había hecho de ella su cómplice en sus dificultades económicas. No, toda esposa

debe serlo. Ese tono especial que parecía hacerla su cómplice en turbias combinaciones.

Ese tono especial que ella comenzaba a odiar.

—No lo hubiera creído. Del modo en que él trataba de evitar quedarse solo contigo anoche, casi como si presintiera lo que le esperaba, hubiera jurado… —se detuvo y le observó—. Sin embargo, no pareces muy satisfecho —observó.

Gil extrajo del bolsillo una billetera y la abrió para mostrarle a Jacqueline el borde de un grueso fajo de billetes. Estaba tan repleta que ella no pudo evitar una exclamación:

—¿Son los dos mil quinientos?

—Ni más ni menos.

—¿Quieres decir que vino a pasar un fin de semana en el campo con todo ese dinero en efectivo en el bolsillo? Pero ¡si lo vi el sábado por la tarde ir al pueblo a cambiar un cheque de veinticinco dólares para pagar su consumición en la taberna! ¡Si hasta me sentí molesta porque me preguntó si yo creía que tú podrías sacarle de apuros! Yo sabía que tú no podías hacerlo y no atiné a contestarle. Por suerte, tú no andabas por allí, de modo que por último fue y cambió el cheque.

—Lo sé —dijo Gil, impaciente—. Lo encontré cuando salía de aquí y yo mismo lo llevé en el auto.

—¿Tú?…

—Le dije que no tenía un céntimo y que no podía ayudarle. Después que cambió el cheque y se guardó el dinero me explicó que tenía encima dos mil quinientos dólares, pero que debía depositarlos íntegramente el lunes. No había tenido tiempo de depositarlos en la tarde del viernes, antes de venir aquí, debido a lo repentino de nuestra invitación. Necesitaba, pues, esos veinticinco dólares para pequeños gastos…

—De todos modos, él te entregó los dos mil quinientos dólares, ¿no?

—No, nada de eso —dijo, irritado—. Quiero decir, no enseguida. Tenía su libreta de cheques, y cuando anoche logré vencer su

resistencia después que tú te retiraste, comenzó a extenderme un cheque. Yo le detuve diciéndole que, puesto que tenía exactamente esa suma en efectivo encima, podía dármela en lugar del cheque, y que, como yo había girado en descubierto, si depositaba un cheque, el banco me quitaría un buen bocado y yo necesitaba hasta el último dólar de los dos mil quinientos. Después de algunos rodeos accedió y me entregó el dinero en efectivo en vez del cheque. Naturalmente, le extendí un recibo.

—Pero, entonces, si no hubo entre tú y él roce alguno, ¿por qué decidió marcharse a esa hora tan intempestiva?

Gil guiñó un ojo sugestivamente.

—Tú sabes cómo es él… Aunque cedió al fin, lo hizo de mala gana. Probablemente sintió un resquemor después y debió de ocurrírsele que solamente le habíamos invitado, prefiriéndole a personas mucho más jóvenes que él, para adularle, especialmente tú, y exprimirle. Lo advertí por el cambio de expresión. Tú sabes cómo es él cuando se trata de asuntos de dinero. Subió a su habitación, y después de un rato bajó, frío y estirado, para preguntarme a qué hora pasaba el primer tren. Yo no era ya Gil para él, sino mister Blaine. No pude convencerle de que se quedara e insistió en marcharse inmediatamente. Entonces le llevé a la estación. En cierto modo, yo temía que si él permanecía aquí mucho más tiempo, llegaría a pedirme que le devolviera ese dinero, y por eso no insistí demasiado en que se quedara.

—¿De veras que no te lo pidió y tú se lo negaste y que no tuvisteis ningún altercado?

—Como te lo digo. No dijo una palabra, pero yo adiviné lo que pensaba por su cambio de expresión.

—Me figuro que tampoco tendrá un gran concepto de mí —suspiró Jacqueline.

—¿Y qué? Tú no necesitas un abuelo más.

Salieron del dormitorio y cruzaron el pasillo en dirección a la escalera. Ella le hizo señas de que callara, al ver una puerta abierta delante de ellos, por la que entraba la luz del sol.

—No digas una palabra delante de Leona. Querría que le pagáramos enseguida todo lo que le debemos.

Una mujer color caoba, angulosa, que llevaba un trapo en la mano, salió a su encuentro.

—Buenos días. Ya iba a llamarlos. El café fue servido tres veces, y no voy a seguir bebiéndomelo yo: me pone biliosa. Ya terminé con la habitación del anciano caballero, mientras esperaba que ustedes bajaran.

—¡Oh, no tenía necesidad de molestarse! —dijo Jacqueline—. Ese caballero ya no la necesita.

—Pero ¿no está todavía aquí? —preguntó Leona, al parecer sorprendida.

Esta vez fue Gil quien contestó.

—No, se marchó.

—Entonces, ¿qué hacen esos trajes colgados en el guardarropa? ¿Y el cepillo de dientes, la crema de afeitar y lo demás? ¿Quiere que lo empaquete todo y lo mande a la estación, mister Blaine?

—¿Quiere decir que él no se…? Es *extraño*.

Jacqueline paseó con sorpresa su mirada de la doncella a su marido.

La deslumbrante luz del sol que entraba por la puerta le hacía parecer más pálido aún de lo que estaba. Era una palidez de tiza. Gil parpadeó como si el sol dañara su vista y evitó mirar a su esposa.

Esta dio un paso hacia la puerta para convencerse por sus propios ojos, pero él estaba evidentemente irritado, con los nervios de punta; cualquiera lo hubiera estado, pensó Jacqueline, después de pasar casi toda la noche en vela. Gil se le adelantó bruscamente, asió el picaporte de la puerta y la cerró.

—¡Vamos, bajemos! —dijo malhumorado—. Seguramente ha encargado a Marsh que le lleve sus cosas.

Leona ya había bajado para volver a preparar el desayuno pospuesto ya varias veces. Jacqueline bajó la voz e hizo un gesto de advertencia:

—Marsh es su secretario, no su criado, no lo olvides. No creo que él sea capaz de encargarle esas cosas. ¿No lo habrás embriagado, Gil? ¿No habrá sido así como se lo sacaste? Es capaz de causarnos algún disgusto tan pronto como…

—Burroughs estaba completamente sereno —refunfuñó Gil—. ¡Es imposible hacerle beber!

De modo que lo había intentado, se dijo ella apesadumbrada, y no había tenido éxito. Jacqueline extendió las manos, las palmas hacia arriba.

—No puedo comprender cómo una persona se marcha de ese modo, dejando todas sus cosas.

Gil chasqueó la lengua con impaciencia.

—¿Vas a quedarte aquí todo el día o bajas, Jackie?

Ella le siguió en dirección a la escalera. Puesto que para Gil el asunto era tan enojoso, desistió de seguir machacando por el momento. Después del desayuno seguramente Gil estaría más tranquilo.

Se sentaron en el porche inundado de sol, con los ventanales abiertos de par en par. Leona entró llevando dos vasos de jugo de naranja que, debido al tiempo que hacía que estaban servidos, tenían la pulpa depositada en el fondo.

—Revuélvanlo un poco —sugirió Leona con aire de superioridad —, para que sepa mejor.

Jacqueline Blaine permitía que los criados expresaran su manera de ser. Cuando se está muy atrasado en el pago de su salario no se puede obrar de otro modo.

—¡Qué agradable es estar sentados aquí, nosotros dos solos! —dijo, complacida—. ¿Por qué nos habremos metido en esto? Ya no disfrutamos de ninguna intimidad.

La cara de Gil parecía más hosca que cuando estaban arriba, más demacrada, pero su humor se había endulzado un poco.

—Vamos a deshacemos de esto lo antes que podamos y nos marcharemos. ¡Estoy tan cansado como tú! Bueno, no te preocupes, todo irá bien. Ya nos sentaremos como ahora en una terraza en

Miami, con el océano recreándonos la vista en vez de estos apolillados árboles de Hudson Valley.

—No nos quedará mucho dinero para eso, si pagas las deudas.

—Si las pago —dijo él tan bajito que ella después no sabía realmente si se lo había oído decir.

Deseaba que no lo hubiera dicho.

El timbre del teléfono sonó dentro de la habitación cuya puerta daba al porche. Jacqueline se levantó para atender la llamada, diciendo: «Deje, Leona, yo voy». Leona se quedó donde estaba; de todos modos, allí se hubiera quedado.

Del otro lado del hilo le preguntaron su número y el nombre, y le dijeron que esperara un minuto, que había una llamada de la ciudad para ella.

—Debe de ser Burroughs —dijo a Gil por encima del hombro—, para pedirnos que le mandemos sus cosas.

Gil se quedó sentado, curiosamente atento, mirando el interior de su taza como si viera algo raro en ella. Quizá sólo esperaba saber de qué se trataba.

No era Burroughs. Era su esposa, a quien ellos no conocían. Ésta se dio a conocer:

—¿Cómo está usted? —preguntó Jacqueline cordialmente—. Hemos sentido mucho saber que usted se había visto obligada a guardar cama, y por ello no pudo acompañar a mister Burroughs. Estoy segura de que le habría agradado mi casa. ¿Se siente usted mejor?

Mistress Burroughs ignoró la pregunta. Su tono sonaba a enojo:

—Es una falta grande de consideración por parte de Homer no haberme dicho que iba a quedarse un día más, y se lo puede decir así mismo. Creo que lo menos que correspondía que hiciera era avisarme por teléfono o por telégrafo. Sabía que yo no me encontraba bien cuando se marchó de aquí el viernes. No dudo de que habrá encontrado el lugar muy atractivo, pero…

Jacqueline había cerrado fuertemente la mano con que sostenía el receptor, mientras trataba de intercalar una palabra en el torrente

de autoconmiseración de mistress Burroughs.

—Pero ¡un momento, mistress Burroughs, su esposo ya no está aquí! Se fue esta mañana… temprano…

Del otro lado se produjo un silencio de sorpresa, pues el torrente se interrumpió bruscamente. Luego:

—¿Esta mañana temprano? No comprendo. Entonces, ¿cómo no ha llegado aún aquí? Debería haber llegado hace horas, ¿no? ¿Qué tren tomó?

Lo único que no estaba inmóvil en Gil era la nuez de su garganta, perfilada perfectamente contra la luz del sol. Jacqueline estuvo por creer que se había atragantado con algo, pero no le había visto acercarse la taza a los labios.

Jacqueline se asomó para mirar a su marido por el vano de la puerta, empuñando siempre el receptor. Él seguía sin moverse, mirando dentro de la taza de café, como si estuviese leyendo el porvenir en el poso. Jacqueline le hizo, a su vez, la pregunta que acababa de hacerle mistress Burroughs:

—Gil, ¿no me dijiste que mister Burroughs se había ido en el tren lechero?

—Sí, así es —dijo Gil.

Pero sus labios se movieron imperceptiblemente. Era como una estatua que hablaba…, una estatua de mármol blanquísimo.

Tampoco las mejillas de Jacqueline tenían ahora su tinte de costumbre. Otra vez repitió la pregunta de mistress Burroughs:

—¿Y a qué hora tenía que llegar entonces, Gil?

Jacqueline siempre viajaba en automóvil, y por eso ignoraba por completo el horario del ferrocarril.

—A eso de las ocho y media.

Ella lo repitió textualmente. La voz de mistress Burroughs comenzaba a temblar. Los metálicos tonos de desaprobación se iban convirtiendo en llanto incontenible.

—Bueno, entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no ha llegado?

Jacqueline no supo qué contestar. Se preguntaba por qué sentía algo así como la necesidad de decir cualquier cosa, pero lo hizo con

una terrible, casi temerosa rapidez, como si lo más importante del mundo fuera tranquilizar, postergar la angustia de mistress Burroughs. No, la angustia de *ambas*. Se sorprendió, hablando con más precipitación que antes:

—Quizá mister Burroughs haya ido directamente de la estación a su oficina, señora. Es posible que tuviera un asunto importante que resolver antes de ir a su casa…

En la voz de mistress Burroughs se notaba que iba perdiendo cada vez más el dominio de sí misma.

—Pero ¡no, no ha hecho eso, ya lo he averiguado! Hace un momento hablé por teléfono a su oficina para preguntar si había ido allí hoy, y me contestaron que nada sabían de él. Por eso llamé ahí.

—¡Oh! —la exclamación de Jacqueline fue desmayada, espontánea.

—¡No puedo comprender! —repetía la voz una y otra vez—. ¡No puedo comprenderlo! ¿Qué le habrá sucedido? ¡No puedo comprenderlo!

—Tal vez el tren llegue con retraso, mistress Burroughs.

—Pero es que acabo de telefonear a la estación y me han dicho que no ha habido ninguna alteración en los horarios.

Esta vez ya no supo realmente qué contestar.

La voz de mistress Burroughs había degenerado por completo en una lastimera demanda de ayuda. Todo el empaque social había desaparecido de su acento. Éste era ahora el aterrorizado lamento del inválido que ve desplomársele la casa encima.

—¡Qué voy a hacer yo ahora! ¡Qué voy a hacer! ¡No sé, no sé qué hacer!

Jacqueline dijo con voz que sonó un tanto falsa e insincera, aun a sus propios oídos:

—Estoy segura de que no es nada grave, mistress Burroughs. Verá usted cómo no es nada. Quizá se vio obligado a detenerse en la ciudad y no tuvo tiempo de comunicarse con usted…

¡Sus palabras sonaban tan a falso!… De pronto se descubrió tragando saliva en la misma forma que Gil lo había hecho hacía un

momento. ¡Era tan corto el trayecto desde allí a la ciudad! ¿Cómo podía sucederle algo a una persona? Jacqueline corrigió su propio pensamiento: el corto trayecto desde la parada del tren *cerca* de allí hasta la ciudad.

Y desde su casa a la parada, Gil había estado con él.

Hacía frío dentro de la casa, nunca lo había notado hasta entonces, pensó Jacqueline. En cuanto uno salía del sol y entraba en las habitaciones, aun en el día más espléndido…

—Mister Burroughs se sentía bien cuando tú le dejaste, ¿no, Gil?

Éste se incorporó bruscamente de la silla, como si aquello fuese el pinchazo definitivo para su impaciencia. Se acercó a uno de los ventanales y se quedó mirando hacia afuera, de espaldas a Jacqueline, tratando de contenerse:

—¿No puedes dejarme dos minutos tranquilo con eso? —dijo con voz bronca.

El *dejarme tranquilo con eso* tornó borrosas para Jacqueline las interminables lamentaciones de la otra mujer. Sin embargo, oyó distintamente algo acerca de la policía.

—Pero yo no quisiera acudir a la policía antes de agotar todos los medios, pues eso sería suponer que ha ocurrido lo más grave. Esperaré hasta las seis, y si a esa hora no he tenido noticias de él, entonces…

Gil se mantuvo allí en pie, rígido como un poste, su cabeza nimbada con el humo de su cigarrillo. ¿Por qué no acudía? ¿Por qué no hablaba con mistress Burroughs en vez de ella? O por lo menos, ¿por qué no se le acercaba y participaba de algún modo en el asunto? ¿Por qué no mostraba por lo menos un interés mínimo? Jacqueline sintió deseos de gritarle suplicante: «¡Gil! ¡Vuelve la cabeza! ¡Mírame tan siquiera! No te quedes ahí como una estatua».

Mistress Burroughs le preguntaba ahora algo acerca de Marsh; pero no sabía exactamente qué. Jacqueline se daba cuenta de lo tremendo que iba a ser decirle que Marsh ignoraba la partida de mister Burroughs y que estaba aún allí. Eso desvanecería su última esperanza: la de que por lo menos hubiera alguien con él.

No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer sino revelar los hechos tal como se habían producido? O mejor dicho, tal como le habían sido dados a conocer a ella. Jacqueline tapó con la mano el microteléfono y dirigió a Gil una mirada de súplica, pero éste continuaba de espaldas. Apartó la mano y dijo rápidamente:

—Marsh aún se halla aquí; mister Burroughs no quiso molestarle porque era muy temprano. Le dejó dicho que le siguiera en el próximo tren —esto último era pura improvisación; sin embargo, si Burroughs se había marchado sin él, seguramente le había dejado un mensaje parecido explícita o implícitamente—. Marsh debe de andar por aquí. ¿Desea usted que le llame?

La mujer no había gritado, pero Jacqueline pudo oír una profunda aspiración que equivalía a aquella reacción.

—¡Oh! ¡Ahora *sé* que algo debe de haberle sucedido! Nunca había hecho esto, ¡ir a alguna parte con Marsh y volver sin él!…

El resto de la frase se apagó en sollozos e incoherentes lamentaciones. Jacqueline se oyó a sí misma decir, una y otra vez, como un contrapunto, en un vago intento de calmar a la otra:

—¡Por favor, no se desespere usted así! Estoy segura de que todo saldrá bien… ¿Quiere hacer el favor de llamarme en cuanto sepa usted algo?

Pero ¿qué era lo que ella podía saber? Sabía, ¡lo sabía muy bien!, que no quería volver a oír a mistress Burroughs. Que no quería volver a hablar más con ella.

Colgó el receptor. Se sintió extrañamente incapaz de volverse y mirar hacia donde estaba Gil. Era una incapacidad física. Se sentía casi rígida. Intentó moverse, y tanto su cuello como sus hombros le parecieron enyesados. Quizá era la misma sensación que Gil había experimentado. ¿Cómo se llamaría esa sensación? ¿Intuición? ¿Adivinación?

Jacqueline había permanecido en pie durante toda la conversación. Ahora se sentó en una silla, cerca del teléfono.

—Burroughs no llegó aún a su casa —dijo.

Eran palabras vulgares, un verdadero anticlímax. Era como decir algo que ambos, de un modo u otro, sabían.

Gil no contestó.

Jacqueline encendió un cigarrillo, pero se le apagó enseguida, pues no continuó fumando. Apoyó la cabeza en el hueco de su mano y no quiso terminar su desayuno.

Marsh, aparentemente, ni siquiera tenía noticias de que Burroughs había partido. Jacqueline le vio volver de un paseo a caballo con José, el profesor de equitación. Se apeó, se despidió del caballo con un afectuoso palmoteo en la grupa y se dirigió a la casa.

Jacqueline se daba cuenta de que él, por su aire despreocupado, nada sabía. Ofrecía el aspecto de una persona que tiene todo el día libre ante sí, sin nada obligatorio que hacer, fuera de lo rutinario. Al trasponer la puerta dio dos veces en el marco con la fusta y avanzó hacia la escalera, dirigiendo un triple saludo con el látigo, el brazo que lo sostenía y un: «¡Hola!».

Jacqueline, en general, no había simpatizado con los secretarios y menos aún con las secretarias, hasta que conociera a Marsh, el viernes anterior. Debe decirse que nunca había conocido a ninguno hasta ese día. Ahora ya podía rechazar ese prejuicio o considerar a Marsh como una excepción de la regla.

Era un hombre cordial, sin ninguna característica que hiciera recordar lo oficinesco. Tendría unos treinta y cinco años, pero no representaba más de veintiocho. Era alto y más bien delgado, de pelo rubio rojizo, un atrayente conjunto de rasgos comunes y una sonrisa fácil, pero no tanto como para que se convirtiera en algo profesional. Su tez había adquirido en aquellos dos días un tinte tostado y una constelación de pecas.

Si a Jacqueline le hubiera dado por pensar en eso, habría dicho que el hombre le gustaba, pero no lo había pensado. Y ahora tampoco disponía de tiempo para pensar si le agradaba o desagradaba. Desde hacía un instante, lo mismo le daba una cosa que otra.

—¿Qué está mirando con esa expresión de alucinada? —le preguntó amigablemente, cuando se encontraba a la mitad de la escalera.

Jacqueline pensó que sus preocupaciones debían reflejarse en su cara. Había algo que la aterraba en esa despreocupación de Marsh. El casi insoportable malestar que experimentaba se tornó aún más agudo. Hubiera querido que él le dijera algo acerca de aquello, que la confortara, aunque no Sabía exactamente qué podía ser. «Sí, yo sabía que míster Burroughs se iba, me lo dijo», o algo por el estilo. Con eso, ya no se sentiría sola en esa situación que la torturaba. Él estaba al servicio del otro y sería ella la que debía decírselo.

—¿No sabe usted nada? —preguntó bruscamente.

El hombre no salió de su despreocupación.

—¿Nada de qué? —inquirió por encima del hombro, con un cómico fruncimiento de cejas.

—Míster Burroughs se marchó.

Marsh se detuvo en el acto, bajó el pie que adelantaba para subir otro escalón y se volvió para mirarla. El gesto cómico se había esfumado de su rostro.

—¡Está usted bromeando!

Jacqueline trató de sonreír cortésmente, pero su intento fracasó.

—No, no bromeo.

Él descendió y se le acercó, estupefacto.

—¿Qué le dio para hacer eso…, sin decirme ni una palabra?

—Creo que fue por no despertarlo tan temprano —casi iba a decir «Mi esposo me dijo…» pero recordó la advertencia de éste: «No me mezcles a mí en esto».

Sí, era mejor hacerlo así.

—Eso no tiene sentido —dijo Marsh, excitado—. A las ocho yo estaba levantado. Fui el primero en bajar; Leona puede decirlo. Si hasta anduve cerca de una hora por aquí, esperando que bajara alguien. La única persona a quien oí fue a mistress Robles, dando vueltas en su cama. Entonces decidí ir a dar un paseo a caballo.

Jacqueline comprendió lo que él quería decir. Las tácticas de *blitzkrieg* de Irene podían llegar a hacerse odiosas, aun en el corto espacio de cuarenta y ocho horas. Además, el lunes por la mañana —supuso— no era el momento más propicio para los simulacros de apasionamiento amoroso.

—No fue a esa hora —explicó Jacqueline—. Ya se había marchado. Tomó un tren anterior.

—No sabía yo que hubiera uno más temprano.

—Sí, hay uno que pasa por aquí —le desagradaba tener que decirlo y vaciló antes de terminar— a eso de las cinco.

Marsh se quedó como atontado. Jacqueline recordaba que ella se había sentido igual cuando Gil se lo dijo.

—¡Santo Dios! ¡No puede ser! Nunca supe que diera un paso por nadie a esa hora —luego siguió, apretando los labios—: Debe de haber ocurrido algo. ¿Recibió algún telegrama o le llamó por teléfono alguien de la ciudad?

Gil no le había dicho nada sobre eso… Ahí volvía de nuevo ese pensamiento: «¡No me mezcles a mí en esto!». Afortunadamente, antes que se viera obligada a contestar, Marsh continuó:

—No puedo comprender; cómo no llamó a mi puerta, estando ésta frente a su habitación. Nunca fue tan considerado en situaciones de urgencia… —se contuvo.

Había hablado en un tono sombrío más que de reproche.

Cambió rápidamente el giro de la conversación, como preparándose para eludir a Jacqueline.

—¿Dejó algún mensaje para mí?

—No —dijo ella, vacilando—. Tengo entendido que usted debe seguirlo en el primer tren.

—Bien, entonces es mejor que me apresure. Voy a arreglar mis cosas —estaba ya de nuevo subiendo la escalera—. No me hubiera quedado hasta ahora si hubiese sabido eso. Creí que estaba todavía en su habitación —levantó la muñeca y miró su reloj—. El próximo tren pasa a las dos, ¿no? Si me doy prisa, lo alcanzaré.

—En efecto; haré que venga el coche para llevarlo a la estación. ¿Quiere usted que le mande a Leona para que le ayude a arreglar sus cosas? También debe usted echar una ojeada en el cuarto de mister Burroughs; creo que se ha dejado algunas cosas… —su voz se confundió con el eco de las rápidas pisadas de Marsh por el vestíbulo de arriba.

Él procedió con toda celeridad, pero cuando bajó de nuevo Jacqueline pudo ver, por el cambio de su expresión, el desagradable efecto que le había producido la vista de las bien ordenadas cosas de Burroughs. Sin embargo, no dijo nada enseguida. Esperó que el conductor del coche hubiera salido, llevando su maleta y la de Burroughs, y luego observó con bastante tranquilidad:

—No se llevó nada, ¿no? Hasta sus comprimidos para el estómago estaban allí.

—No —asintió Jacqueline, aunque un tanto insegura—, no se llevó nada —¿qué otra cosa podía decir?—. También a mí me llamó la atención.

Marsh volvió a quedar silencioso, pero no se movió de allí, a su lado, pensando. Ella lo advertía por su mirada vaga.

El conductor había entrado en el coche y le aguardaba. Marsh hizo un movimiento para sacar su billetero.

—¿Pagó mister Burroughs nuestros gastos?

—Mister Burroughs y usted eran nuestros invitados —«invitados para allanar el camino hacia los dos mil quinientos dólares de préstamo», pensó Jacqueline.

Descubrió una rápida mirada de sorpresa que él le dirigió, ya con la mano dentro del bolsillo.

—¿Qué sucede? —preguntó Jacqueline.

—Que tengo aquí los *dos billetes* del tren. Mister Burroughs regresó sin el suyo.

Sin duda el contacto de sus dedos con el billetero se lo había recordado. Lo extrajo, lo abrió y sacó los dos billetes. Sus pecas palidecieron un poco, o más bien el reducido espacio de cutis blanco que había entre ellas. Su rostro no parecía ahora tan tostado.

Jacqueline se detuvo en el examen de los billetes más de lo necesario.

—En su apresuramiento debe de haber olvidado que usted los tenía hasta que se encontró en la estación —hablaba tan bajo que ella misma no se oía. Pensaba si él la estaría oyendo—. Supongo que mister Burroughs habrá tenido que sacar otro billete en el tren.

—Mister Burroughs sabe que yo siempre me ocupo de esas cosas. Si usted cree que él es capaz de comprar un segundo billete, es que no lo conoce. Habría vuelto aquí antes que… —no terminó la frase; pero, como antes, sus palabras no eran de reproche. Luego movió la cabeza—. Debe de haber recibido alguna mala noticia para que haya perdido así de pronto la memoria. A esa hora, sólo de un lugar puede haber venido esa noticia: de su casa, de mistress Burroughs. Tal vez su enfermedad no sea tan imaginaria como él quiere hacerle creer a la gente.

¡Oh!, ¿por qué aquel hombre no se iba de una vez? ¿Por qué se quedaba allí, sacándole las cosas pedazo a pedazo?

—No, mistress Burroughs está bien. Ella misma llamó por teléfono hace un momento, poco antes de entrar usted. Yo misma atendí su llamada —el resto se le atragantó durante el espacio de un respiro, pero luego le espetó—: Mister Burroughs no había llegado aún a su casa.

Esta vez las pecas y el resto del cutis palidecieron al mismo tiempo, no había lugar a dudas.

—Entonces, hay algo que no marcha bien —dijo roncamente—. No me gusta nada todo esto. Si él se fue a las cinco, como usted dice, hace tiempo que debía estar en su casa. Es decir, si no fue a la oficina primero. Puede que haya hecho eso.

Esta vez ella apretó las mandíbulas. Eso sí que no se lo iba a decir: que mister Burroughs tampoco había ido a su oficina. Le había dicho todo lo demás. Que supiera esto por sí mismo, cuando llegara a la ciudad. ¡Que se fuera, que se marchara rápidamente y la dejara sola!

—¿Quién le acompañó?

La pregunta era natural después de la anterior conversación. Jacqueline debió admitirlo.

—Mi esposo le llevó a la estación.

—Entonces, es cierto que tomó el tren —dijo vagamente.

Ella vio sus ojos parpadear dos veces en una especie de inminente meditación, y casi enseguida un cambio en sus maneras.

«En algún punto del largo trayecto en tren —se dijo a sí misma—, la desconfianza le asaltará por primera vez. Aparecerá súbitamente donde un momento antes no la había».

«¿Por qué preocuparse de eso? —se reprendió a sí misma con un estremecimiento de impaciencia—. ¿Por qué voy a censurárselo? ¿Acaso yo misma no desconfío? ¡No mientas, confiésalo! ¿No es así? Bien, ¿no es así?, por fin, Marsh se marchaba».

—Salude a mister Blaine y a los demás en mi nombre. He pasado unos días muy agradables.

Estaba estrechando la mano de Jacqueline, y aunque en su apretón había aún cordialidad, su rostro no la reflejaba. Era como si estuviera huyendo de él, dejándolo frío e impasible. La cordialidad que había en el apretón de manos no era ya una corriente, sino el resto de la que quedaba en él.

Marsh se apartó y se dirigió al coche. Luego dio un paso atrás, como si una idea lo hubiera asaltado.

—¿Sabe usted lo que es más extraño de todo esto para mí? La evidente contradicción con lo que anoche me dijo que se proponía hacer. No sé qué consecuencia sacar. Desde que llegamos el viernes, tuve entendido que regresaríamos esta mañana, el lunes por la mañana, en el tren de las nueve. Anoche, cuando subí a mi habitación, él subió detrás de mí para decirme que no empaquetara las cosas para hoy, pues en vista de que lo estaba pasando muy bien, iba a quedarse un día más. Subió la escalera sólo para decirme eso.

Jacqueline se quedó mirándole.

—Y es la primera vez, desde que lo conozco, que, determinado a hacer una cosa, haya cambiado de parecer.

Jacqueline no se movió de donde estaba hasta mucho después que Marsh se hubo marchado, hasta mucho después que allá, en el camino, se disipó el humo que dejaba tras sí el coche que lo llevaba.

A la hora de la cena, los huéspedes del rancho comenzaron a llegar uno tras otro desde distintos lugares, después de pasar el día cada uno en su distracción favorita. Siempre que llegaran dentro de la media hora de plazo establecida para la cena, no era necesaria más puntualidad. Después de todo, pensaba Jacqueline, para eso habían ido allí: para gozar del privilegio de no estar sujetos a un horario ni molestarse cambiando de ropas.

Ahora quedaban sólo tres huéspedes, a los que Leona llamaba «permanentes». El lugar había estado languideciendo en los últimos meses. Estos tres huéspedes se habían quedado en el rancho más tiempo del que suelen tomarse los que sólo buscan un descanso o un cambio de panorama. Pagaban, por lo menos dos de ellos, de modo que no había motivo para hacer muchas averiguaciones sobre las razones de su permanencia.

Carman, un curioso tipo de desarraigado, de cerca de cuarenta años, de corta estatura, fornido y con pómulos pronunciados que sugerían un origen eslavo, era tan poco comunicativo que rayaba en la taciturnidad. No le importaba ninguno de los pasatiempos que el rancho ofrecía; parecía tener una diversión única: una vez por semana, los sábados por la tarde, se iba al pueblo y se metía en la peluquería. Era un rito más que una necesidad, un hábito arraigado en él desde alguna sibarítica existencia anterior. El barbero le había dicho a Gil que el hombre, en esas ocasiones, agotaba todos los servicios de la casa: aplicación de vibrador eléctrico, fomentos, masajes, quemado de pelo, etcétera. «La mayor parte de las veces no tengo nada que hacerle. Entonces me limito a hacer ruido con las tijeras detrás de su cabeza».

Había caído en el rancho sin que nadie supiera de dónde, y *comenzó* en cuanto llegó. No revelaba nada de sí mismo ni por la

más ligera observación. Parecía no tener nada en qué ocuparse; jamás recibía correspondencia, ni siquiera una tarjeta postal. El día de la llegada de Burroughs, éste le dijo que creía recordar haberle visto en alguna parte.

—No, no puede ser —tan rotunda fue su negativa que casi denunciaba temor.

—Nunca olvido una cara.

—En su lugar, yo sí lo haría —había contestado Carman, en un tono lindante con la agresividad.

Enseguida salió de la habitación donde se hallaban.

Más tarde, Burroughs le había confiado a Jacqueline, pero no en presencia de Carman:

—Ese tipo me recuerda mucho a…, ¿cómo se llamaba?…, Corso, el jefe de la banda de pistoleros; aquel que hace algunos años, estando en libertad bajo fianza, desapareció.

—Pero Corso ha muerto, ¿no? —contestó ella, sin mucha vacilación.

—Así se dijo. No obstante, si no es cierto no es porque falten personas que de buena gana le ayudarían a estarlo.

Más tarde, considerando de nuevo el asunto, Jacqueline se preguntaba cómo las palabras de Burroughs no sólo no habían producido inquietud alguna en ella y su marido, sino que ni siquiera lograron despertarles un interés mayor por él. El hábito es una cosa curiosa, se decía la joven. Estaban ya tan acostumbrados a Carman que la revelación de Burroughs los había dejado indiferentes. Resultaba evidentemente imposible identificar a aquel hombrecillo que se sentaba frente a ellos en la mesa dos veces al día con la figura legendaria que se decía había puesto contra la pared del fondo de un garaje a nueve hombres al mismo tiempo.

Irene Robles era la que nunca llegaba tarde ni temprano. Constituía la excepción a la regla de no cambiarse de ropa para la comida. Ella sí lo hacía. Antes de cada comida pasaba casi una hora en su arreglo personal. Jacqueline creía que lo hacía por si, inesperadamente, algún nuevo rostro de hombre aparecía en la

mesa. Invariablemente, el resultado era siempre el mismo: pantalones caseros. Jacqueline solía pensar que si alguien no los hubiese inventado, Irene lo habría hecho. Sólo una vez se la había visto con faldas desde que llegara, y en tal ocasión confesó avergonzada: «Me siento como si fuera un afeminado». Irene podía hacer que unos pantalones pareciesen más femeninos que unas faldas de *chiffon*.

Era una pelirroja alta y cimbreante, divorciada; pero extremaba tanto sus asechanzas que los hombres, apenas habían pasado una hora escasa con ella, la rehuían. Ponía tanto empeño en ello que hasta a los ojos de una mujer como Jacqueline la verdad aparecía desnuda: Irene no era una mujer a la caza del hombre; era una mujer horriblemente temerosa de envejecer.

Corría acerca de ella una vaga historia de matrimonio de sólo una noche, que le había valido una pensión vitalicia. Era encargada del guardarropa de un club nocturno, y el hijo de un venezolano, magnate del petróleo, fue una noche a aquel club. Se decía que no llegó a pasar del guardarropa. A las seis de la tarde del día siguiente, grandes titulares anunciaban la separación. Fue necesaria toda la influencia de la familia, así como los más arduos esfuerzos del personal del Consulado de Venezuela, para llegar a ese feliz resultado.

Contrariamente a Carman, ella recibía correspondencia: una carta mensual procedente de una firma de abogados de Wall Street. Dentro del sobre se transparentaba sólo una tira de papel azul pálido. Aparentemente, los sobres no contenían mensaje de ninguna especie. Irene solía tirar inmediatamente los sobres vacíos. Una vez se le oyó hacer un jocoso comentario: «El pecado convertido en renta vitalicia».

Si esta fácil manera de vivir provenía de un engaño, era evidente que pendía de un hilo. Irene huía de la ciudad; hacía ya seis semanas o más que había llegado al rancho y todos los indicios eran de que se quedaría por tiempo indefinido. Probablemente, era una medida de prudencia para evitar un paso en falso.

Sea como fuere, Jacqueline recordaba que Burroughs había conseguido amedrentarla. A su llegada, y al oír su exótico apellido de casada, dijo que estaba muy relacionado comercialmente con la acaudalada familia de ese nombre residente en Caracas, y que jamás hubiera creído que lo oiría allí. Tal comentario lo había hecho Burroughs al día siguiente de su llegada, es decir, el sábado. Irene había llegado a la casa ligeramente agitada, después de una lección de golf con el profesor, quien, al parecer, se había tomado algunas libertades con ella. «¡Ese pedazo de estúpido! —había protestado—. ¡No me deja concentrarme en el juego, apareciendo de repente como el muñeco de una caja de sorpresa!».

Jacqueline no podía evitar preguntarse a qué juego se refería. Burroughs se había manifestado muy parco en su trato con Irene durante el resto de sus cortas vacaciones. Jacqueline había oído a ésta soltarle, sin que mediara motivo para ello y en cierto tonillo desafiante: «¡Dele mis mejores recuerdos a papá Robles cuando lo vea!».

No obstante, se advertía en su petulancia una oculta corriente de temor. La pensión, supuso Jacqueline. El más ligero chisme malintencionado podía bastar para que su gallina de los huevos de oro dejara de poner. Y el rayo no cae dos veces en el mismo sitio. No, y menos en el guardarropa de un club nocturno.

Bud Arden era siempre el último en llegar a la mesa. Sin embargo, era el único, generalmente, que no pasaba todo el día fuera de su habitación. Era escritor. Por lo menos, así se titulaba él. Jacqueline sabía de cierto que tenía una máquina de escribir, y encima de su mesa un rimero de papeles. Este no disminuía nunca, se tornaba más amarillento cada día, y la primera de las hojas acumulaba cada vez más polvo. Leona tenía una manera propia de hacer la limpieza. A intervalos regulares quitaba y tiraba la primera hoja del montón y daba así oportunidad de envejecer a la siguiente. «Algún día llegaré a la última —confesaba sin reparo— y él no lo notará».

—Jamás le oigo escribir a máquina —le había dicho Irene una vez, cuando Arden era aún nuevo para ella.

—Perdí la llave.

—¿Cuánto tiempo hace que la perdió? —preguntó Irene con sorna.

—Tres años —contestó Arden, con la gravedad del alcohólico crónico.

Irene estuvo a punto de atragantarse con un sorbo de agua. Pero la respuesta no implicaba ninguna intención humorística; más bien había sonado angustiosa, por lo menos para Jacqueline. «Sin embargo —se decía ella algunas veces agriamente, estudiándolo sin ser observada—, Arden debe de haber escrito *algo* alguna vez, aunque no haya sido más que una sola cosa. Si no, ¿por qué sigue llamándose escritor?».

No le gustaba pensar demasiado en él. Podía ver como en un espejo lo que sucedía en casos extremos, cuando las dotes del carácter permanecen demasiado tiempo sin que se haga uso de ellas. Como en un espejo, porque ella y Gil eran un ejemplo de ello.

No merecía la pena pensar en lo que le habría sucedido a aquel hombre. Era uno de esos casos en los cuales el resultado anula todo interés por la causa. No importaba lo que él hubiese sido, ahora no era más que un borracho. «Barril sin fondo», eran las palabras que Irene empleaba a ese respecto.

Era el único de todos ellos, según parecía, que había conocido a Burroughs antes que éste llegara al rancho el viernes anterior. Jacqueline había podido entrever en la mutua mención de ese hecho, rencor en uno de los hombres, evidente desprecio en el otro. El mismo Burroughs le había contado más tarde la historia en uno de sus coloquios: «Lo conozco desde hace mucho tiempo; es un pillo. Siga mi consejo y échelo de aquí. Hace algunos años, mi mujer sufrió una crisis artística. Usted sabe cómo suceden esas cosas… Se sentía mecenas. Llevó a Arden a vivir con nosotros y hasta le pasó regularmente una suma de dinero, mientras se suponía que él estaba escribiendo una obra maestra, de la que hablaba continuamente. Yo

soporté su intromisión en mi casa durante un mes. Después lo eché sin consideraciones —al decir estas palabras, Burroughs había hecho un gesto de esos que le hacen a uno granjearse enemigos—. Allí se quedó, en la calle, frente a la puerta, lloriqueando. Nunca lo olvidaré: me imploraba diciéndome que estaba a punto de escribir algo maravilloso y que le permitiera quedarse en mi casa sólo un mes más. Usted sabe lo bien que simula esta gente. “¡Es mi obra maestra! ¡Si usted me echa, tal vez no pueda ya terminarla! Es la única oportunidad que tengo”. Por toda respuesta le arrojé su máquina de escribir y cerré la puerta en sus narices». Burroughs terminó su relato con una risita cáustica.

Jacqueline sólo le preguntó una cosa:

—¿Ya bebía Arden tanto como ahora?

—No, ni mucho menos.

Tal vez esta historia encerraba la clave de una vida.

Arden se dejó caer tan pesadamente en su silla que hizo temblar toda la mesa.

—¡Qué bríos! —exclamó Irene al tiempo que sujetaba su vaso.

A Jacqueline le pareció que ninguno de ellos, al menos aparentemente, se había dado cuenta de la ausencia de Burroughs. Estudió atentamente todos los rostros al darles la noticia, con el propósito de observar cómo reaccionaban y para ver si alguno de ellos…

Esperó que la pregunta surgiera por sí sola, sin provocarla.

Irene dijo:

—¿Adónde fue esta noche esa momia? ¿A hacer provisión de vendas?

Jacqueline repitió simplemente que Burroughs se había ido, sin agregar una sola palabra.

—¡Viejo libidinoso! —comentó Irene, con acre volubilidad—. ¡Que un hombre de su edad simule estar recogiendo margaritas para…! —se detuvo.

Carman no dijo una palabra. Sus ojos brillaban pensativos. Su labio inferior se hizo algo más prominente.

Bud Arden masculló algo. Tal vez una imprecación no apta para oídos femeninos. Jacqueline advirtió el temblor de su mandíbula.

Se preguntaba qué dirían todos ellos si les revelaba lo demás, que mistress Burroughs le había dicho por teléfono que su marido no había llegado a su casa…

La voz de Irene cortó el hilo de sus pensamientos. Se notaba en ella un odio concentrado:

—No me explico cómo alguien no lo ha matado todavía…

Jacqueline tuvo que hacer un esfuerzo para no mirar a Gil. No quería mirarlo. Era como espiar a alguien que está desprevenido. Llamó a Leona:

—Sírvame un poco más de esto —dijo con el propósito de desviar su atención de Gil.

En cambio, Irene sí debía de estar mirándolo. Jacqueline le oyó decir:

—¿Qué le sucede, Gil? ¿Se asustó de lo que dije? Parece como si se le hubiese cortado la respiración.

En definitiva, el resultado fue igual que si ella misma lo hubiera estado observando.

Un automóvil enfiló por el camino frente a la casa y se detuvo ante la puerta. En la quietud de la tarde, el ruido del motor parecía mayor. En aquel momento Jacqueline estaba en una habitación del piso alto situada hacia el frente, que se utilizaba un poco para todo, y desde la que se divisaba el camino. En el primer instante, la joven se alegró pensando que el tardío e inesperado visitante debía de tener algo que ver con Burroughs. Qué podía ser, no habría podido decirlo. Quizá era alguien que traía noticias acerca de su paradero. No esperaban a nadie, y, por otra parte, la gente no solía presentarse así, sin anunciarse.

Jacqueline se asomó a la ventana y miró hacia abajo, en el preciso instante en que la figura del hombre que acababa de bajar del auto entraba en el porche. No le fue posible, por tal motivo, identificarlo desde arriba. Pero el automóvil ya era otra cosa.

Conocía aquel coche. Lo conocía demasiado bien. La luz del interior de la casa lo iluminaba lo bastante como para que ella pudiese reconocerlo. No era la primera vez que lo veía. En muchas ocasiones se había detenido como ahora ante la puerta, y siempre, después de una larga disputa, el hombre volvía a salir de la casa, subía al automóvil dando un golpe a la portezuela y se iba descontento por donde había venido. A las pocas semanas, aparecía de nuevo. Pero ésta *era* la primera vez que su llegada alegraba a Jacqueline. Era un Chev barato, y el ritmo de su motor amenazaba a cada instante con detenerse.

Ella conocía perfectamente ese ritmo. El jadeo del motor al subir el auto la cuesta del camino fue lo que hizo a Jacqueline levantarse del canapé donde estaba recostada e ir a la ventana. Había interrumpido su llanto. No se puede estar llorando eternamente; la fuente de las lágrimas no es inagotable. Además, era perjudicial para la digestión, pensó, llorar después de comer.

Bueno, se alegraba de que hubiese venido. Por lo menos, los libraría de *eso*; en adelante no tendrían que volver a soportarlo. No volvería a oír el jadeo del motor ni aquellas interminables discusiones. El hombre saldría esta vez rápidamente, satisfecho en lugar de disgustado y, probablemente, levantando el brazo para saludar al despedirse, en vez de dar la espalda y marcharse dando un portazo. Ahora la cosa era muy diferente. Era fácil arreglarla. «Desnudar a un santo para vestir a otro», pensó Jacqueline. Y eso porque había un santo que desnudar.

Esperó pacientemente en la ventana para tener la satisfacción de ver al hombre marcharse. Por lo menos su llegada había puesto una pausa en su congoja.

Haría ya diez minutos que el hombre había entrado. Sin embargo, no se necesitaba tanto tiempo. Gil estaba abajo. Ella lo había dejado

allí cuando subió a encerrarse para desahogar su llanto. Y tenía dinero en efectivo en su poder. Ella lo había visto. Gil no necesitaba excusas de cheques, documentos, etcétera, para demorar el pago.

Tampoco se habían detenido para festejar con una copa la solución del asunto, pues Gil no tenía un concepto lo bastante favorable del hombre como para hacerlo. Éste lo había asediado y Gil no se lo perdonaba. Entonces, ¿qué? ¿Por que no habían terminado ya? Hacía un cuarto de hora que le había visto entrar en la casa. El hombre parecía detenerse tanto como las veces anteriores, cuando todo lo que había obtenido eran promesas y más promesas. Después de todo, él, o más bien la firma que él representaba, *podía* desalojarlos del rancho. Gil debería tener mucho cuidado, pues la cosa no era como para tomarla a broma.

Jacqueline se apartó de la ventana, cruzó la habitación y abrió la puerta, que cerrara cuidadosamente para ocultar su llanto. En el rellano de la escalera se detuvo para prestar atención. Gil y el otro estaban en la habitación situada al otro lado del pasillo. La llamaban, en broma, la biblioteca, porque allí guardaban sus libros: seis en total. Debían de estar allí, pues Irene y Carman se encontraban en la sala principal, situada hacia este lado. Estaba segura por la radio, que dejaba oír el programa favorito de Irene: *La hora Pepsodent*, del martes por la noche. Para Carman, cualquier programa era igual.

Probablemente Gil y el otro se habían encerrado. ¡Si ella pudiese llegar sin que Irene y Carman le estorbaran! Tal vez lo lograra yendo por la parte trasera, a través de la cocina. Si podía salir al porche trasero, como la habitación en que ellos estaban tenía una ventana que daba a él…

«No debo hacerlo —pensó—; Gil no se lo merece».

Bajó la escalera y giró rápidamente frente a la puerta de la sala de estar para dirigirse al fondo de la casa. Irene y Carman estaban allí. Ella recostada en una poltrona, con las manos cruzadas en la nuca y las piernas encogidas. Parecía estar temblando. Carman, de pie, algo detrás de ella, con un cigarrillo en la boca colocado como si fuera un termómetro, tan insignificante como de costumbre. Su

presencia era apenas perceptible. Irene volvió la cabeza hacia él con un gesto interrogante:

—¿Oyó usted eso? —preguntó. En aquel momento vio pasar fugazmente a Jacqueline, y agregó—: ¡Jackie, ven aquí! ¿Quieres oír algo bueno?

—Enseguidita —contestó Jacqueline, y siguió sin detenerse.

Leona estaba de pie contemplando la pila de platos sucios, en una actitud que se veía había adoptado hacía y a un buen rato. Ella también temblaba de excitación. Al entrar Jacqueline, ni siquiera intentó fingir estar atareada en sus cosas.

—Limpiaré los platos en cuanto empiecen a pasar los anuncios —dijo con absoluta impavidez—. En un momento los fregaré. ¡Esa novela radiada es Formidable!

—No, no los friegues ahora —le dijo Jacqueline, atravesando la cocina—; déjalos hasta que yo vuelva. Ya te diré cuándo puedes hacerlo.

No quería que el ruido le impidiera oír. Cuando Leona fregaba los platos se la oía en toda la casa.

—No me voy a enojar por eso con usted —asintió Leona.

Jacqueline alcanzó a sujetar la puerta de tela metálica cuando ésta, en su movimiento de retroceso, estaba a punto de golpear contra el marco. Fuera había sólo una media luz. Dio unos pasos y arrancó una hoja de la enredadera que trepaba por los pilares del porche.

Podía oírlos. La ventana estaba abierta. Se acercó a ella un poco más. No se inclinó ni se empinó. Tampoco podía hacerle eso a Gil. Comenzó a dar vueltas por el mismo lugar. Arrojó la hoja de enredadera, se cruzó de brazos y luego se detuvo.

—Bueno, ¿qué va a hacer usted ahora? ¿Piensa quedarse aquí toda la noche? —oyó decir a Gil—. Ya se lo he dicho, ¿no?

—Sí, me lo ha dicho. Es lo de siempre: palabras… ¿Hasta cuándo va usted a seguir con lo mismo? Cada vez que vengo me da las mismas excusas. ¿Cree que lo único que tengo que hacer es venir aquí continuamente?

—Ya le he dicho que en este momento no tengo dinero. ¿Qué quiere que haga? No puedo fabricarlo —la voz de Gil vibraba de desesperación—. Yo le voy a pagar, deme tiempo.

—¿Tiempo? ¿No le hemos dado ya bastante? No puede usted negarlo… No hay más que ver este lugar, la casa donde vive, los caballos, la piscina de natación, el automóvil… ¿Va usted a decirme que un hombre como usted no dispone de esa suma? —la voz del hombre hipaba desdeñosamente.

—Todo lo que usted ha mencionado estaba aquí cuando nosotros nos hicimos cargo de esto. Todo entró en el convenio. Eso no quiere decir nada. Desde que llegamos no hemos ganado ni un céntimo; más todavía: ni siquiera hemos cubierto gastos. No hubo un solo mes en que no perdiéramos dinero. Si quiere, puede usted comprobarlo por sí mismo. ¿Quiere que le muestre los libros? ¿Cuántas personas se alojan en el rancho en este momento? ¿Cuántas vio las otras veces que usted vino? Y las dos o tres que quedan están viviendo a nuestra costa. No lo cree usted, ¿verdad?

No era cierto; Bud Arden era el único que no pagaba. Cualesquiera que fuesen los defectos de Irene y Carman, pagaban religiosamente; jamás debían un centavo. No era justo decir eso de ellos. ¿Por qué, entonces, Gil lo hacía?

—Bueno, eso es cuestión suya. A mí no me interesa. Pero usted no puede pretender que me marche de aquí con las manos vacías. Ésta es la decimosexta vez que vengo. ¿No puede usted darme siquiera *algo* a cuenta?

—¿Qué entiende usted por *algo*?

Esto marchaba mejor. Jacqueline respiraba ahora más libremente. Tal vez su marido había estado tratando de demorar el pago sólo en represalia por lo mucho que le habían apremiado.

—Digamos la mitad. O una cuarta parte, si no le es posible más. Por lo menos para demostrar a la Compañía que usted obra de buena fe.

¿Por qué sería Gil de esa manera tan sarcástica?

—¿Una cuarta parte? ¡Está bien! ¿Sabe cuánto dinero tengo en este momento? ¡Veinticinco dólares! Y eso porque me los prestó un invitado que pasó con nosotros el *fin de semana*.

Jacqueline se inclinó un poco hacia delante, siempre de pie y con los brazos cruzados, como si alguien la hubiese empujado por el cuello.

—¡Muy bien, Blaine! Haga lo que le parezca. Hemos tenido demasiada paciencia con usted, y no olvide que hay otras maneras de arreglar este asunto. Esta es la última vez que vengo aquí inútilmente… Se lo advierto y crea que ahora va en serio.

Después de estas palabras, Jacqueline oyó cerrarse bruscamente la puerta de la habitación. Si los dos habían salido juntos o sólo lo había hecho el cobrador, Jacqueline no lo sabía ni le importaba saberlo.

—¡Oh, Dios mío! —dijo, implorante, llevándose las manos a la cabeza durante un minuto.

Luego abrió la puerta de tela metálica y volvió a entrar a la claridad de la cocina. Leona comenzó a fregar los platos, produciendo tanta espuma como un barco al ser botado.

—¡Anuncios! ¡Anuncios! Siempre salen con anuncios en el momento culminante. ¿Se siente usted mal, querida? —preguntó sin cambiar de tono, mientras seguía produciendo montañas de burbujas —. Parece usted una muerta. Nunca la he visto tan pálida.

—Es esta luz —murmuró Jacqueline, saliendo de la cocina.

Cuando, al pasar frente a la sala de estar, Irene la llamó, tuvo que mostrarse más sociable.

—¡Venga, Jacqueline! Se ha perdido lo mejor —y a un ronquido de Carman, gritó—: ¡Ahora sí que lo tienen!

La portezuela de un automóvil se cerró violentamente frente a la casa, y el familiar jadeo asmático fue apagándose por el camino.

Gil se había quedado en el mismo sitio.

Estaba aún de pie frente a la mesa, donde el otro le había dejado. Todo lo que había hecho fue encender un cigarrillo. La entrevista le había dejado de un humor sombrío, pesadamente

sombrío. Jacqueline se dio cuenta por el modo como Gil siguió agitando la cerilla después de apagada.

Cerró la puerta tras sí para asegurarse de que nadie podría oírlos. Él no se dio cuenta. Se estaba sirviendo una copita de licor, con mano un tanto temblorosa. El rostro de Jacqueline estaba tan pálido como al mediodía, cuando hablaba por teléfono.

—¿Quién era ése? —preguntó bruscamente.

No trataba de tenderle una celada; lo que quería era que Gil le refiriera todo el asunto espontáneamente.

—El representante de Verona. Siempre por esa porquería de pagaré. El hombre no falla, repite constantemente la misma escena —posó, la copa vacía, con tanta fuerza como si quisiera romperla.

—¿Cuánto es?

—Seiscientos y pico…

Jacqueline sabía todas esas cosas, pero quería oírlo de labios de Gil. Luego bajó la voz hasta convertirla en un murmullo:

—Entonces, ¿por qué no le pagaste esta vez?

Por toda respuesta, Gil se sirvió otra copita.

—¡Gil, mírame! *¿Porqué?*

Gil se puso a examinar el líquido y no contestó.

—¡Gil, déjame ver la cartera que me enseñaste esta mañana!

Él probó la bebida como si quisiera saber qué era.

—Gil, soy tu esposa. ¡Muéstrame la cartera!

—¿Qué quieres hacer con ella?

—Contar el dinero.

—Ya te he dicho cuánto era. ¿No te lo mostré?

—No importa; quiero contarlo yo misma.

Gil arrojó la cartera por encima de la mesa con una mano, sosteniendo la copa con la otra. La cartera cayó sobre la mesa y Jacqueline la tomó. No sacó los billetes, sino que los contó por una esquina. Veinte de ciento, ocho de cincuenta, cuatro de veinte y dos de diez.

Luego se acercó a Gil, tambaleante, como si la cartera fuese demasiado pesada, y apoyó su cabeza sobre el pecho del marido.

Éste devolvió el billetero a su bolsillo y terminó de beber su copa por encima del hombro de ella. Luego estrechó la cabeza de Jacqueline.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así?

—¡No puedo más! He estado así todo el día… —durante un minuto permaneció agarrada a él, como si le faltara el aire y Gil fuera el oxígeno—. Gil, ¿me quieres?

—¡Escucha! —dijo él, como con reproche.

Ella levantó la cabeza y dijo casi con fiereza:

—¡No quiero un sí a secas! ¡No estoy jugando!

—Pero ¿es que vas a llorar? —sus emociones se fundieron con las de ella: toda superioridad había desaparecido. Acababa de retroceder cinco años en el tiempo—. Tú eres todo lo que poseo y no estoy dispuesto a perderte —Jacqueline podía oír las palpitaciones de su corazón, pero no se dejó convencer.

—Muy bien, dices que me quieres. Entonces, tienes que contármelo todo. Yo tengo que saberlo: *¿Le hiciste algo a Burroughs anoche?*

Jacqueline temía oír la respuesta. Se apretó aún más contra él, esperando. Silencio.

—¡Oh, será terrible! ¡Será el infierno, Gil! Pero creo que podré soportarlo. Yo estaré siempre contigo, pase lo que pase. Compartiremos lo que venga lo mejor que podamos, pero yo tengo que saber una cosa u otra… —levantó los ojos y comenzó a sacudirle por los hombros—. ¡Gil! ¿Por qué no me contestas? ¡No te quedes así! ¿Es por eso por lo que no pagaste la deuda a Verona? Porque temes que se sepa que tienes dinero…, después de que él estuviera aquí?

—Sí, tengo miedo —dijo Gil casi inaudiblemente.

Jacqueline le reprochó, sollozando:

—¿Ves lo que estás haciendo conmigo? ¿Entonces, tú…?

Gil tuvo que sostenerla para que no se desplomara.

—¡No, espera! ¡Serénate, por favor! ¿Qué es eso, Jackie? Toma, bebe esto. Ahora, bien, apóyate en la mesa. Sí, yo hice algo. Sé lo

que tú piensas. ¡No me abandones, Jackie! No quiero verme en un lío. Me encontré con Burroughs al salir de aquí el sábado, cuando iba a ver si cambiaba el cheque para sus gastos pequeños, y le ofrecí llevarlo, como te dije. El banco estaba cerrado, desde luego. Yo lo sabía antes de que saliéramos, y aunque hubiese estado abierto, sabía que no podría retirar el dinero porque yo no tenía fondos en mi cuenta. Después, naturalmente, me preguntó si no había otro lugar donde pudieran cambiarlo. Le dije que trataría de hacerlo en el hotel. Me lo endosó apoyándolo sobre una rodilla. Después lo dejé en el coche y fui al hotel. Como sabía que no tenía la más pequeña probabilidad de cambiarlo, ni me acerqué al escritorio. Entonces me asomé al bar y allí me topé con Jack McGovern, quien tenía algunas copas de más. Le solté una indirecta acerca de los veinticinco. Le hubiese podido sacar hasta la camisa: tan generoso se sentía. Tomé el dinero como un préstamo personal, sin entregarle el cheque de Burroughs. Pensé que a Jack le sería un poco difícil comprender la situación. Salí y le di a Burroughs los veinticinco dólares, quedándome con su cheque endosado. Anoche, después de que rechazara mi petición y se marchara en el tren, me quedé cavilando. Al encontrarme el cheque en el bolsillo, no pude dominarme. Burroughs lo había llenado apresuradamente y estaba pidiendo a gritos que yo *hiciera eso*. Agregué dos ceros a los números y la palabra *hundred*[3] después de la cantidad en letras. Tú conoces esa línea larga que se traza de un lado a otro del cheque para evitar que se hagan agregados. Bueno, Burroughs había dejado un espacio entre la cantidad en letras y el principio de esa línea. Parecía hecho a medida. Salí y subí enseguida al automóvil, para dirigirme a Nueva York, adonde llegué a eso de las nueve, e inmediatamente hice efectivo el cheque en el banco, poco después de que éste abriera sus puertas. Quería asegurarme de que llegaría antes que él. Yo sabía que él siempre tenía veinte veces esa suma en su cuenta, y pensé que lo que yo hacía no le perjudicaría gran cosa.

Gil alcanzó una silla a Jacqueline, y se quedó cerca de ella, en actitud solícita. Jacqueline tenía una de las manos de su marido

pegada a su mejilla y le miraba pasivamente.

—Pero, ¡Gil!, ¿no pensaste lo que eso podía acarrearnos? ¿No sabías lo que él podría hacerte cuando lo descubriese?

—Sí, lo pensé. Tuve bastante tiempo para eso durante el viaje de regreso, cuando ya era demasiado tarde. La cosa ya no tenía remedio. Entonces se me metió en la cabeza la estúpida idea de que si él, cuando descubriera el hecho, me amenazaba, yo podía recordarle que en más de una ocasión se había mostrado demasiado afectuoso contigo, como tú misma me dijiste, y amenazarlo a mi vez. Tú sabes el miedo que le tiene a su mujer. Y pensé que eso sería suficiente para aquietarlo.

—¡Gil! —fue todo lo que ella dijo—. ¡Gil!

Este bajó la cabeza.

—Sí, soy un tipo indigno. Lentamente he llegado hasta eso. Lo que uno no es capaz de hacer en un año por amor o por dinero, lo hace al año siguiente sin escrúpulos. Aquello que antes no habíamos sido capaces de hacer, ahora no nos hace mella alguna, y antes de que nos demos cuenta ya no podemos frenarnos.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Pero, entonces, ¿qué ha sido de él? —preguntó con renovada ansiedad—. ¿Adónde fue? ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿No le *viste* tomar el tren?

—No. Descendimos juntos en la estación, pero yo estaba demasiado furioso para quedarme haciéndole compañía hasta que llegase el tren. Le dejé sin más ni más, y ni siquiera le dije adiós. Me fui al bar del hotel, que se supone debe cerrar a las cuatro, pero en el que siguen trabajando con las persianas echadas. Como me conocen, me dejaron entrar. Mientras estaba allí, oí la llegada y la salida del tren. Maldije a Burroughs para mis adentros, y salí del bar. Tal vez lo hice cuatro o cinco minutos después y, naturalmente, él ya no estaba allí; el andén estaba desierto. El automóvil se hallaba donde lo había dejado. Subí en él y regresé aquí.

—Pero, Gil, ¿cómo se fue a hora tan desacostumbrada? ¡Y olvidándose de todo, además! Hoy, cuando Marsh se marchó, tenía todavía los dos billetes de regreso. Aunque él estuviera tan ofendido…

—Lo estaba —dijo Gil—, pero te diré francamente que había otra cosa más. Yo creo que sentía temor de algo. Miedo de quedarse aquí. Pude leerlo en su cara. Parecía alerta, cauteloso. Recuerdo que en el automóvil llegó a decirme amargamente: «No tengo confianza en usted, y no me quedaría a dormir otra noche en su casa, aunque me pagaran. Marsh puede quedarse hasta mañana, si quiere, pero yo me voy en el primer tren».

—¡Gil! —exclamó Jacqueline con terror.

—Me figuro que en ese momento la expresión de mi cara no debía de ser muy agradable. *Tú* sabes que a veces parecemos, por nuestros gestos, capaces de actos que en realidad no podríamos cometer. Además, era un huésped importante. Siempre molesto por algo: que sus pagarés, que su digestión…; ¡hasta su propia sombra le molestaba!

—Sí, pero hay un trecho bastante largo desde aquí a la estación. Considerando el asunto desde el punto de vista de Burroughs, ¿no corría éste un riesgo mayor viajando contigo en la oscuridad que encerrándose en su habitación, con Marsh en la que hay frente a la suya y todos nosotros cerca?

Gil posó una mano sobre un hombro de Jacqueline.

—No sé por qué hizo lo que hizo. Lo que sé es que obró como te digo. Estaba un tanto temeroso de mí, no lo olvides, pero eso no era lo importante. Lo principal era que se sentía profundamente ofendido y quería demostrarlo no quedándose ni un minuto más bajo el mismo techo que yo. Una demostración de una petulancia un tanto infantil.

Jacqueline permaneció silenciosa un momento, como si estuviera meditando acerca de cuanto le había dicho su marido. El candor de Gil al confesarle los temores de Burroughs le había devuelto parte de su tranquilidad. Cuando finalmente habló, lo hizo con tono suave y sereno:

—Lo que acabo de oír no es agradable, Gil. No podría serlo para ninguna mujer ansiosa de conservar intacto el respeto por su marido. Pero yo te dije que me sentía capaz de soportarlo todo, y lo haré. Creo…, sé que podré soportar también lo peor, si me lo dices *ahora*, enseguida, para terminar de una vez. Ahora es el momento. Es tu última oportunidad, Gil. No esperes a que yo lo descubra más tarde, porque más tarde puede ser diferente, tal vez no pueda seguir sintiendo lo que siento ahora.

Jacqueline suspiró profundamente.

—Gil, estamos solos en esta habitación. Somos marido y mujer. Puede parecer brutal decirlo llanamente, pero el asunto mismo es brutal, y yo exijo una respuesta escueta, terminante. ¿*Mataste* a Burroughs anoche?

Jacqueline aplastó sus labios contra los de su marido. La viva llama que ardía en ella se consumió sola; su beso no obtuvo respuesta. La joven apartó su cabeza con un gesto de desafío:

—De todos modos, estaré contigo hasta el fin.

—¿El fin? —dijo Gil, sonriendo tristemente—. No me gusta esa palabra.

MARTES

Jacqueline lo supo enseguida. Él dijo que se llamaba Ward. La joven se preguntaba si sería costumbre dar el nombre solamente, sin mencionar el cargo oficial. No estaba familiarizada con estos procedimientos. Además, no estaría nunca sola en casa cuando él se presentara. Sin embargo, bien considerado, quizá fuera mejor. Gil podría dar una impresión falsa al ser estrechamente interrogado

sobre aquel asunto del cheque. Aquel día era martes, es decir, el día siguiente al de la desaparición de Burroughs.

Leona debió de haber tomado al hombre por uno de tantos cobradores, lo cual no dejaba de ser un alivio. Debió de parecerle un hombre de mirada muy severa, porque se retiró rápidamente a la cocina en lugar de quedarse merodeando por la habitación, tratando de escuchar lo que se decía. La gente que iba a cobrar alguna cuenta había dejado de interesarle hacía tiempo, pues la novedad se había agotado.

—Siéntese, mister Ward. Mi esposo ha ido hasta el pueblo…

—Lo sé.

Las palabras salieron de su boca lisas y crepitantes como una cáscara de cebolla, lo cual la hizo sentirse incómoda durante un minuto, pues parecía como si estuviera ya vigilando los movimientos de Gil.

—¿En qué puedo servirle?

—En mucho.

—Muy bien; usted dirá —mientras, se decía a sí misma: «No debes parecer asustada».

El hombre exhibió la insignia de la policía. A Jacqueline no le causó gran impresión, pues nunca había tenido trato alguno con la policía. Le hizo el mismo efecto que una medalla de *boy-scout*.

El hombre no parecía rudo ni insensible, como siempre se los había imaginado. Parecía uno de tantos jóvenes empleados de los que solían ir al rancho, pasaban unos días allí y luego se marchaban, y con quienes ella había jugado al golf y bailado. Los conocía muy bien y sabía cómo manejarlos.

El policía comenzó:

—Mister Homer Burroughs fue huésped de ustedes desde el viernes hasta muy avanzada la noche del domingo o el lunes muy temprano —no había en su voz inflexión interrogativa alguna.

—En efecto.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez?

—Mi esposo lo llevó a la estación a tiempo para…

—No le he preguntado eso, mistress Blaine.

A Jacqueline no le gustó la interrupción. El policía estaba tratando de limitar su interrogatorio a lo que se refería solamente a ella. Pero, para el caso, ella y su marido estaban identificados, viniera lo que viniese. Jacqueline contestó, amoldándose a su exigencia:

—Yo me disculpé y me despedí de mister Burroughs a la una menos diez de la madrugada del lunes: Mi esposo le condujo…

—Entonces, el lunes a la una fue la última vez que usted le vio. Cuando usted le dio las buenas noches, ¿estaba ya convencido de que usted no le vería por la mañana? ¿Dijo él algo acerca de que se marcharía a primera hora?

La pregunta la ponía en un aprieto.

—No, no dijo nada preciso —respondió Jacqueline—. Todo el mundo aquí suele ir y venir a su antojo. No se acostumbra a las despedidas formales.

—¿Era Burroughs un huésped o un invitado?

La cosa iba empeorando. Ella advertía que el policía sabía ya la respuesta.

—No le cobramos nada; era nuestro invitado.

—Entonces, razón de más para decirle a usted que se marchaba y agradecerle su hospitalidad, ¿no le parece?

Jacqueline dejó traslucir algo de aquella manera alegremente juvenil que había sido tan suya hacía algunos años. «Mantente serena y evita el peligro», solía decirse, lo cual le había servido para no caer en muchas asechanzas. Tal vez lograra ahora el mismo efecto.

—Veo que conoce usted muy bien su Emily Post[4]. Bueno, yo también. ¿No quiere usted beber algo mientras hablamos?

Él arrolló el intento como una locomotora que marchara a toda velocidad.

—No. ¿No dijo una sola palabra que indicara que no estaría ya en casa cuando se levantara usted por la mañana?

Ésta era una vuelta más al torniquete. Gil y ella se levantaban generalmente tarde.

—Lo dábamos por hecho sin que lo dijera. Después de todo, sabíamos que tendría que estar en su oficina a las nueve y…

Jacqueline pudo notar que sus palabras no habían causado el efecto que esperaba.

—Pero mister Burroughs no tenía necesidad de tomar el tren lechero para estar en su oficina a las nueve. ¿No es un poco raro que un hombre de sesenta años se marche siendo aún noche cerrada y sin haber descansado nada?

—Sí, es verdad… —dijo Jacqueline con cierto resentimiento—. Nosotros nada tenemos que ver con sus excentricidades. ¿Por qué, pues, venimos con esas cosas? Él se marchó de aquí, de eso estoy segura. Si usted no lo cree, búsquelo; tal vez esté debajo de la alfombra.

Un segundo después hubiese deseado no haber dicho esto último.

Se estaba adelantando a las preguntas del policía, por decirlo así. «Estos detectives la embarullan a una», pensó.

Él sonrió aviesamente.

—¡Oh, yo no dudo de que se fue de esta *casa*!

A Jacqueline le chocó el ligero énfasis con que pronunció la palabra *casa*. Parecía como si quisiera sugerir que algo le había sucedido a Burroughs fuera, no muy lejos de allí.

—Entonces, ¿qué más podemos hacer nosotros? ¿Por qué no indaga un poco en la ciudad? ¿Por qué no investiga qué ha podido ser de él allá?

El hombre contestó con mucha suavidad:

—Sencillamente, porque Burroughs nunca llegó a la ciudad, mistress Blaine.

Como mujer que era, Jacqueline trató de mantenerse a la ofensiva, como la mejor manera de defenderse.

—¿Qué seguridad tiene usted de eso? ¿Sólo porque él no apareció por su casa ni por su oficina? Puede que un taxi le haya atropellado o que haya sufrido un ataque de amnesia…

—Para llegar a la ciudad, lo primero que tenía que hacer era tomar el tren, ¿no le parece, mistress Blaine?

—Y lo tomó. Es evidente que lo tomó. Mi espo…

—Pero es que *sabemos* que no lo tomó. Hemos interrogado al personal del tren cuya tarea es picar los billetes de los pasajeros antes de llegar a su destino. Nadie tomó el tren de las cuatro veinte en esta estación, y los trenes van lo bastante vacíos a esa hora como para poder comprobar fácilmente la presencia de un viajero.

Jacqueline sintió un escalofrío. Trató de dominarlo.

—Todo lo que puedo decir es que mi esposo le condujo a la estación y le dejó allí, en el andén, sin esperar a verlo subir al tren. Puede ser que él se retirase un poco de la zona iluminada del andén mientras esperaba y haya sido asaltado en la oscuridad por un malhechor…

—Sí —dijo él con tono indiferente—, pero ¿cómo un malhechor pudo volatilizarlo? Hemos recorrido los alrededores y estamos ahora registrando el bosque y todo lo demás desde la estación hasta esta casa. ¿Cómo es que su esposo no esperó a que subiera al tren, mistress Blaine?

¡Esta sí que era buena! ¿Cómo podía agregar a sus vagas contestaciones anteriores la ignorancia de tal detalle? Eso pondría las cosas demasiado mal para ellos. Casi era revelar que la partida había sido decidida repentinamente a raíz de una disputa, como en cierto modo era verdad, y luego, infaliblemente, saldría a luz el traspié de Gil con referencia al cheque.

Jacqueline se lanzó. Contestó con deliberada falsedad, haciendo todo lo posible por envolverlo con muchas palabras:

—Creo que fue porque mister Burroughs no quiso hacerle esperar en la estación, alegando que ya lo había molestado bastante. Además, era una hora muy avanzada y mi marido se caía de sueño.

Un segundo después, pero ya demasiado tarde, recordó lo del bar. ¿Declararían los camareros que habían permitido entrar a alguien después de la hora de cierre?

Ya lo habían hecho.

—No debía de tener tanto sueño, puesto que antes de venir aquí se detuvo en el bar de la estación a beber un trago.

—Exactamente, quería despabilarse para conducir su coche al regreso.

Después, cuando ya sentía que no podría resistir aquello ni un minuto más, en el instante en que algo en su interior estaba a punto de hacerle proferir un grito, oyó afuera el ruido de su automóvil. Gil había vuelto al fin. Éste tocó ligeramente el claxon como un signo de interrogación. Nunca lo había hecho hasta entonces. Siempre bajaba del coche y entraba en casa directamente.

—¡Ahí está mi esposo! —dijo Jacqueline.

Dio un salto y corrió hacia el vestíbulo antes que el policía pudiese detenerla.

Gil ya había traspasado la puerta. Se encontraron a mitad de camino, entre la puerta de entrada y la del cuarto en que había dejado al policía. Jacqueline estaba pálida, de una blancura casi mortal. Pero ahora su marido la acompañaba.

—¡Hola, Gil! —dijo en voz alta, tal vez demasiado alta, como la de Irene cuando ya había bebido dos cócteles. Pasó un brazo en torno de su cuello y lo besó en la mejilla, cerca del oído—. Ahí dentro hay un detective —susurró con una nota de angustia en su voz—. ¡Tengo miedo! Ten cuidado…

Gil le contestó del mismo modo:

—Espera un segundo. Quédate así abrazada a mí —luego agregó en voz alta, por encima del hombro de Jacqueline—: ¡Hola, preciosa! ¿Me echaste de menos?

Jacqueline sintió la mano de su marido hurgando entre sus cuerpos. Gil puso algo en la mano libre de ella. Papel esponjoso, dinero.

—¡Guárdame esto! Escóndelo. No creo que me registre, pero es mejor no correr el riesgo. Póntelo en la media… —y luego, con voz llena—: ¿Me llamó alguien por teléfono?

—No, pero hay una persona que te está esperando.

—¡Oh! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Gil parecía presa de angustia; ella lo advertía por el ligero temblor que a intervalos le agitaba. Se preguntaba si sería por lo que acababa de decirle o por algo ocurrido antes. Ese *algo* debía de haber estado muy oculto para que sólo entonces comenzara a manifestarse.

—Dejé el coche frente a la puerta. Sube a él y… —respiraba con dificultad— vete al pueblo, compra cosas. Mira, Jackie: necesito Barbasol. Ve al pueblo y cómpramelo.

Su mandíbula temblaba. Ella la sentía contra su cara.

Gil la dejó y se dirigió a la habitación de donde ella acababa de salir. Aunque caminaba con firmeza, Jacqueline le conocía tan bien que advertía claramente la zozobra que le dominaba.

Ella dio uno o dos pasos como para seguirlo, a pesar de la petición que acababa de hacerle.

Ward apareció repentinamente en el vano de la puerta, y cerró ésta nada más que Gil hubo entrado, diciendo:

—Con su permiso, mistress Blaine. Jacqueline se quedó un momento contemplando las rústicas tablas de la puerta. Un pensamiento acudió a su cerebro: «¡Ahora sé cómo debe sentirse la mujer de un criminal!». La sensación era tan clara como si realmente ella fuera esa mujer.

Cuando ella regresó, Gil la estaba esperando en el camino. Era casi de noche, pero aun en la oscuridad Jacqueline pudo ver en las arrugas de su frente brillar gotas de sudor.

—¡Uf! —exclamó con voz ronca, que revelaba la tensión a que había estado sometido. Luego agregó—: Creí que no volvías más. Apéate; yo guardaré el coche y cerraré el garaje.

Cuando volvió al lado de Jacqueline, le dijo:

—Se queda.

Jacqueline estuvo a punto de caer.

—¿*Aquí*, con nosotros? ¡Qué desfachatez!

—No hay otro sitio por aquí, y… —terminó la frase cuando ya habían cerrado la puerta— hubiera sido peor que hubiese intentado alejarlo, como si tuviera algo que ocultar. Tuve que acceder —y se sirvió un vaso que hubiese podido contener el lago Erie.

De gris que estaba, Gil se tornó verde.

Poco después llegó Marsh. Fue una sorpresa para todos, pero no para Jacqueline.

Entró llevando una maleta, tratando de parecer indiferente, y dijo:

—No hay aún noticias de él. Hemos hecho cuanto podíamos en la ciudad. Temo que no quede sino esperar y confiar en lo mejor. Pensé que si yo volvía y me quedaba aquí unos cuantos días, tal vez pudiera ayudar en algo —esto último lo dijo sin alterar el tono en su voz. Luego agregó—: Después de todo, aquí fue donde se le vio por última vez.

Ahora emanaba desconfianza. Aquella desconfianza que Jacqueline sabía que iba a surgir en la mente de él en su viaje de regreso le saturaba ahora completamente. Estaba en cada movimiento que hacía, en cada destello de su mirada, en cada giro de sus palabras. No podía ocultarlo. Cada mirada suya parecía decir: «Campo enemigo. Fue aquí donde ocurrió».

Jacqueline no encontró nada que decirle. Para poder adivinar lo que él pensaba, puso entre ambos una barrera de silencio. El hecho de que ella considerara lógica la actitud de Marsh en tales circunstancias y el que ella sintiera que habría obrado lo mismo que él, de haber estado en su lugar, no alteraba las cosas.

Marsh había vuelto para vigilarlos.

Jacqueline aceptó un cigarrillo que él le ofreció, experimentando, pese a lo insignificante del hecho, cierta curiosa repugnancia. Se sentó e hizo el movimiento de golpear el cigarrillo contra su rodilla, pero sin alcanzar a tocar ésta. Marsh se dirigió a la ventana y se quedó mirando hacia fuera.

En aquel momento entró Ward. Jacqueline llamó la atención del uno sobre el otro. De lo contrario, cada uno hubiese obrado como si

el otro no estuviera allí.

—Míster Ward, míster Marsh —los presentó.

Ward hizo una leve inclinación de cabeza.

Marsh contestó con indiferencia:

—Mucho gusto.

«Ya se conocían —se dijo Jacqueline—; esto es una comedia, pero exageran. Dos personas que no se conocen, al ser presentadas, se miran lo suficiente como para formarse una impresión».

Marsh era el motivo de que Ward estuviera allí, o tal vez sería más apropiado decir que era la invisible mistress Burroughs quien movía vengativamente los hilos.

Marsh había vuelto para servirle al policía como agente de enlace.

MIÉRCOLES

Jacqueline abrió los ojos en la oscuridad y enseguida se sintió completamente despierta. No había sido por ningún ruido o causa exterior; lo sabía con esa certeza que suele tenerse al salir súbitamente del sueño.

No necesitaba saber la hora; pero el hábito, ese hábito de las cosas pequeñas, prevaleció, y su mano se extendió en dirección a la mesilla de noche colocada entre ambas camas. Enseguida encontró su reloj, semejante a una viborilla enroscada. Encendió la lámpara para mirarlo, sin despertar a Gil. Luego, con el dedo pegado al interruptor, la dejó encendida. En la otra cama no había nadie. Su cabeza giró describiendo un semicírculo al dirigirse con la mirada al lado opuesto de la habitación, donde Gil solía dejar su ropa.

Ésta también había desaparecido. Jacqueline se puso un chal sobre los hombros y salió al vestíbulo. Encendió la luz y avanzó hasta la boca de la oscura escalera.

—¡Gil! —llamó suavemente hacia abajo—. ¡Gil!

Tanto la biblioteca como la habitación opuesta se hallaban a oscuras. Gil, pues, no estaba en la casa. Jacqueline volvió al dormitorio y se quedó sentada durante un minuto, lanzando miradas alrededor, no para observar la habitación, sino su propio asombro. Se levantó y fue hacia la ventana, para tratar de averiguar si Gil había sacado el automóvil. La blancura de la puerta del garaje era visible, nítida, pero no totalmente, como la tapa de una caja que ha sido mal colocada. El garaje estaba abierto; Gil se había ido en el coche.

Jacqueline fue a la habitación del frente, desde la cual la noche anterior había visto llegar al cobrador de Verona. Desde allí dominaba todo el camino. Se sentó, quedándose deliberadamente inmóvil durante largo tiempo. Tal vez Gil había ido otra vez al bar del pueblo. Pero ahora el caso era muy diferente. Entonces había llevado a Burroughs a la estación y había pasado por delante del bar por casualidad. Pero ¡hacer expresamente un viaje en automóvil a media noche para beberse un *whisky*!

Sería mejor telefonear al bar y salir de dudas. No podía permanecer más tiempo en la incertidumbre. A mitad de la escalera se dijo a sí misma: «Creo que no debo hacer esto. ¿O sí?».

No tuvo que encender la luz para encontrar el teléfono. Su propia voz sonó en sus oídos un tanto sepulcral, en la oscuridad y silencio de la noche.

—Seis-veinticuatro, por favor.

Se produjo una espera que amenazaba durar toda la noche. «Sólo cuando uno vive en el campo —pensó filosóficamente— se puede saber el verdadero significado de una espera en el teléfono». Luego algo se abrió y una multitud de cosas se produjo instantáneamente. Una pluralidad de voces indistintas, el ruido de una

máquina tragamonedas y un zumbido persistente que podía deberse a los hilos del teléfono. Por último distinguió una voz y entonces dijo:

—¿Hablo con Jimmy, el barman? ¿Es Jimmy O'Keefe?

La voz continuó en distintos tonos:

—… tienes razón tú. Espera un minuto, no lo levantes aún, no he terminado. ¿Hola? No oigo. Sí, habla Jimmy.

—Le habla mistress Blaine, la dueña del rancho. ¿Está ahí mi esposo?

—No, no está —el hombre debió de haber echado una mirada en torno—. No, no lo veo.

—¿Y no estuvo antes ahí?

—No, no ha estado aquí en toda la noche. La última vez que lo vi en el bar fue el domingo por la noche.

—¡Ah, nada, nada! Aquí está él —mintió ella inequívocamente, y colgó.

La mentira la alivió un tanto de la vergüenza que sentía.

Volvió a su puesto de vigilancia en la ventana de la habitación del frente. Esperó durante unos treinta o cuarenta minutos, hasta qué, por fin, a distancia, divisó algo que se acercaba, una masa oscura sobre la blanca cinta del camino. Cada minuto se acercaba más. Por último llegó y, con una rápida vuelta, enfiló hacia el garaje. Traía las luces apagadas y a ella le fue difícil reconocer su propio automóvil. Éste pasó rápidamente frente a la casa. Jacqueline estuvo a punto de correr al dormitorio para mirar por la ventana y ver qué sucedía, pues Gil nunca había conducido a tanta velocidad y con las luces apagadas, cuando la presencia de otro automóvil, que venía tras el primero, la clavó en su sitio.

El segundo automóvil traía los faros encendidos y resultó ser el taxi que a veces, durante el día, andaba por el pueblo llevando pasajeros. Jacqueline lo identificó al oír el ruido que producía y al detenerse el motor con un graznido de protesta frente a la casa. Un hombre saltó de él y dobló corriendo la esquina de la casa, en dirección al garaje. Aquel sí que era Gil. Lo conocía demasiado bien, al correr, al caminar o inmóvil, para que pudiera confundirse con otro.

En el mismo momento, la puerta de alguna de las habitaciones que daban al pasillo se cerró con deliberada cautela, como si alguien acabara de llegar. Jacqueline corrió, pero llegó demasiado tarde para ver cuál había sido, o averiguado por cualquier ruido que siguiera a la entrada en la habitación. Nada oyó.

Cuando Gil subió, Jacqueline tenía la luz encendida en su dormitorio. El rostro del marido estaba pálido, como nunca lo había visto ella.

—¡Cómo! ¿Estás despierta? —dijo malhumorado.

—¡Gil! ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es el que acaba de llegar en nuestro automóvil?

—No llegué a tiempo para verlo. Ya había entrado en la casa. ¿Quién es el que acaba de venir? ¿Lo sabes tú? No lo perdí de vista en todo el camino, pero el taxi no pudo acercarse lo suficiente como para ver quién lo conducía.

—Pero ¿dónde habías dejado tú el coche?

—A la puerta del bar, con las llaves dentro. En el momento en que salía lo vi desaparecer a lo lejos. Afortunadamente, Ben Allbright estaba allí y su carricoche afuera. Saltamos a él y lo perseguimos. Yo no sé adónde intentó dirigirse al principio; pero cuando vio que le seguíamos tomó por un atajo y vino directamente aquí.

—Sí; pero, después de todo, ¿por qué habías salido tú de casa? Nunca lo habías hecho, Gil…

—Quería remojarme el gaznate. Deseaba beber un trago en un lugar donde encontrara gente y no aquí, a solas.

—¿Estuviste todo el tiempo en el bar?

—¡Claro! —dijo él destempladamente—. ¿En dónde, si no, podía estar a esta hora?

—¡Gil! —Jacqueline no tenía al principio la intención de decirle nada, pero ahora tuvo que hacerlo—. Yo llamé al bar hace sólo media hora y tú no habías estado allí —dijo tristemente—. Y tú has estado ausente más de…

Él le lanzó una mirada y luego desvió sus ojos de los de ella.

—Saqué el auto para dar un paseo, y… cada vez que me detenía para meditar un poco sobre la situación, sentía que a distancia, detrás de mí, otro automóvil hacía lo mismo, o, por lo menos, así me lo parecía —se pasó los dedos por la cabeza—. Toda la campiña estaba despierta, vigilante…; se oían reventar los brotes de las plantas, y las estrellas…

—Pero ¿no acabas de decirme que habías ido al bar porque no querías estar un momento a solas?

—Eso fue más tarde…, cuando los nervios me dominaron. Estaba atemorizado.

—¿Por qué te detuviste varias veces en el camino? ¿Por qué tenía que molestarte el paso de otro automóvil a tu lado? Gil, hay algo que no quieres confesarme. ¿Qué es lo que tratabas de hacer? ¿Desembarazarte de algo que llevabas contigo arrojándolo por ahí?

Durante un minuto él se sintió fuertemente aterrorizado y ella, contagiándose, apenas podía respirar. Jacqueline sentía que se le oprimía el pecho. Luego, Gil balbució:

—Quiero pensar. Quiero encontrar un lugar tranquilo para sentarme y pensar. Ese Ward que se nos ha metido en casa me está trastornando.

Dejó caer sobre la tapa de su escritorio algunas de las cerillas que usaba Leona en la cocina, con un gesto ausente, como si no se diera cuenta de lo que hacía.

Gil usaba siempre encendedor; debía de habérsele terminado la gasolina. Este pensamiento rozó fugazmente el cerebro de Jacqueline, sin que adquiriese realmente sentido alguno. Estaba demasiado preocupada por otras cosas.

Un momento después, Gil sacó un cigarrillo y acercó a él un encendedor que produjo enseguida una vigorosa llamita.

Jacqueline seguía pensando en el asunto de los automóviles.

—Gil, ¿quién crees tú que era…?

Él no contestó. De pronto, se arrojó de bruces en la cama. No lloraba, sólo estaba exhausto, emocionalmente agotado.

—Hasta el fin —suspiró—, hasta el fin…

Jacqueline se quedó observándolo durante un momento; pero Gil dejó de moverse, no dio más señales de notar su presencia.

—Por qué tiene que sucedemos todo esto a nosotros? —suspiró ella al tiempo que extendía el brazo para apagar la luz.

VIERNES

Jacqueline estaba sumida en un medio sueño lleno de sobresaltos cuando cierta sensación, como de inminente crisis, la despertó. No había sido por ruido ni movimiento alguno, sino por la tensión acumulada en el ambiente, por la impalpable presencia de un peligro que la amenazaba. Se incorporó y extendió la mano en dirección a la lámpara colocada entre las dos camas, recordando lo de la otra noche y pensando que tampoco ahora encontraría a Gil acostado.

Una sibilante advertencia de éste la detuvo.

—¡No enciendas la luz! ¡Déjala!

Jacqueline fue siguiendo la voz de su marido por la oscura habitación hasta la ventana, iluminada por la luna, y allí lo encontró, agazapado a un lado del marco mirando al exterior. Tan inmóvil estaba, que se confundía con la pared. Ni un músculo en todo él se contraía.

—Gil, ¿qué sucede? —susurró.

Un «¡chis!» le respondió imperioso, pero no más alto que el leve escape de vapor de la válvula de un radiador.

—¡Gil! —repitió ella.

Esta vez él no dejó escapar ni un sonido; ni siquiera demostró de algún modo que la hubiese oído.

Jacqueline puso los pies en el suelo, se levantó y se acercó lentamente a su marido.

El escape de vapor se volvió a oír:

—¡Chis! ¡Vete de aquí! ¡No quiero que él me vea!

En medio del silencio llegó, desde abajo, un ruido metálico, aunque leve y cauteloso. Tan leve que apenas se percibía a pesar del silencio de la noche. Jacqueline se acercó más y se puso a mirar sobre el hombro de Gil. El blanco oblongo de las puertas del garaje apareció ante sus ojos. Contra ellas se dibujaba una figura borrosa, una sombra que se movía casi imperceptiblemente. De allí provenía el sonido metálico.

—Si abre el garaje y entra… —masculló Gil a su lado.

Jacqueline desvió su mirada y observó sobre el hombro de Gil lo que éste sostenía en la mano. A la luz de la luna resplandecía. A pesar de la tensión nerviosa, Gil lo empuñaba con firmeza, con tanta firmeza que estaba absolutamente inmóvil, apuntando sobre el antepecho de la ventana a la figura borrosa que se destacaba contra la puerta del garaje.

—¡Gil!

Su anhelación de terror pareció llenar la habitación con un sonido semejante al de una ráfaga. Ella sabía que tenía un revólver, pero llevaba años guardado. Gil debía, pues, de haberlo sacado en aquel acceso de cólera que lo había llevado a plantarse allí, en la ventana, mirando fijamente afuera.

—¡Gil, eso no!

Jacqueline hizo un movimiento para hacerle bajar el arma.

Él la rechazó bruscamente, sin volver siquiera la cara ni desviar los ojos de su blanco.

—¡Apártate, te digo! ¡Vete de aquí! Si abre la puerta, tiraré a matar…

Pero eso sería un asesinato, lo que tanto había temido el lunes y que por poco no había ocurrido. Ella no podía comprender los motivos de la actitud de su marido. Tal vez el hecho de que tratara con tan atrevida decisión de impedir la entrada de aquel hombre al garaje obedeciera a que había ocultado allí el dinero. En realidad, tenía la ley de su parte, pero…

Jacqueline observó su cuerpo agazapado, como el de quien se apresta a lanzar algo. En este caso era la muerte.

—¡Gil! ¡No, no lo hagas! ¡No dispares contra nadie en la oscuridad!

Esta vez la rechazó con fuerza hacia atrás, para librarse de ella. No sabía lo que hacía, pensó Jacqueline, ni se daba tampoco cuenta de que era ella la que estaba allí. Gil estaba trastornado.

Jacqueline comprendió que debía hacer algo para detenerlo, para evitar que sucediera aquello. El ruido metálico llegaba *in crescendo*, como si quien lo producía estuviera a punto de lograr su propósito. Jacqueline cruzó descalza la habitación y tanteó en la pared, cerca de la puerta.

—¡Gil, retírate de ahí! Voy a encender la luz.

Cuando él se volvió era demasiado tarde. Se oyó el ruido de la llave y la habitación se inundó de una luz deslumbradora. La ventana debió de dejar pasar un enorme haz de alarmante luz, como un ojo feroz que espanta a los merodeadores. Por el camino se oyó un estrépito de pasos en retirada, y en el momento en que Jacqueline llegaba a la ventana ya no se dibujaba sombra alguna contra la puerta del garaje.

—¿Quién era?

—No sé…, no alcancé a verlo.

«Por lo menos, aún está vivo», pensó Jacqueline.

—¡Gil, dame eso!

La joven lo cogió desprevenido y de pronto se encontró con el arma en sus manos. En el primer momento no supo qué hacer con ella. Luego se dirigió al guardarropa, lo abrió de par en par e introdujo el revólver en la bolsa de la ropa sucia. Después echó la llave al ropero.

—¿Entró en la casa?

—Creo que sí, aunque desapareció hacia el sótano. Quienquiera que fuese, ya debe de haber subido la escalera y estará a salvo en su habitación.

Ella hizo un movimiento como para abrir la puerta y escudriñar el vestíbulo a oscuras.

—¡No, no abras! —exclamó Gil—. ¡No salgas! ¿Qué importa ahora saber quién era?

La reacción se produjo. La tensión a que ambos habían estado sometidos momentos antes debió de haber sido terrible, pues Gil temblaba como un azogado.

—Lo intentará de nuevo mañana a la noche, o pasado mañana. ¡No puedo más! ¡Me largo de aquí ahora mismo!

Era inútil tratar de apaciguarlo. Jacqueline se daba cuenta. Gil estaba al borde del frenesí. Por un instante, ella estuvo tentada de decirle: «Llamemos a Ward enseguida. Confesémosle lo del cheque, restituyamos el dinero y terminemos de una vez con esto. Cualquier cosa es preferible a esta pesadilla».

Pero se contuvo; ya no podían hacerlo, era demasiado tarde. ¿Qué pena le correspondería al que hiciera lo que había hecho Gil? ¿Diez años? Toda su entereza se desvaneció ante esta idea. Y no era solamente eso. Un crimen oscuro estaba tan estrechamente unido a lo del dinero que no había forma de separar ambas cosas. Gil no podía sufrir el castigo del primer delito sin sufrirlo también por el segundo.

Mientras tanto, Gil se anudaba la corbata, se ponía el abrigo nerviosamente.

—¡Vamos, ponte algo encima!

—Pero, Gil, ¿te has vuelto loco? Pensemos un poco las cosas antes de dar un paso semejante. ¿Adónde podríamos ir a esta hora?

—A cualquier parte. No importa dónde, con tal que nos alejemos de aquí. A Nueva York…, allí nos perderemos fácilmente.

—Pero ¿no ves que haciendo eso nos echamos toda la culpa encima?

—Bueno, ¿vienes conmigo o no? ¿Vas a dejarme marchar solo cuando más te necesito?

—Tú no me necesitas para *esto*. Maldita la ayuda que te prestaré si…

—¿De modo que en esto quedan todas tus promesas? ¿Qué es lo que nos ata ahora a todo esto? ¿Estás de parte de él o de la mía?

Durante un instante, Jacqueline no comprendió a quién se refería.

—¡Claro, se muestra tan amable contigo! No te quita los ojos de encima, ya me he dado cuenta. Tarde o temprano todos hacen lo mismo contigo. ¿Por qué iba a ser él menos que los demás? Está bien, quédate con él; así te verás libre de todo cargo.

—¡Oh, qué tonto eres! —Jacqueline lo hizo callar colocando su índice sobre los labios de él—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿No eres capaz de confiar en quien tanto te ama? Hasta el fin —susurró, mirándole con los ojos humedecidos—, hasta el fin… Si eso es lo que tú quieres, iré contigo.

Él ni siquiera le dio las gracias.

—¡Vístete! Yo iré abajo a ver si puedo sacar el automóvil sin hacer ruido. Te esperaré en el camino, debajo de los árboles, donde no puedan vernos. No tardes —dijo, y salió cerrando la puerta sigilosamente.

Jacqueline se vistió rápidamente.

«¿Por qué? —se preguntaba una y otra vez—. ¿Por qué todo esto tiene que terminar así? ¿Qué he hecho yo?».

Gil se mostró diestro, tan diestro como un asesino que huye amparándose en las sombras. Ella oía el ruido de las gomas al rodar sobre el camino, hacia la carretera. Probablemente estaba empujando el automóvil, agarrándolo por la portezuela y maniobrando al mismo tiempo el volante.

Jacqueline apagó la luz, cruzó el vestíbulo a oscuras hasta la escalera. Alguien roncaba en una de las habitaciones. «No te quita los ojos de encima, ya me he dado cuenta». Hizo algo en sus ojos con el dorso de la mano, bajó la escalera con precaución y salió de la casa.

El automóvil era una sombra oscura que la esperaba debajo de los árboles. Al acercarse Jacqueline, la luz del faro trasero se encendió, tiñendo el camino de rojo, como si fuera una mancha de algo derramado.

—¡Listo! —murmuró Gil roncamente, al sentarse ella a su lado.

«¡Esto es huir! —se dijo Jacqueline cuando la noche comenzó a deslizarse tras ellos—. Huir de algo que no hemos hecho».

El río que bordeaban parecía una pieza de satén desenrollándose perennemente en la noche. Lo seguirían en todo su curso. Se dirigía a la ciudad, supuso ella, a ocultarse, a perderse en el anonimato de sus conejeras. La ciudad, el inevitable refugio de todos los fugitivos.

Por primera vez desde que había entrado en el automóvil y abandonara su dormitorio, Jacqueline habló:

—Gil, ¿de qué huimos?

Él no contestó. Ella había hablado en voz baja y podía pensarse que él no la había oído. Pero Jacqueline sabía que sí. Luego, el ardor de la huida se aplacó un tanto, imperceptiblemente. Fue varios minutos después, como si eso no tuviera nada que ver con la pregunta que ella había hecho, pero ella sabía que sí lo tenía. La respuesta era aquélla, la levísima disminución de la tensión inicial, esa irrupción de la vacilación en el manejo del automóvil.

Jacqueline dijo:

—Gil, detengámonos un momento; quiero bajar.

—¿Para qué?

—¡Déjame bajar un minuto! No hay nadie por aquí, nadie nos sigue.

A un costado del camino había una cerca. Gil detuvo el automóvil y ella descendió y se encaminó a aquélla. Cuando llegó, se detuvo y se puso a mirar el prado que se extendía delante. Pero, realmente, no lo veía.

Gil pareció comprender. No le preguntó qué era lo que miraba. Se quedó observándola desde su asiento, con los ojos clavados en la espalda de Jacqueline.

Luego, viendo que ella se esforzaba por subir a la cerca, de espaldas, con la cara vuelta hacia él, Gil bajó del coche y la ayudó. Después se quedó a su lado. Ella bajó su mirada hacia él. El motor

del automóvil siguió ronroneando al otro lado del camino, con la portezuela abierta, tal como ella la había dejado.

Jacqueline se estiró la falda con ese instintivo movimiento de la mujer que acaba de subirse a alguna parte.

—Quiero hablar contigo un momento. No puedo hacerlo en el automóvil.

Él se quedó mirándola.

—¿Te imaginas lo que va a ser nuestra vida de ahora en adelante?

Gil desvió los ojos. También él se puso a mirar la pradera.

—¿Quieres de veras que hagamos esa vida?

—¿Qué otra disyuntiva nos queda? —murmuró él con rebeldía.

—Cualquiera.

Gil se puso a sobar uno de los pilares de la cerca como si quisiera alisarlo.

—Te estás volviendo atrás, ¿no?

Esta vez fue ella la que calló. Gil seguía acariciando el pilar.

—Este es tu cacareado «Hasta el fin»…, éste es tu «Hasta que la muerte nos separe»… No duró mucho que digamos, ¿eh? En cuanto tengo las primeras dificultades…

Ella se dejó caer de la cerca y, en pie a su lado, se quedó mirándolo desafiante a la luz de la luna.

—No —dijo Jacqueline con vehemencia—; yo afrontaré sin chistar cualquier peligro que se presente.

—¿Cuál es ese peligro que tú afrontarías? —preguntó él secamente.

—Pero es que hay una contradicción en lo que estamos haciendo. Si tienes un motivo para huir de allá, te acompañaré. Te lo pregunté antes y vuelvo a preguntártelo ahora. Y lo hago porque tú me obligas a hacerlo. Te dije que no podía soportarlo más y sigo diciéndolo. No como antes, tal vez, porque ya ha pasado demasiada agua bajo el puente. Todo lo que tienes que hacer es decírmelo. Volveré a subir al automóvil contigo y te acompañaré a Nueva York o adondequiera que vayas, para afrontar lo que sea. Pero ¡no huyas de los fantasmas!

—Son fantasmas bastante sólidos —dijo él oblicuamente.

—Es huyendo como los estás haciendo tangibles.

—Tú quieres que te repita que yo no lo hice. Todos los días y a todas horas quieres que te repita que no lo hice, como una especie de buenos días o buenas noches. Si una vez no te basta, ¿para qué repetirlo? Tú sabes cuál es la situación que hemos dejado a nuestras espaldas; pero lo que creo que no sabes es cuán terriblemente peligrosa era esa situación. Estás demasiado cerca de mí para que me veas desde fuera. Tú sabes lo del cheque, pues yo mismo te lo dije. También sabes lo de la disputa con Burroughs. Sabes que yo lo llevé solo a la estación, en medio de la noche. Sabes que lo dejé en el andén, aunque no pueda probarlo, que no se le ha vuelto a ver vivo desde entonces. *Que se ha comprobado que no tomó ese tren*. En otras palabras: que hay sólo un vacío de unos seis metros por llenar. Los que había entre el estribo de mi automóvil y el borde del andén. Dejando a un lado mi declaración no probada, y sea lo que fuese lo que le haya ocurrido a Burroughs, tuvo que sucederle en el tiempo que transcurrió desde el momento en que entró en el automóvil al marcharse del rancho hasta la llegada a la estación. En suma, un caso completamente circunstancial, sin la menor grieta ni resquicio. La acusación pende de un hilo sobre mi cabeza. Lo siento, percibo el aire que desplaza al oscilar. Toda la noche, todo el día…

—Pero al huir lo único que consigues es cortar ese hilo.

—En todo caso, eso es preferible a esperar que el hilo se convierta en una cuerda atada a mi cuello. Además, es menos penoso para mis nervios. Yo no creo que tú te des cuenta aún de cuál es el motivo de que esperen todavía, pero yo lo sé perfectamente. Un detalle de la técnica judicial: el hallazgo del cadáver. La posesión del *corpus delictus* es lo único que se interpone entre el arresto y la acusación y yo.

—Las palabras en latín no pueden hacer que lo hayas hecho si no lo has hecho.

—Esta misma discusión entre tú y yo es una prueba de lo que digo. Si no puedo siquiera convencerte a ti, que eres lo más allegado

a mí, ¿cómo puedo esperar convencer a los extraños, llegado el caso?

—Yo no soy un hombre, no comprendo esa lógica que me confunde —dijo Jacqueline con firmeza, pronunciando cada palabra tan separadamente como un profesor de retórica—. ¿Hiciste tú lo que temes que te acusen?

—¡Gracias por tu inconmovible confianza! No, yo no lo maté. Pero no puedo probarlo. No tengo en el mundo posibilidad de probarlo. Por eso quiero huir.

Jacqueline no quedó satisfecha, aunque no hubiese podido decir por qué. Todo se le aparecía aún muy difuso. Si era a causa de lo del cheque o por la manera en que él se comportaba en aquella crisis o por un residuo persistente de duda que quedara en ella, Jacqueline no lo sabía. Algo no estaba claro; eso era todo lo que comprendía.

Empezó a alejarse de él lentamente, siguiendo la cerca en dirección opuesta a la que había seguido con el auto y arrastrando su mano sobre ella.

—¿Adónde vas? —preguntó Gil sin moverse de donde estaba.

—Al rancho.

La distancia entre ambos crecía, paso a paso, iluminada por la luz de la luna.

—¡Jackie! ¡No me dejes! —exclamó Gil rápidamente.

—Si fueras culpable, iría contigo; pero puesto que eres inocente, me vuelvo.

La distancia aumentaba sin cesar.

—¡Jackie! Yo no volveré al rancho… Presiento ya las consecuencias. Tú no sabes todo lo que yo sé; si así fuera, no me pedirías que…

Durante un instante, Jacqueline sintió un conato de reacción, pero no volvió la cabeza. Rápidamente cruzó por su mente la idea de que él había querido referirse a un detalle específico, a un horrible factor adicional desconocido aún para ella. Pero se aseguró a sí misma de que Gil había aludido a la situación en general.

—Yo no te obligo a que hagas nada, Gil. Yo sólo quería saber una cosa, y ya me la has dicho. Ahora, regreso al rancho.

Los pasos de Gil se dejaron oír precipitados, detrás de ella. Muy poco antes de que la alcanzaran, un curioso temor exterior, un temor a alguien que no era su esposo, se cernió sobre ella. Luego pasó.

Gil la agarró del brazo y la detuvo.

—¡Jackie! —dijo guturalmente—. ¡No revuelvas tú también contra mí!

—Puedes hacerme entrar a la fuerza en el automóvil y, si lo quieres, puedes llevarme contra mi voluntad; pero mientras mis pies tengan movimiento propio, me llevarán al lugar de donde hemos salido.

Gil le soltó el brazo.

—Bien, Jackie —dijo suavemente, y se quedó allí, mientras ella seguía avanzando sin cesar.

Le conocía tan bien que podía decir qué estaba haciendo sin necesidad de volverse a mirarlo. Su gesto, allí en pie, y la expresión con que la veía alejarse podía Jacqueline verlos con su corazón.

Era una vergüenza, pensó, abandonar a alguien con quien estaba tan identificada; poner entre ambos la distancia de un camino o de una vida, por un momento o para siempre. No se habían unido para terminar así.

Gil se hacía cada vez más pequeño a su espalda —lo sabía sin necesidad de mirarlo—, y ella se iba achicando también para él. Ya no podían seguir hablándose: «¿Por qué no me voy con él? —pensó ella—. Gil es mi marido». Pero no se hubiera podido volver atrás aun cuando lo hubiese querido: algo más poderoso la impulsaba. Tal vez, por extraño que parezca, era el amor que por él sentía, en su más puro sentido, lo que la inducía a alejarse ahora de él.

Era un camino muy largo. Todos los que separan lo son, supuso ella. Un recodo que tenía ante ella la ocultaría a los ojos de Gil. No obstante, lo dobló. Siguió su marcha siempre sin volver la cabeza. ¿Qué era lo que iba a ver? ¿Un hombre que huía antes de ser acusado? No valía la pena volver el rostro para eso.

«Hubiese soportado mejor a un asesino —pensó—. Hasta el crimen tiene cierta maligna dignidad; en cambio, esto es pura ignominia».

El recodo quedó atrás. Sus ojos estaban ahora cuajados de lágrimas y no hubiera podido ver claramente a Gil aunque lo hubiese tenido delante. ¿Qué era peor, se preguntaba: estar casada con un cobarde o con un asesino confeso?

El paisaje nocturno se le aparecía como una figura humedecida. Jacqueline no vio el suelo cambiar de color ni resplandecer a su lado, al ser barrido por la luz de los faros delanteros. Luego, de pronto, la portezuela del automóvil chirrió a su lado y oyó la voz de Gil que le decía con blanda ternura:

—Sube, Jackie. No es preciso que vuelvas a pie. Yo te llevaré.

Ella se volvió bruscamente, subió al auto y se acurrucó a su lado, todo en un solo impulso.

Ninguno de los dos dijo una palabra. Era uno de esos momentos demasiado llenos de emoción para malograrlos con palabras. Y por primera vez desde que todo aquello había comenzado —por última también—, el crimen y todas sus consecuencias y ramificaciones dejaron de importarles, pasando a segundo término. Todo lo que les importaba era ellos mismos.

Jacqueline tomó la mano de Gil, que descansaba sobre el volante, y la llevó a sus labios, apretándola contra ellos fervientemente, en silenciosa gratitud.

«Por lo menos tengo esto aún —pensó amargamente—, y suceda lo que suceda». El amor que él tenía era más grande que su deseo de huir, y por muchos defectos que él tuviese, fuera lo que fuese lo que hubiera hecho, este momento valía por sí solo el que se hubiese casado con él; pues ¿qué era en última instancia el matrimonio sino la esperanza de hallar esa clase de adhesión?

Un instante después de haber entrado en el automóvil, y casi antes de haber recorrido el largo de un coche, otros faros delanteros resplandecieron a su lado, pero en dirección contraria. Rápidos, seguros e implacables. Hubieran alcanzado a iluminar cualquier

objetivo del camino a muchos kilómetros. De pronto, los frenos chirriaron y el automóvil que había pasado de largo ejecutó un rápido viraje que lo hizo volverse en dirección a ellos y bloquear en parte el camino.

Era un coche de la policía, ocupado por cuatro hombres cuya mirada demostraba que hasta hacía un momento habían abrigado un sombrío y definido propósito. El hombre sentado junto al conductor era Ward, quien con el codo fuera de la portezuela los miraba calculadoramente.

—¡Oh! ¿Conque son ustedes? —preguntó con tono indiferente.

La cabeza de Jacqueline se irguió un tanto.

—¿Sucede algo, mister Ward? —inquirió con estudiada suavidad.

—No. Sólo quería saber por dónde andarían ustedes, nada más.

Jacqueline se inclinaba hacia el parabrisas, con aire desafiante.

—Fuimos a dar un paseo a la luz de la luna. ¿Está prohibido acaso?

—¿Por qué va a estarlo? —protestó el policía.

Jacqueline introdujo su brazo debajo del de Gil y se acercó más a él desde el hombro hasta la cadera, como para hacer más aparente su identificación con su marido, su inseparabilidad frente a cualquier amenaza.

—Sigamos, Gil —dijo en un tono ligeramente agudo, como para que fuera escuchado por otros oídos además de los de su marido—. No hay motivo para que nos detengamos más tiempo aquí. ¿Quieren hacer el favor de apartarse un poco para que podamos pasar?

Cuatro pares de ojos estaban posados en ellos cuando pasaron frente al parachoques del automóvil de la policía.

«La valentía —no pudo dejar de pensar— da siempre su fruto».

SÁBADO

Al abrir los ojos, la primera impresión de Jacqueline fue producida por un delgado y alegre rayo de sol. La claridad y la alegría del sol estaban ahora presentes en el aspecto físico de la habitación. Pero pronto se desvanecieron, barridos por el recuerdo, al despertar su memoria. Se llevó una mano a la frente con gesto de desesperación. Cinco veces ya, se había despertado con esa angustia, desde que aquella nube se había cernido sobre el rancho. Cinco veces en aquella misma habitación.

¿Cuánto duraría todavía?, se preguntaba. Jacqueline se sentía al final de sus fuerzas. Sus sensaciones no eran tanto de temor como de tristeza y de impotencia. La situación iba minando su coraje y ella no quería rendirse. Era mejor sentirse agudamente aterrorizada que sucumbir a esa especie de trampa fatalista.

Miró a Gil. Éste dormía aún.

La noche anterior habían estado al límite. No porque Ward hubiese aparecido tan inopinadamente, sino por haber llegado casi a la separación. ¿Qué hubiese sucedido si él no se hubiera vuelto atrás con ella? ¿Dónde estaría Gil ahora? ¿Dónde estaría ella? El peligro por el que acababan de pasar había estado a punto de vencerlos. No debían permitir que volviera a amenazarlos, aunque sólo fuera por aquella razón. Debían impedir que causara su ruina.

Se vistió silenciosamente para no despertarle y bajó. Empujó la puerta de la cocina con la palma de la mano, sólo lo suficiente para decir:

—Café solo para mí.

Leona levantó hacia ella los ojos del diario del día anterior, que estaba prácticamente aún sin abrir, pues ella le había sacado la faja en aquel momento.

—Se conforma usted con poco para su desayuno. ¡Ojalá todos fueran como usted!

—¿No ha bajado nadie aún? —preguntó cuando Leona se acercó a la mesa para servirla.

—Sólo ese huésped nuevo —Leona había enfundado de nuevo el diario en su faja y lo colocó sobre la mesa, en el sitio que habitualmente ocupaba Gil—. Mistress Blaine, ¿es él un huésped que paga?

—¿Qué te hace pensar que no lo sea?

—No sé…, a mí me huele a policía.

Jacqueline sonrió a pesar del decaimiento de su ánimo.

—Bueno; si fuera un policía, ¿te irías de aquí?

—No, señora —negó vigorosamente Leona—; pero con seguridad no me tomaría tanto trabajo en prepararle el desayuno —revolvió entre los cubiertos—. Siempre está haciendo preguntas. Cada vez que baja me tiene aquí, al lado de la mesa, haciéndome preguntas acerca de todo el mundo. A veces estoy tentada de decirle: «¿Qué cree usted que soy yo? ¿El Servicio de Información?». Realmente, sólo hay una persona aquí acerca de la cual no me ha interrogado.

—¿Quién es?

—Usted.

Jacqueline sabía antes de hacer la pregunta cuál iba a ser la respuesta. Ésta no le produjo gran satisfacción.

—Tal vez no me crea bastante importante para eso —murmuró débilmente—. ¿También hace preguntas acerca de… —Jacqueline bebió un sorbo de café para darse un respiro— mister Blaine?

—¿Que si las hace? ¡A momentos!

Inmediatamente después Jacqueline dejó languidecer la conversación. Cuando Leona volvió por segunda vez para ofrecerle más café y comenzó a decir algo, adoptó el aire de una severa ama de casa, papel que hasta entonces jamás había intentado asumir, e impuso silencio a la cocinera con un vago movimiento de la mano.

—No quiero más café, Leona. Estoy pensando algo…

Leona salió de puntillas, lanzando a Jacqueline desde la puerta una mirada de extrañeza, como si esperara ver una especie de fuego de San Telmo brillando sobre su frente.

De modo que, en efecto, abrigaban fuertes sospechas sobre Gil. Eso ella ya lo sabía; no necesitaba esta nueva prueba. La rapidez con que Ward había aparecido pisándole los talones la noche anterior demostraba cuán de cerca era vigilado. Y cuanto más se demorase, peor sería.

Jacqueline golpeó con un puño en el borde de la mesa. «Gil tiene que librarse de esto. Entre él y yo debemos conseguirlo».

¡Era tan fácil decirlo! ¡Y tan difícil llevarlo a cabo! Arrojó con fuerza su servilleta sobre la mesa, se levantó y salió al aire libre. Se alejó de la casa caminando lentamente, cruzando el camino hasta la cancha de golf y siguiendo después un sendero que serpenteaba entre árboles. Apenas se daba cuenta de los finos rayos de sol que caían sobre ella por entre el espeso follaje.

Llegó a una especie de calvero tapizado de hierba, donde sabía que nadie iría a molestarla, y se dejó caer en el suelo, apoyando la cadera y el codo y encorvando una pierna. Encendió un cigarrillo, que después no fumó.

Por lo general, Jacqueline no era caviladora. Tampoco había tratado de parecerlo. Le iba, pues, a resultar difícil. Pero éste era un problema cuyos factores eran *personas*, lo que no lo hacía tan abstruso como esa otra clase de problemas que interesan a matemáticos e ingenieros, y cuyos términos son números y fórmulas abstractas. Después de todo, las personas se parecen bastante entre sí y ella misma era una persona, de modo que la cosa no debía resultar tan imposible si le dedicaba suficiente atención.

Trató de abrir la brecha en el asunto y entrar de lleno en él. En primer lugar, estaba el misterio relacionado con la desaparición de Burroughs. Era inútil que intentara enfrentarse a él; lo sabía y desistió de probar. Eso era precisamente lo que había llevado allí a Ward, y si éste y todos los desconocidos subordinados suyos que debían de estar trabajando con él se hallaban desorientados, ¿qué probabilidad tenía ella?, pues se hallaba en la cama cuando posiblemente aquello había ocurrido, de modo que su conocimiento del caso era indirecto.

Pero había un misterio secundario concerniente a Gil —y, por tanto, a ella también—, en el que tal vez pudiera penetrar. Aquí había *algo* que se le escapaba cada vez que estaba a punto de encontrarlo. ¡Si ella pudiera echarle mano y sacarlo a plena luz!…

Se relacionaba con Gil, ella y el automóvil de ambos. Primero: alguien había tratado de forzar la entrada del garaje la otra noche. Pudo muy bien haber sido el mismo Ward, en cuyo caso el hecho se explicaba por sí mismo y no valía la pena considerarlo. Segundo: alguien había robado a Gil el automóvil, aunque lo había traído de nuevo a la casa. Ahí estaba el quid del asunto. ¡Ah, si ella pudiera comprender! Con toda seguridad, ese alguien no era Ward, porque ella había oído a éste roncar en su dormitorio, justamente instantes antes de que el automóvil fuera traído de nuevo.

Bueno, ¿qué había de particular en esto del auto? ¿Qué pieza del rompecabezas representaba el automóvil?

Tomó un puñado de piedrecillas y se puso a jugar con ellas, lanzándolas una a una al aire, y recogiendo otra del suelo antes de recibir la primera. Eso parecía facilitarle la tarea de razonar.

¿Había manchas de sangre en el automóvil? ¿No habría tal vez orificios producidos por proyectiles en los cojines de los asientos? No, pues ella misma había estado en el automóvil después del domingo y lo hubiese notado. No debía de ser eso. Pero debía de existir algún motivo para que, quienquiera que fuese, tratase de apoderarse de él.

Bien, pues, *¿qué había* de particular en el automóvil? ¡Nada, que no lo encontraba! Últimamente el carburador les había ocasionado inconvenientes. Además, una nueva mano de pintura no le habría venido mal y Gil había perdido la llave del…

Se detuvo repentinamente, apretando una piedrecilla en la mano. Hasta cerró fuertemente los dedos sobre ella. Consideró de nuevo la idea para cerciorarse de que no ofrecía dudas: la llave de la maleta del coche se había perdido; de eso hacía días.

Arrojó la piedra de la mano con un rápido movimiento. ¿Y si no se hubiese perdido? ¿Y si alguien la hubiese robado deliberadamente?

Gil solía dejarla puesta en la cerradura. Era muy despreocupado en este sentido. Muy bien; supongamos que sea así. Entonces, lo primero que debía hacer era…

¿Por qué? ¿Por qué o para qué necesitaba nadie la llave de la maleta del coche y no *el automóvil mismo*?

¡Ésa era la cuestión! Ahora se estaba aclarando. Se presentaba maravillosamente. Casi temía que al respirar cortara el hilo de sus ideas. El desconocido también deseaba el resto del automóvil. Primero había sustraído la llave de la maleta, después había tratado de apoderarse del auto. Eso explica el intento de forzar la puerta del garaje y explicaba la extraña carrera con el automóvil cuando lo restituyeron a su lugar.

Bien; si se habían apoderado de la llave, ¿por qué no se habían llevado al mismo tiempo el automóvil, terminando así de una vez? Había una diferencia de posibilidades. La llave podía ser robada en cualquier momento y a la luz del día casi sin peligro alguno de ser descubierto, pero el automóvil era otra cosa; tenía que ser de noche.

Luego, ¿qué es lo que querían hacer con el automóvil?

Transportar algo. Eso debía de ser. No era el automóvil en sí lo que querían, sino su posesión temporal para transportar algo secretamente, algo que no podía ser llevado a la luz del día, algo aún no descubierto y sólo conocido del hombre, quienquiera que éste fuese, pero que debía ser llevado a alguna parte secretamente, sin pérdida de tiempo, pues de otro modo se exponía a ser descubierto, dondequiera que estuviese ahora.

El conocimiento, la certeza de lo que ese algo debía ser la hizo ponerse en pie de un salto, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Estaba tan horripilada que hasta se olvidó del goce que le produjo su proceso mental, mientras había permanecido allí tendida sobre la hierba. Era como si al restregar un espejo, repentinamente hubiese visto reflejada en él una visión horrible; como si al dar vuelta a una piedra hubiese aparecido algo repugnante. Se quedó rígida, en pie, temblando leve pero perceptiblemente, como si una ligera brisa agitara su vestido.

Había resuelto el misterio secundario. Y dentro de ese misterio estaba la clave del otro, del misterio principal, como esas cajas de laca contenidas una dentro de otra hasta que, pasando por varias, se llega a la última. Y la llave lo era tanto en sentido figurado como en sentido literal. Y la llave era la de la maleta de su automóvil.

Se quedó inmóvil durante un minuto, en pie, poniendo en claro sus últimas conclusiones. En otras palabras: quienquiera que tuviese la llave de la maleta sabía dónde estaba en ese momento el cuerpo de Burroughs. Y quienquiera que fuese el que lo supiera, era al mismo tiempo la causa de que el cuerpo estuviese donde estaba; en una palabra: era el asesino.

Era obvio, pues, que el que estuviera en conocimiento de tal hecho y fuera inocente no habría vacilado en ponerlo en conocimiento de Ward y de los demás. Por tanto, la llave conducía directamente al asesino. La posesión de la llave equivalía a la culpabilidad. En consecuencia, el paso siguiente, en realidad el único que quedaba, era registrar las habitaciones y los efectos personales de todos los habitantes de la casa hasta dar con ella. La llave debía de estar aún por ahí, pues el objeto para el cual la habían robado no había sido conseguido aún. Dondequiera que estuviese escondida era por obra de manos humanas, no de magia negra, y manos humanas podían dar con ella.

Jacqueline ya no permanecía inmóvil. Corría ahora por el sendero manchado de sol, con su falda tremolando como un gallardete, como si su vida dependiera de ello. En efecto, dependía o equivalía a ello, pues allí residía la salvación de Gil…

Una mancha de color en la lejanía le señaló a Irene y a su profesor de golf. Cortó a través del aterciopelado césped, atravesó el camino y penetró rápidamente en la casa dejando caer tras ella la cortina de tela azul de la puerta.

Ward. Su primer objetivo era Ward. Debía decírselo inmediatamente. Para eso estaba allí. Él sabría cómo arreglárselas, cómo buscarla en el menor tiempo y lo más concienzudamente posible, mucho mejor que ella. Una o dos gotas de fría duda cayeron

sobre Jacqueline al atravesar el vestíbulo: «Si yo tengo razón, ¿cómo es que a él no se le ha ocurrido ya? ¿Seré yo tan inteligente?». Se sacudió esa idea como si realmente se hubiese tratado de agua helada. Tenía ahora una visión clara del asunto, aunque no había sido fácil llegar a ella. No se iba a dejar enredar en apreciaciones.

Leona era ahora, como siempre, la que corría con el manejo del establecimiento. Pensó en ella como el camino más corto.

—¡Leona! ¿Dónde está el nuevo huésped?

Leona estaba pelando habas, abriendo las vainas con su índice y hablándoles al mismo tiempo:

—¡Vamos, afuera todas! ¡Última estación! —levantó los ojos—. Fue al pueblo. Lo sé porque después de salir regresó y se puso la chaqueta antes de marcharse nuevamente. Y no va a venir a almorzar. Lo sé porque sacó dos manzanas de mi frutero del aparador y se las metió en el bolsillo.

El corazón de Jacqueline dio un vuelco. No era conveniente ir a buscarlo. Podían ser vistos juntos al regreso y aquello había que hacerlo con la mayor cautela. Ella misma, pues, tendría que hacerlo. Gil tal vez…

—¿Dónde está mister Blaine?

—Salió a dar un paseo poco después de marcharse usted, pero en sentido opuesto, en dirección a las colinas. Son ustedes el matrimonio más desunido que yo haya visto jamás.

Sola, entonces. Disponía de una hora antes del almuerzo. Instintivamente eligió a Irene como la primera. Quizá porque Irene era una mujer. Le sería más fácil saber dónde buscar, aunque en cierto modo el miedo no fue ajeno a su decisión. Tenía menos temor de Irene que de los hombres. No la asustaba particularmente Bud Arden, pero por primera vez se dio cuenta de que siempre había sentido miedo de Carman. Hasta entonces no lo había observado. Algo había en aquel hombre… Y, por último, la oportunidad era más favorable en aquel momento en el caso de Irene. Arden apenas abandonaba su habitación; tendría que esperar la oportunidad. El

sábado por la mañana era cuando Irene tomaba su interminable lección de golf. Aquellas famosas lecciones.

Pensó que la había visto en el campo de golf, pero creyó más conveniente tener la corroboración de Leona.

Ésta le dijo cínicamente:

—Sí…, está en el golf. Pero no me parece que todo se reduzca a lecciones de golf… Media hora después de pasar por el vestíbulo apestaba aún su perfume.

Jacqueline subió la escalera y marchó a lo largo del vestíbulo, como si se dirigiera a su dormitorio. Luego, al llegar frente a la puerta del cuarto de Irene se detuvo, dio media vuelta y entró, como si sólo entonces se le hubiese ocurrido la idea.

El perfume a que Leona se había referido estaba aún allí, impregnando el ambiente. Miró a su alrededor, poseída de un sentimiento de impotencia. ¡Era una cosa tan diminuta la que buscaba!… ¡Y las cosas de Irene eran tantas!…

Jacqueline pensó: «Las mujeres solemos hacer todas más o menos lo mismo. Los hombres, por lo general, no. Si *yo* tuviera algo que quisiera ocultar, ¿dónde lo pondría?».

Después de un momento se dirigió sin vacilar a la polvera y revolvió en ella hasta el fondo.

No estaba allí.

Volvió al centro de la habitación y se quedó nuevamente pensando, inmóvil. «Si no hubiese pensado en ese lugar, ¿cuál otro se me habría ocurrido?».

Esta vez se dirigió al frasco de sales para baño.

Tampoco estaba allí.

Intermitentemente, en el curso de ese proceso, Jacqueline pensaba: «¿Sería Irene capaz de matar a alguien? Por amor o por celos, con toda seguridad, sin vacilación. Era muy propio de su temperamento. Pero ¿a un *viejo*, a un hombre que le fuera físicamente indiferente? Burroughs sabía algo acerca de ella y era

amigo íntimo de la familia venezolana de su ex marido. Todo cuanto Irene poseía era la pensión que le pasaba en cheques mensuales. Además, envejecía. Nunca volvería a tener una buena racha como aquélla. La gente es capaz de cosas increíbles cuando se ve amenazada en su situación económica, cuando su única fuente de recursos está en peligro de ser cortada de repente».

Jacqueline no estaba aún segura. Era una cosa que ninguna mujer podía contestar por otra. Algo en lo que hombres y mujeres no entraban como tales, sino como individuos, y entre éstos no había dos iguales.

En veinticinco minutos había terminado. No había registrado la habitación como lo hubiese hecho un detective. Quedaban partes enteras a las que ella ni siquiera se había acercado. Pero estaba mucho más segura de lo que lo hubiese estado un detective de que la llave no estaba allí. Ella era mujer y la ocupante de la habitación también.

Tuvo que esperar después del almuerzo para registrar la habitación de Carman. El sábado por la tarde lo dedicaba éste generalmente a su acicalamiento en la peluquería del pueblo. Cuando le vio salir sabía que estaría ausente durante varias horas.

Cerró la puerta y miró en torno. Aquí se veía entregada a sus propios medios; no podía apelar a la psicología femenina para que viniera en su ayuda. Pero en compensación, como la mirada de los hombres es menos perspicaz, resultaba menos probable que Carman notara el inevitable cambio de posición que el registro causaría en sus cosas.

Desechó los cajones de los muebles por demasiado simples. Su ropero estaba cerrado con llave, pero Jacqueline lo abrió fácilmente con un duplicado que poseía. Se asombró ante la cantidad de ropa que Carman tenía; el guardarropa estaba atestado de trajes de todos los tejidos y colores imaginables, entre ellos muchos que se veía no se los había puesto nunca, pues tenían todavía las mangas

llenas de papel *crêpe*. Jacqueline registró todos los bolsillos de cada traje.

En el fondo del guardarropa había dos maletas, una grande y otra mediana. La grande estaba abierta y casi vacía. Seguramente debía de haber contenido algunos de aquellos trajes. La segunda estaba cerrada, pero con ayuda de una horquilla logró abrirla, después de media hora de paciente aplicación.

Contenía cierta cantidad de amarillentos recortes de periódicos, a la manera de relleno de caja de bombones. Tomó uno al azar y leyó algunas palabras. El cuerpo de un hombre llamado Pinky Halloran había sido hallado bajo un puente. No leyó más, ni tomó ningún otro recorte. Eso no tenía nada que ver con ella. Hurgó entre los recortes y se topó con una libreta bancaria extendida en Miami, Florida. En ella había sólo una anotación: sesenta mil dólares acreditados en la cuenta de Joseph Miller. Nada después, ninguna extracción, ningún depósito. Encontró otra de un banco de Arkansas y una tercera extendida en La Habana, Cuba. No las abrió para examinar las cuentas.

Un objeto pesado abultaba en el fondo de la tapa de la maleta. Lo desprendió e introdujo la mano. Sacó un revólver que parecía de juguete; podía imaginarse que apretando el gatillo fuese a salir un cigarrillo. Pero no lo apretó. Algo metálico se oyó cuando lo volvió a guardar y esta vez descubrió llaves.

Eran casi del mismo tipo. Cada par de llaves tenía atado un disco de cartón en el que había números escritos con tinta. Eran llaves de cajas de seguridad. Sólo una de ellas era de tipo diferente. Parecía de la puerta de un apartamento. ¿De cuál?

La llave de la maleta del automóvil no estaba entre ellas. Jacqueline la conocía bastante como para saberlo, y si no estaba allí, con las demás llaves, era que no la tenía.

Salió del cuarto y cerró la puerta con la curiosa sensación de haber presenciado unas cuantas escenas turbias de una película anticuada.

Aquélla era la única forma de sacarlo de allí: tan apegado estaba a su habitación. Ella escuchaba desde abajo mientras Leona llamaba a su puerta para anunciar:

—Acaban de avisar de la oficina del telégrafo del pueblo que han recibido un mensaje para usted… Como tienen sólo un mensajero y éste está enfermo, tendrá que ir usted mismo a buscarlo, según dicen.

Leona bajó contoneándose como un pato, se detuvo un momento en la puerta para hacer un elocuente guiño a Jacqueline, al tiempo que le decía:

—Esto lo hará salir, va a ver.

Era una crueldad, si bien se miraba. Jacqueline alcanzó a ver su rostro cuando Arden pasó frente a la sala de estar, donde ella estaba sentada. Vio la desconfianza en lucha con la esperanza repetidamente defraudada. Repetidamente defraudada, pero valientemente reanimada. ¿Algún contrato demorado? ¿Algún editor visitado hacía años que se hubiera arrepentido ahora y acordado de él? Cuando llegara a la oficina del telégrafo ya tendría la respuesta formada en su imaginación. Sí, era cruel en cierto modo. Pero también los últimos seis días habían sido crueles para Gil y ella.

Allí estaba la máquina de escribir que descansaba desde que la llave se había extraviado, hacía tres años. Allí estaba el famoso rimero de hojas de papel que nunca disminuía. Su ropero tan vacío como lleno el de Carman. Una o dos prendas apolilladas, simbolizando las no empleadas prendas de carácter de las que ella se había acordado tan a menudo. En un rincón, una botella envuelta en una vieja camisa de franela.

Su desvencijada maleta se abrió fácilmente, casi sin tocarla. Contenía solamente cosas sin valor, desechos del pasado, justamente como en el caso de Carman, aunque de distinta clase. Desechos de negativas. Una hoja azul impresa que comenzaba diciendo: «Esta Editorial lamenta…». Algunas papeletas de empeño vencidas. Una hoja del mismo papel abandonado junto a la máquina

de escribir. Esta aún más ajada, con seis palabras escritas a máquina en dos líneas, en la parte superior.

LA GLORIA FUTURA
por Bud Arden

y abajo, nada. Eso era todo; un título y el nombre de alguien que debía haber escrito la historia.

Jacqueline encontró una llave. Primero al tacto, mientras sus hurgadores dedos enviaban un emocionante mensaje a su corazón. Un par de calcetines enrollados en un rincón de la maleta. Luego pudo verla cuando deshizo el rollo y lo sacudió. Extrañamente chata, de forma de arpa, recordaba la llave de un piano. No era la llave de la maleta del coche.

Con ella en la mano, se dirigió en un impulso a la máquina de escribir, levantó el herrumbrado disco protector de la cerradura, introdujo la llave y la tapa se abrió.

Había estado escondida en la punta misma del calcetín antes de que aquel par fuese enrollado, y no había ocurrido así por casualidad. El mismo Arden la había ocultado allí.

Un mecanismo defensivo. El fracaso tratando de impedir la conciencia de sí mismo.

Esta vez su repentina detención al avanzar a lo largo del vestíbulo, empuñar el picaporte de la puerta y abrirla no fue una comedia, sino una súbita inspiración. No sospechaba de él, pero era una de esas ciegas Némesis de quien ella y Gil debían temer. Tal vez obedecía aún al mismo impulso que la llevó a efectuar sus registros anteriores. Quizá fue la idea de que ahora no quedaba nadie en toda la casa que tuviera un motivo justificable para ocultar la llave y todo lo demás que tal ocultación implicaba, pues sabía que ella no la tenía; Ward era un policía, y no podía haberse apoderado de la llave si no era para hacer uso inmediato de ella, Marsh no tenía nada que ganar

con la muerte de su patrono, ya que el puesto de secretario que desempeñaba constituía su único medio de vida. ¿Por qué iba a desear destruirlo? Y Gil…; bueno, Gil había sido quien había perdido la llave.

Traidoramente, un pensamiento atravesó en aquel momento su cerebro, antes de que ella pudiera detenerlo: ¿Había sido así? ¿Habría perdido Gil realmente la llave?

Probablemente fue esto lo que la aguijoneó para entrar en la habitación de Marsh, el deseo de esquivar aquel pensamiento como un latigazo.

En aquel momento él estaba dentro. Pero era cerca de la hora de la comida y Marsh estaba tomando una ducha. Jacqueline podía oír el ruido del agua aun desde el vestíbulo, a través del montante de la puerta. Cuando una persona toma una ducha, hasta los objetos que se llevan encima continuamente y que se guardan con más cuidado son dejados a la vista, descuidadamente, por algunos minutos.

La muchacha hizo girar el picaporte cautelosamente y entró. El apagado ruido del agua se convirtió en un torrente ensordecedor, que cubría cualquier posible ruido que ella pudiera hacer. El sol, ya alto, inundaba de luz la habitación. Un leve aroma a jabón de afeitar impregnaba el ambiente. El traje que el hombre se había quitado estaba en un desordenado montón sobre una silla. El que iba a ponerse estaba cuidadosamente extendido sobre la cama. Y en medio, entre los dos trajes, listas para ser trasladadas de uno a otro, se hallaban sobre la cómoda todas esas cosas que ella sabía de antemano que encontraría. Monedas, un pañuelo limpio y enrollado en forma de cucurucho, un billetero, llaves, cigarrillos y cerillas. Hasta un telegrama, con instrucciones reiteradas y firmado «Ida». «Oblíguelos a hacer todo lo posible. Esa gente está indudablemente complicada…».

Jacqueline no terminó de leer la frase final. No había ido allí para desenterrar acusaciones aún reservadas, sino para encontrar una llave.

Ésta no estaba entre las que veía en el bonito llavero que él usaba. Sabía que no estaría. ¿Por qué iba a estar?

Jacqueline se había roto una uña al andar con las maletas un rato antes. Al pasar la mano demasiado cerca del enrollado pañuelo, un hilo se enganchó. El pañuelo se desdobló. Allí estaba la llave. Sencillamente chocante. No en lugares recónditos, en oscuros guardarropas o en cerradas maletas. Allí, a la vista, en un pañuelo, sobre la cómoda. «Más oculto cuanto menos oculto», debía de ser su teoría.

El ruido del agua se apagó repentinamente, como si a él le hubiese parecido oír algo y quisiera cerciorarse. Siguió un momento de completo silencio, no alterado ni siquiera por el ruido de una cortina que se corre.

Jacqueline se dirigió a la puerta, temerosa de que él entrara de improviso, envuelto en su toalla, y la encontrara allí. El pañuelo, todavía enganchado a su uña, siguió tras de su dedo unos cuantos centímetros. La llave cayó, golpeando contra la tapa de un pequeño escritorio y produciendo un tintineo delatador. Luego cayó al suelo. No tenía tiempo para detenerse a recogerla, pues había ido a parar debajo de un mueble.

Se dominó un instante más, justamente lo necesario para cerrar la puerta con cuidado tras ella, y luego corrió escaleras abajo como alma que lleva el diablo. Leona estaba batiendo algo en un tazón. De pronto se detuvo con la cuchara en el aire y la boca abierta formando una elipse.

—¡Leona! ¡Pronto! ¿Dónde está Ward? ¿Dónde está mi marido?

—Ward no ha vuelto aún; no le he vuelto a ver desde esta mañana. Seguramente estará en el pueblo. Mister Blaine volvió hace un momento y creo que está arriba, en su dormitorio, a menos que haya vuelto a salir sin que lo viera. Pero, ¡querida!, ¿qué le sucede, que está tan alterada?…

Subió de nuevo como una exhalación a su dormitorio para ver si Gil estaba allí. Al llegar al vestíbulo, una puerta pareció cerrarse

cautelosamente, pero no la del cuarto de ellos, sino una de las de los huéspedes, y tres de ellas estaban vacías en ese momento.

Gil había estado allí; pero con seguridad, al no encontrarla e ignorando lo que ella hacía en esos momentos, había vuelto a salir. Un papel escrito rápidamente con lápiz estaba a la vista, sobre la almohada. Era para ella.

«Jackie —decía (la J era la característica de Gil, en forma de anzuelo)—: Me pasé toda la mañana vagando por el bosque mientras daba vueltas al asunto en mi cabeza. Acabo de volver y quería decirte esto a ti antes que a nadie. Pero no te encontré y temí que, si te esperaba, me arrepintiera otra vez. Voy al pueblo a buscar a Ward y confesárselo de una vez por todas. Cuando leas esto, Ward sabrá ya todo lo referente al cheque. Si me condenan por eso, peor para mí. No tengas miedo, Gil.» —La G que solía trazar Gil se asemejaba a un globo de juguete elevándose con un trocito de hilo colgando.

Por un momento, sólo por un momento, Jacqueline se olvidó de todo lo demás para no pensar sino en esto: ¡Gil iba a confesar! ¡Al fin, y por su propia voluntad, iba a hacer lo que ella quería, lo que le había suplicado que hiciese! Durante toda la semana había estado sola. Ahora ya no lo estaba, ahora tenía a alguien por quien mirar, aunque ese alguien fuese arrestado y acusado de asesinato. Y precisamente porque a Gil no le había resultado tan fácil llegar a esa determinación, porque había tardado tanto tiempo en decidirse, era por lo que ella le apreciaba más. La imperfección cautiva más que la perfección.

—¡Ah, muchacho! —murmuró Jacqueline con los ojos húmedos, llevándose el papel a los labios.

Lo bajó de nuevo, helada, mientras lentamente lo arrugaba con la inconsciente presión de su mano. Luego corrió hasta la ventana, atraída por un ruido, pero llegó demasiado tarde, sólo un segundo.

Debía de acabar de salir de su línea visual en dirección al frente un instante antes. El azulado humo del escape aún formaba una nubecilla en la abierta puerta del garaje. El ronroneo del motor

sonaba casi directamente debajo de ella, al avanzar el auto por el camino lateral.

«¡No!», gritó para sí. En la casa no había nadie que la ayudase a detenerlo. Gil había ido a hablar con Ward, Carman estaba arreglándose en la peluquería, y hasta Bud Arden había ido a buscar su imaginario telegrama. Nunca había bajado la escalera con tanta rapidez. Fue como un vuelo desde la ventana de su dormitorio hasta la puerta frontal. Llegó allí en el instante mismo en que el auto llegaba al camino principal, pero iba marcha atrás y tenía aún que dar la vuelta.

Cuando Jacqueline llegó, él estaba a punto de apretar el acelerador.

—¡Espere! Marsh, ¿quién le ha autorizado a…? ¿Qué está haciendo con nuestro automóvil?

Jacqueline lanzaba rápidas miradas a uno y otro lado del camino. Nadie aparecía que pudiese ayudarla.

Él conservaba su calma, con una curiosa impasibilidad que la atemorizó mucho más que si se hubiese mostrado culpablemente agresivo.

—Gil me pidió que lo sacara y fuera a buscarlo al pueblo…

—¿Cuándo le dijo tal cosa?

Cada momento que pasaba era ventaja que ella ganaba; alguien podía…

—Hace un momento.

Él seguía mirándola fríamente; pero aunque le hubiese concedido a ella ese momento de vacilación, su pie continuaba sobre el acelerador.

—Entonces, ¿por qué no se lo llevó él mismo?

—No sé.

Su pie bajó, la casa parecía ya correr detrás de ellos.

—¡No! ¡Deténgase! ¿No ve que estoy en el estribo? —dijo ella imperiosamente.

—Será mejor que salte, Jacqueline —dijo él con familiaridad.

Pero en vez de obedecer, ella se introdujo en el auto y se sentó al lado del hombre, cerrando la portezuela.

—Iré con usted; le acompaño.

Siguieron en un palpitante y sofocante silencio durante algunos minutos. El sol comenzaba a ponerse y sus rayos, filtrándose entre el follaje de los árboles que bordeaban el camino, salpicaban el suelo de manchas purpúreas.

Jacqueline seguía mirando hacia delante. El parabrisas le devolvía la imagen de sus ojos desmesuradamente abiertos por la zozobra.

Él la había visto hacía un momento en su habitación. La había visto a través de la cortina del baño cuando cerró la llave de la ducha. Eso le había hecho adelantar la ejecución de su plan, pues el momento era decisivo para él. «¿Por qué no habré esperado a que hubiera alguien más en casa?…», se lamentó Jacqueline.

—Parece no sentirse usted bien —observó Marsh de pronto—. ¿No sería mejor que se quedara? ¿O quiere venir de todos modos?

—¡Cómo no! —contestó ella sin énfasis.

Cuando llegaron a la mitad del trayecto, la oscuridad se había acentuado bastante. A lo lejos, Jacqueline divisó el resplandor de las luces de un auto que venía a su encuentro. Aguzó su mirada en dirección a ellas, tensó todo su cuerpo, preparado para cuando llegara el momento de pedir auxilio.

Un camino de atajo en diagonal, que conducía a la carretera principal del Estado que corría por detrás de la población, apareció ante ellos antes de que el otro automóvil se les cruzara. Jacqueline vio que Marsh se disponía a tomar por ese atajo para evitar el encuentro. Extendió el brazo y aferró el volante para impedírselo.

—¡No! ¡No vaya por ahí! ¿No quería ir al pueblo?

Él le apartó la mano violentamente, mientras el auto iba haciendo un zigzag y dando bandazos. Marsh logró enderezarlo antes de la llegada del otro. Había arrojado a Jacqueline hacia atrás con tanta violencia que la joven fue a dar con la esquina del asiento y tuvo que asirse al borde de la portezuela para no caer fuera. Cuando de nuevo

se incorporó y se echó sobre el volante para impedir su maniobra, Marsh imprimió al automóvil tal velocidad que éste salió como un proyectil, lanzando otra vez a Jacqueline hacia atrás sin que él tuviera necesidad de tocarla.

—¡No haga eso! ¡Nos vamos a matar! —gritó.

Jacqueline no era de las que conducen a escasa velocidad, pero nunca había forzado el motor al punto en que él lo estaba haciendo ahora. Al tomar una curva, corrió en dos ruedas durante un buen trecho.

—¿No quiso venir conmigo? Bueno, pues ahora aguántese…

—¡Lo que está haciendo no le servirá de nada, asesino! No vamos solos en este automóvil, y usted lo sabe…

Marsh no contestó. Estaba a punto de mascullar algo entre dientes a causa del fuerte viento que les daba en la cara, cuando de pronto, frente a ellos…

Las luces que antes habían visto acercarse en dirección contraria aparecieron inesperadamente sobre un repecho del camino, y parecían girar en el aire como ruedas de fuegos artificiales. Habrían tenido suficiente espacio para pasar si hubiesen marchado a una velocidad normal, pero a la que ellos llevaban no les dio tiempo para enfilar con precisión, y con el propósito de no rozar el otro automóvil, Marsh se echó demasiado hacia el costado del camino.

Pero las ruedas traseras se desplazaron hacia dentro y al cruzarse con el otro automóvil, éste los tocó. El impacto los hizo ir contra un árbol. El choque fue violento y, dando un rebote, el coche quedó atravesado en el camino. Jacqueline oyó su propio grito como si hubiese sido lanzado por otra persona, mas el coche ya estaba inmóvil. Milagrosamente, no había volcado, pero el choque contra el árbol había producido una tremenda abolladura en la maleta. La tapa se había abierto y toda aquella parte de la carrocería estaba hundida. Lo que siguió fue una pesadilla. Breve, increíble y horripilante.

Aparentemente indemne como ella, oyó a Marsh jurar fríamente entre dientes y abrir con violencia la portezuela de su lado y lanzarse

como si fuese perseguido por todos los demonios. El otro automóvil también había quedado colocado transversalmente al camino, sobre el lado contrario, y su conductor ya se dirigía hacia ellos, diciendo al mismo tiempo:

—¿Se han lastimado?

Marsh llegó junto a la semidestruida maleta antes de que el desconocido se acercara. Jacqueline vio a aquél colocarse delante de la maleta como para protegerla, y abrir los brazos como para impedirle al otro mirar allí. En el espejo ella vio surgir una horrible aparición: un perfil hundido y arrugado, emergiendo sobre el nivel de la maleta, abierta violentamente, como el muñeco de una caja de sorpresa.

El resto fue un torbellino de imágenes superpuestas.

—¿Que si nos hemos lastimado? —y luego su voz aguda, amenazante, prosiguió—: ¡No se mueva! ¡No se acerque! —luego, un fogonazo y el ruido de un cuerpo que cae. El hombre cayó como un tronco.

Jacqueline abrió la portezuela y se apeó. Marsh ya se había vuelto y se dirigía a ella como un amenazante mensajero de la muerte.

—¡Venga aquí! —le ordenó desde el otro lado del automóvil—. Ahora lo sabe todo…

—Irá usted a la silla eléctrica por eso —dijo Jacqueline con voz ahogada.

—¿Cree usted? ¿Sabe de quién es el automóvil donde estuvo escondido hasta ahora? ¿Sabe de quién es el revólver con que acabo de matar a ése? De su marido. Él es quien irá a la silla… Es de esa clase de rata capaz de asesinar a su propia esposa si la considera un obstáculo en su camino. ¡Venga aquí si no quiere que…!

Y la última imagen de todas fue un horrible juego, como el de niños, hurtándose el cuerpo en el juego de la mancha, con el automóvil haciendo de valla protectora entre ambos, ora en una dirección, ora en otra.

Por último, él pasó sobre el automóvil pisando los cojines de los asientos, con la intención de dar caza a la muchacha al otro lado. Ella no pudo ver más: el terror la cegó, todo se esfumó delante de ella en una especie de bruma. Instintivamente, hizo lo único que aún le era posible: lanzarse en medio de esa bruma en dirección al otro lado del camino para buscar abrigo entre los árboles de la orilla.

Marsh salió tras ella. El revólver disparó por segunda vez, produciendo un ruido que pareció débil comparado con el estrépito y gritos que de pronto comenzaron a oírse. Una masa oscura llegó rápidamente y se detuvo junto a los otros automóviles. Inmediatamente después, se produjo un caótico remolino. Luego, una mano sobre el suelo del camino se extendió desesperadamente hacia ella. Se abrió una vez, luego se volvió a cerrar lentamente y se quedó así. La imagen final fue tan irreal como las que la habían precedido, pero duró más: los brazos de Gil estaban alrededor de su cuerpo y su rostro pegado al de ella. Él la decía, dulcemente:

—¡Llora, querida! ¡Llora cuanto quieras; te hará bien!

Jacqueline, serenada ya, levantó los ojos hacia Ward, que se hallaba de pie a su lado, y le devolvió su frasco de licor. Estaba sentado en el estribo del coche de la policía, y tanto Ward como Gil la atendían solícitamente.

—En otras palabras, ¿quiere decir que Marsh no estaba aquella noche durmiendo en su cuarto, como Burroughs y mi esposo creían?

—No; probablemente llegó a sus oídos, allá arriba, la disputa sobre el préstamo y la amenaza de su patrón de abandonar la casa enseguida. Se deslizó fuera antes que ellos y se dirigió a la estación. Me figuro que alguna bicicleta de esas que se dejan tan a menudo por ahí sirvió admirablemente a su propósito. Cuando Burroughs se quedó solo en el andén, le hundió el cráneo con la pesada llave inglesa que encontramos, introdujo el cuerpo en la maleta, la cerró con llave y se la llevó. Todo para evitar que Blaine descubriera el cuerpo antes que nosotros. Marsh quería que nosotros lo descubriésemos y le cargásemos el mochuelo a su marido. Habría sido una evidencia a prueba de bomba.

Gil bebió un trago del reconfortable licor y encogió los hombros como dominando un estremecimiento.

—Yo lo había descubierto —dijo con tono alterado— antes de lo que esperaba; el mismo día en que usted llegó al rancho. Eso fue lo que me tuvo a mal traer toda la semana. Logré abrir la maleta, y, cuando vi lo que contenía, ¡bien que volví a cerrarla! Luego, cada vez que yo traté de enterrarlo, o bien era seguido de cerca o el automóvil volvía aquí como por arte de magia… —se enjugó el sudor que le producía aquel recuerdo.

Jacqueline y Ward dijeron a una:

—¿Lo viste?

—¿Por qué no lo dijo usted?

—Temí que no fuera capaz de aclarar mi situación cuando se supiese lo del cheque. Yo esperaba poder por lo menos ocultar el cadáver bastante lejos, antes de…

—Pero, Gil, por lo menos pudiste decírmelo a *mí*…

—Tenía miedo hasta de lo que tú pudieses pensar, Jackie. No podía soportar la idea de que *tú* también me creyeses…

Ella se dijo: «Me lo merezco. No tengo derecho a sentirme ofendida. A veces estuve bastante cerca de creerlo». Luego se dirigió a Ward:

—¿Por qué habría eliminado Marsh a Burroughs? Yo creía que su trabajo dependía de…

—En efecto, pero él buscaba un modo de hacer que se convirtiera en una sinecura vitalicia, que no pudiera serle arrebatada por el capricho de un viejo cascarrabias. Aunque mistress Burroughs probablemente sea ajena al crimen, sentía pronunciada inclinación por ese dechado de secretarios. Éste sabía que podía hacer de ella lo que quisiera y, desde luego, la mujer es la heredera universal de su marido. No me sorprendería que soñara con un segundo matrimonio en un día no lejano, aunque todo eso no pasara de ser una vaga aspiración de la dama.

Jacqueline se puso en pie.

—¿No podríamos regresar al rancho? —preguntó a Ward.

—¡Cómo no! Suban, yo los llevaré.

Jacqueline enlazó su brazo en el de Gil.

—Preferiría caminar. Me gusta volver a pie hasta allá, sola con mi esposo. ¿O estamos…, está Gil…, bajo arresto?

—¿Se refiere usted a lo del cheque? Eso no ha sido descubierto aún. Vean lo que yo pienso: Burroughs tenía en su poder una suma en efectivo que pensaba depositar a primera hora del lunes. Ese depósito nunca fue hecho, pero yo tengo en mi poder el resguardo del depósito firmado, juntamente con el resto de sus efectos personales. Había llenado ese resguardo por anticipado, y como yo tengo entendido que usted conserva intactos esos dos mil quinientos dólares, ¿qué le parecería que yo les entregara ese resguardo firmado por él e hiciéramos el depósito? De ese modo, el dinero volvería a donde corresponde. El cheque falsificado no tiene por qué ser examinado, desde el momento en que no puede alterar el estado de cosas.

—Yo no sé como… —comenzó fervientemente Jacqueline.

Ward no contestó: se quedó mirándola fijamente durante un momento y dio media vuelta.

—Bueno, los veré más tarde en el rancho —dijo volviendo la cara, mientras se encaminaba al lugar del drama.

—¡Hasta luego, pues! —dijo Jacqueline, inundada de felicidad.

Emprendieron la marcha por un lado del camino, lentamente, solos, el uno al lado del otro.

—Yo te lo había dicho…

—¿Qué?

—Que lo habías flechado. ¿Por qué supones que nos ofrece hacer eso?

—No me interesa. No me interesan los caracteres nobles. Estoy interesada por alguien que conozco, alguien que comete errores y que necesita ser corregido, siempre que él se deje corregir.

—¡Claro que se dejará!

—Entonces, todo irá bien entre nosotros, ¿eh, Gil?

—Perfectamente, te lo prometo. De ahora en adelante, vas a ver. Me han dado una oportunidad y voy a aprovecharla.

Avanzaron por el camino cogidos del brazo. Ella se reclinó en él al caminar. La noche parecía limpia y fresca otra vez; todos sus fantasmas habían desaparecido y las estrellas parecían tan nuevas como si nunca hubiesen sido vistas antes.

Jacqueline aspiró profundamente, cansadamente, pero con infinita paz.

—De modo que así termina…

—Sí, éste es el fin.



WILLIAM IRISH, (pseudónimo de Cornell George Hopley-Woolrich; Nueva York, 1903 - 1968). Escritor estadounidense. Fue considerado el heredero de F. Scott Fitzgerald. Vivió primero con su padre en México y, más tarde, con su madre en su ciudad natal.

Fue en ese momento cuando publicó su primera novela, *Cover charge* (1925). Dos años más tarde, apareció *Children of the Ritz*, que fue adaptada a la gran pantalla y obtuvo un premio literario.

En estas novelas ya aparecen los rasgos que definen su obra: tramas policiales elaboradas mediante un inquietante suspense, entremezcladas con relaciones pasionales.

Constantemente agobiado por problemas personales y con una salud delicada, su éxito se apagó después de su segundo libro, y tuvo que sobrevivir gracias a la ayuda de su madre y a la publicación de innumerables relatos en revistas (1933-1940).

A partir de ese año aparecieron sus novelas de mayor éxito: *La novia iba de negro* (1940), publicada bajo su verdadero nombre, *La noche tiene mil ojos, La sirena del Mississippi, Me casé con un muerto, La marea roja, Ángel negro, La serenata del estrangulador, La dama fantasma, Coartada negra* y, sobre todo, *La ventana indiscreta*, que Hitchcock llevó al cine con gran éxito en 1954 —interpretada por James Stewart y Grace Kelly—, y acabó sus días alcohólico y en silla de ruedas. Murió en 1968.

Notas

[1] En el béisbol, el jugador que lanza la pelota. <<

[2] Clarence Seward Darrow, famoso criminalista norteamericano (1857-1938). *(N. del T.)* <<

[3] Cien. *(N. del T.)* <<

[4] Famosa autora de un libro de etiqueta. *(N. del T.)* <<